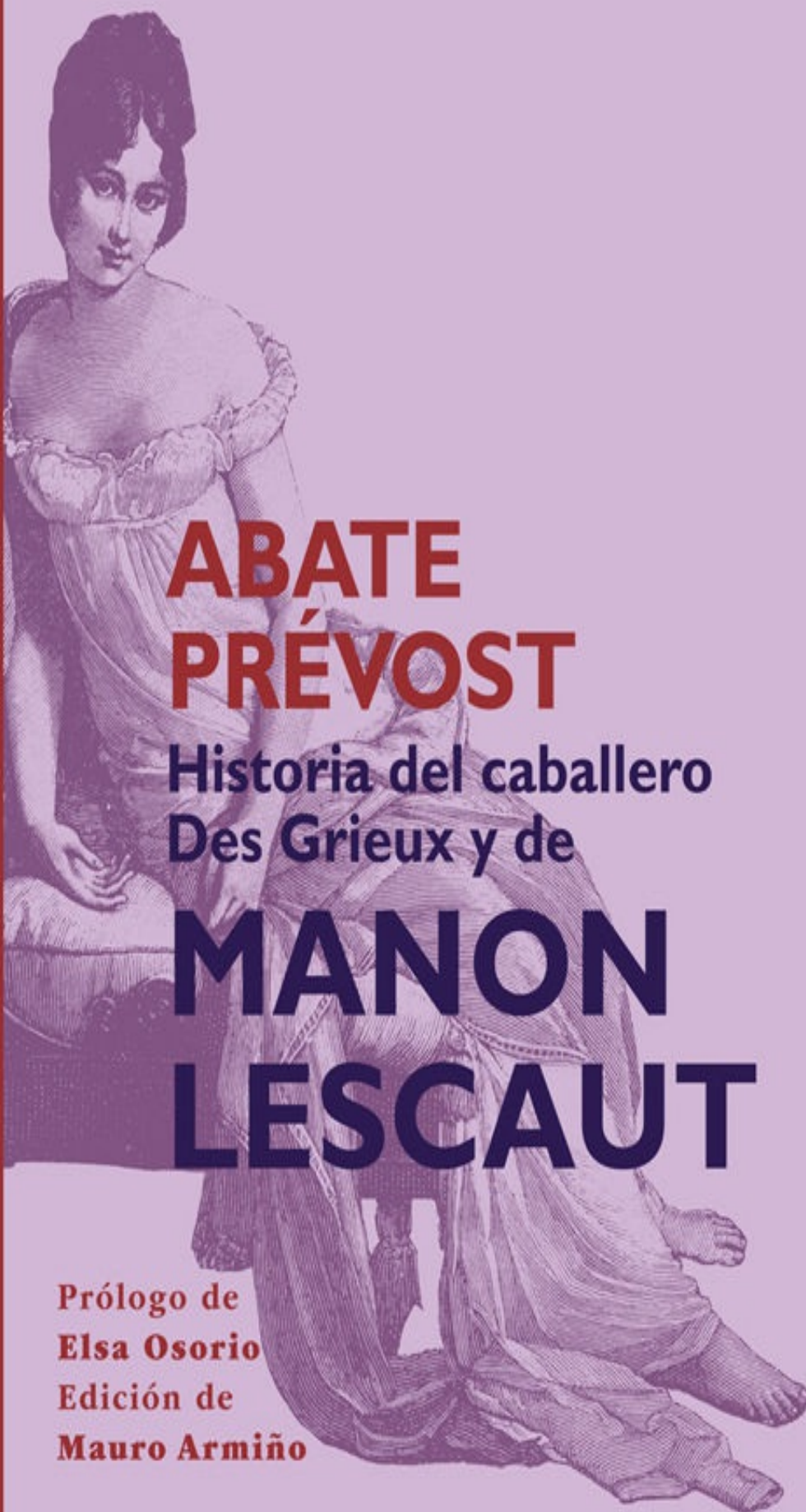




**ABATE
PRÉVOST**

Historia del caballero
Des Grieux y de

**MANON
LESCAUT**

Prólogo de
Elsa Osorio
Edición de
Mauro Armiño

Siruela

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Prólogo. Elsa Osorio](#)

[Nota de traducción. Mauro Armiño](#)

[Historia del caballero Des Grieux y de MANON LESCAUT](#)

[Advertencia del autor de las Memorias de un hombre de calidad](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

ABATE PRÉVOST

Historia del caballero Des Grieux y de
MANON LESCAUT

Prólogo de
Elsa Osorio

Traducción del francés y notas de
Mauro Armiño

 **Siruela**

Tiempo de Clásicos

Índice

[Cubierta](#)

[Prólogo. Elsa Osorio](#)

[Nota de traducción. Mauro Armiño](#)

[Historia del caballero Des Grieux y de MANON LESCAUT](#)

[Advertencia del autor de las Memorias de un hombre de calidad](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

TIEMPO DE CLÁSICOS

. Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy releiendo...» y nunca «Estoy leyendo...». . Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos. . Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. . Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. . Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura. . Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. . Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres). . Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima. . Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. . Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes. . Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él. . Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. . Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. . Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, Italo Calvino

Prólogo

No imaginaria el abate Prévost que esta novelita, *Historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut*, una más entre las tantas que escribió, iba a convertirse en una obra maestra a la que le harían honor grandes de la literatura, la música y el cine, y que perduraría siglos.

No podía ser más oportuna su publicación, escribe el editor Louys Glady en el siglo XIX, y lo mismo podemos decir hoy, aunque las razones sean otras. Mucho han cambiado las costumbres, los modos de relación entre hombres y mujeres, los valores, pero *Manon Lescaut* sigue viva porque lo esencial de esta novela, el poder del amor, no ha cambiado.

¿Cuál es el secreto de *Manon Lescaut* para sobrevivir tan bien al paso del tiempo?

La novela se ubica en Francia, Amiens, París y América, a finales del reinado de Luis XIV. Costumbres degradadas, corrupción, hipocresía, contradicciones, crisis, un cuestionamiento de los valores vigentes, y, en medio de estas circunstancias, una historia de amor que todo lo arrasa. El abate Prévost conocía la realidad de su época y así la pintó. No es extraño que esta obra haya sido condenada a la hoguera al devolverle a la sociedad su imagen en el espejo de la literatura, ni tampoco que haya sido un religioso del siglo XVIII quien la haya escrito.

Antoine François Prévost, quien más tarde se llama a sí mismo d'Exiles, nace en 1697 en una familia rica y bien considerada de Artois. Su vocación por las letras despierta tempranamente, cuando está en la escuela de Harcourt, sin embargo, al egresar se hace mosquetero. Desilusionado de las armas, se concentra en los estudios y la escritura, y entra en el seminario de los jesuitas. En el mismo año que hace juramentos de castidad, obediencia y pobreza, la pasión por una mujer lo arranca del monasterio. Así como su personaje, el caballero Des Grieux, quiere que su padre y su amigo religioso conozcan a Manon para comprender su actitud, Prévost, orgulloso, pasea con su amada por las calles de la ciudad, escandalizando a su familia y su sociedad. Pero la mujer lo deja --como Manon varias veces a su amante-- y Prévost vuelve al estudio y luego a las armas. Se hace benedictino, se somete a las reglas tan ardientemente como las abandona, pasa por distintos monasterios y se liga a otras mujeres. No resulta difícil encontrar coincidencias entre la vida del abate Prévost y la novela. Tan fuerte una pulsión como la otra, se aplica al estudio y a la religión en su vida recoleta como al amor y al desenfreno de las pasiones mundanas. Pero en uno y otro camino su obra sigue su curso. Y, con ella, las consecuencias que lo llevan al exilio, primero en Londres, luego en Holanda. La *Historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut* es condenada a la hoguera por el Parlamento de París. «Prévost no ha querido ser moral, ni inmoral», escribe Alexandre Dumas hijo, «no quería corregir, mucho menos corromper, sino que contó los hechos como él los veía, probablemente tal como él los vivió, y así hizo una obra maestra». En Holanda la situación intelectual lo favorece y Prévost vive de su pluma. Es historiador,

traductor y novelista. Vuelve a Londres y finalmente regresa a París bajo la protección del príncipe de Conti. Muere en 1763.

La habilidad de Prévost para envolver al lector y hacerlo seguir las peripecias de la novela se manifiesta desde las primeras páginas. Comienza casi por el final de la historia, cuando los héroes están en su peor momento: Manon Lescaut, encadenada, va a ser deportada a América, junto a otras mujeres «de vida alegre», el caballero Des Grieux, llorando, sin posibilidad de acercarse a su amada porque se le ha acabado el dinero con el que comprar a los guardias. Es el marqués de Renoncour el narrador que introduce a los protagonistas (la novela se inserta en las *Memorias de un hombre de calidad*). Manon se destaca entre esas mujeres. En cualquier otra circunstancia el marqués podía haberla tomado como alguien «de alto rango», una modestia dulce y encantadora, y Des Grieux, un bien nacido y educado, aire delicado y noble. El caballero no le da su nombre, pero sí le dice que «lo que esos miserables», refiriéndose a los arqueros, «no ignoran [...] es que la amo con una pasión tan violenta que me convierte en el más desdichado de los hombres». Hasta que el lector no sepa qué entramado de hechos ha llevado a estos jóvenes bellos a tan lamentable situación no abandonará la lectura. Prévost maneja con astucia la intriga, tanto el marqués de Renoncour, que presenta la historia y los personajes, como el caballero Des Grieux, quien toma la narración, no se privan de adelantar el argumento para mantener en vilo al lector de una a otra aventura, sin decaer el interés en las abundantes reflexiones filosóficas que pueblan la novela.

El narrador protagonista pasa sin transición de la primera a la segunda persona, cuando habla a Manon o al cielo o a los dioses, introduce el parlamento en el discurso del narrador sin ningún signo como no habría de hacerse hasta bien avanzado el siglo XX: un rasgo de la absoluta modernidad de su prosa.

El caballero Des Grieux es un hábil narrador, convence de que él tiene atenuantes para su conducta al superior del reformatorio donde va a parar por sus estafas, al jefe de policía, a su amigo el señor de T..., quien le dice: «Yo también despreciaría todos los imperios del mundo [...] para asegurarme la dicha de su amor», al criado que se conmueve al verlos juntos y libera a Manon, y hasta al amante de su amada. Sólo a su padre --que representa la moral estricta y la religión-- no convence, pero los argumentos que esgrime para él convencen al lector de que en una sociedad donde los nobles son jugadores tramposos y los religiosos y los hombres casados tienen amantes, las faltas de Des Grieux no son tan graves. Engaña a su amigo, a su padre, al prior, hace trampas en el juego, roba, llega incluso a matar, pero lo hace por amor. Y aunque una y otra vez sufre por lo bajo que ha caído, y el honor y la virtud le hacen sentir «las punzadas del remordimiento», por amor es capaz de todo. Des Grieux tiene todo el encanto porque tiene el amor. Es el amor. Hasta a Manon logra conmover finalmente el amor de Des Grieux cuando él la acompaña al destierro.

Es que el amor, como dice Prévost, vuelve perspicaz, aguza el ingenio, da luces, permite encontrar claridad, es más que la fortuna y la gloria, puede transformar una

cárcel en el palacio de Versalles.

En esta novela, el amor se defiende desde la razón. En una brillante esgrima de argumentos, el caballero Des Grieux y su amigo religioso Tiberge discuten sobre la naturaleza y los beneficios de la virtud y el amor. La fuerza de una y otro para soportar las penas, cuál es superior, cuántos desertores en la virtud y cuántos en el amor. Tiberge, que juzga el razonamiento de Des Grieux «un desventurado sofisma de impiedad e irreligión», admite que hay algo de razonable en sus ideas. El amor y la razón pueden estar juntos. Aunque en el amor hay algo que no se maneja, que escapa a la razón. El personaje va cambiando, si al principio de la novela habla de la necesidad de su comportamiento, a medida que nos adentramos en la historia, Des Grieux habla desde una suerte de ideología de la pasión: bueno es quien la comprende y la acepta, malo quien la reprime.

El lector mira a Manon por los ojos enamorados de su amante y, como él, se fascina y todo le perdona. La ama. Alexandre Dumas hijo le hace un homenaje a Manon en su novela *La dama de las camelias* y en un prólogo a una edición de *Manon Lescaut* dice: «Quien no te amó, Manon, no llegó al fondo del amor y es terrible constatarlo, pero quien no ama como Des Grieux, es decir, llegado el caso, hasta el crimen y el deshonor, no puede decir que ama».

Así como el caballero Des Grieux es «una mezcla de virtudes y vicios, un contraste perpetuo de buenos sentimientos y malas acciones», Manon es una mezcla de perversidad e ingenuidad, de frescura y corrupción. Si bien comparten sus aventuras, sus lugares en la sociedad son muy diferentes. El caballero Des Grieux tiene remordimientos morales, obligaciones debidas a su cuna y a su educación, mientras que Manon, de una condición social humilde y mujer, no tiene culpas, ni desasosiegos, nadie le exige nada. Cuando Manon y Des Grieux se conocen, a ella le mandan al convento porque ya ha mostrado su «inclinación por los placeres», pero a Manon ni sus padres ni su hermano, ni sus amantes, ni siquiera el caballero, en toda la novela, le piden cuentas.

Diferencias sociales y de género. Son muchas las referencias en la novela a la condición social, desde la presentación del marqués a las múltiples veces que el caballero alude a su alcurnia. «¡Has de saber que mi sangre es más noble y más pura que la tuya!», le dice al ex amante de Manon, a quien han estafado, en su propia casa. Al señor G... M..., rico pero no noble, ya se lo había hecho saber el superior, cuando pidió que castigaran a Des Grieux por haberle pegado: «no es con personas del linaje del señor caballero con las que empleamos ese sistema».

Prévost nos manifiesta desde cada narrador la dificultad para comprender a las mujeres. El marqués de Renoncour cuando conoce a Manon se hace mil reflexiones «sobre el carácter incomprensible de las mujeres». Des Grieux, cuando va a verla a la casa de su amante y ella responde con naturalidad y sonrío: «tuve ocasión de admirar el carácter de aquella extraña joven».

Manon Lescaut actúa desde el corazón del placer, no entra en el mundo de valores, es

la naturaleza misma. Mientras que las peripecias de la novela podrían hacernos pensar que ella es, como dice Des Grieux cuando lo engaña, «pérfida», «ingrata», «traidora», si seguimos su comportamiento, su sinceridad y sus reflexiones, acabamos comprendiéndola. La única «fidelidad que de vos deseo es la del corazón», le dice Manon a su atribulado amante para explicarle por qué le ha mandado una joven bella para consolarlo, dado que ella pasará la noche con su amante de turno. El placer físico es uno entre tantos y hay que disfrutarlo.

Manon toma del amor todo lo que es agradable y gozoso. Si hay algo que sacrificar, ya no lo toma. El caballero Des Grieux tiene claro que hay que tener dinero para satisfacer la inclinación de Manon por los placeres. «Conocía a Manon: por experiencia sabía de sobra que, por más fiel que me fuera y por más unida que estuviera a mí en la buena fortuna, no había que contar con ella en la miseria.»

Con poder de síntesis, Prévost muestra el nudo que desencadena todos los conflictos: «Manon sentía una desmedida pasión por el placer; yo la sentía por ella». Así de sencillo.

Resulta interesante, desde la perspectiva de género, que, pese a que Manon Lescaut no está en el mundo de valores, casi no es un sujeto humano, tampoco es un mero objeto del deseo del hombre, es posible decir que tiene derecho al deseo, ya que está en su misma naturaleza. Manon es el germen de las heroínas del siglo XIX Margarita Gautier, de Alexandre Dumas, y Naná, de Émile Zola.

¿Cuál es el secreto de *Manon Lescaut* para sobrevivir tan bien al paso del tiempo?

Hace tres siglos, cuando fue escrita, y ahora, que seguimos sin aliento las vicisitudes de su trama, ¿qué mujer no quiere ser amada como Manon Lescaut por el caballero Des Grieux? Sin límite alguno, dándole todo por satisfacerla. ¿Qué hombre no quiere vivir la pasión con una mujer como Manon Lescaut? Pura juventud y belleza, pura sensualidad y gracia. Puro placer. La vivió el caballero Des Grieux, y Alexandre Dumas hijo, y Jean Cocteau, la vivieron Jules Massenet, Giacomo Puccini y Hans Werner Henze, que le dieron música y argumento y la hicieron heroína de sus óperas, y Henri-Georges Clouzot en su película. La vivimos nosotros, los innumerables lectores, mujeres y hombres, a lo largo de los años.

Elsa Osorio

Nota de traducción

Las *Aventuras del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut* es una novela incrustada en las *Mémoires et aventures d'un homme de qualité qui s'est retiré du monde* (*Memorias y aventuras de un hombre de calidad que se ha retirado del mundo*), de Antoine François Prévost, llamado d'Exiles (1697-1763), conocido por su condición de abate; novelista, traductor, periodista e historiador, Prévost tuvo una asendereada y aventurera vida que deja huella en el sobrenombre que adoptó: d'Exiles: tras profesar en 1721 en la orden benedictina y pasar siete años en distintos monasterios, abandonó su convento y, perseguido, hubo de exiliarse a Inglaterra y Holanda, donde continuó publicando sus obras. En 1728 aparecieron los dos primeros tomos de *Memorias de un hombre de calidad*, a los que, tras el éxito, dio una continuación de cuatro tomos más; en los dos últimos, publicados en 1731, figura la novelita del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut.

Siguiendo el gusto de la época, las *Memorias de un hombre de calidad* reúnen historias de amores, que Prévost escribe a través de su «hombre de calidad», el marqués de Renoncour; preceptor del joven Rosemont, al que acompaña por toda Europa, en especial por España e Inglaterra, Renoncour terminará retirándose a un convento, donde redacta esas ficticias memorias que hilvanan historias de amor adjudicadas a su propio padre, a su joven compañero de viaje o a sí mismo; al gusto por la libertad que se inicia en Francia tras el sombrío periodo final del reinado de Luis XIV une Prévost en sus narraciones el perfume de exotismo, pasión y libertinaje que caracterizó ese momento en París.

El análisis de una pasión sin ejemplo en la literatura, donde las aspiraciones del caballero Des Grieux a la virtud se ven negadas por la fuerza del deseo y la pasión de la naturaleza humana, donde la exigencia de pensar al margen de los dogmas religiosos – reflejo de las disputas de la época, impregnadas aún de teología–, donde su crítica del sistema autoritario encarnado en la figura paterna, sostén del Antiguo Régimen, del orden y el honor familiar, fielmente reproducida por el entramado del sistema aristocrático, no tardaron en hacer que el Parlamento de París condenara la novela a la hoguera. Ni los predicadores ni los detentadores de un poder absolutista con raíces todavía feudales podían tolerar la propuesta que articula el irracional apasionamiento del caballero por Manon: «Tal como estamos hechos, es seguro que nuestra felicidad consiste en el placer». Entre la razón y las pasiones, el protagonista ahonda con el ejemplo de su propia vida el pensamiento de Pascal: «El corazón tiene razones que la razón desconoce». De ahí que la trama y los impulsos de la pasión hayan servido a óperas como *La Traviata* de Verdi o *Manon Lescaut* de Puccini; tampoco el cine del siglo XX se ha olvidado de ella, de la mano de directores como Georges Clouzot o Jean Aurel.

Pese a esa condena a la hoguera, la novela de Prévost sólo plantea un problema de edición: elegir entre el texto de 1731 y el de 1753, año en que el autor lo reedita aportando casi ochocientas correcciones, con el añadido de un episodio más (el del príncipe italiano); correcciones que prestan cierta perversidad de juego, de la que antes carecía, a Manon, y una especie de inocencia que ha hecho pensar a algunos en la *Lolita* de Nabokov. Es este texto de 1753, ya titulado *Histoire du chevalier Des Grieux et de Manon Lescaut*, el que siguen mayoritariamente las ediciones francesas, y el que lógicamente traduzco por responder a la intención última del abate. He tenido a la vista las ediciones de:

Frédéric Deloffre y Raymond Picard (Garnier, reed. 1990, y Folio classique, 2008), con un exhaustivo prólogo sobre la significación moral de la novela.

Jean Sgard, *Œuvres de Prévost*, Presses Universitaires de Grenoble, 1977-1986; así como su *Vie de Prévost*, Quebec 2006.

M. Armiño

Historia del caballero Des Grieux y de
MANON LESCAUT

Advertencia del autor de las *Memorias de un hombre de calidad* ¹

Aunque hubiera podido incluir en mis Memorias las aventuras del caballero Des Grieux, me ha parecido que, por no tener con ellas una relación necesaria, el lector hallaría mayor satisfacción en verlas por separado. Un relato de esa extensión habría interrumpido durante demasiado tiempo el hilo de mi propia historia. Por más lejos que esté de aspirar al rango de escritor exacto, no ignoro que una narración debe ser descargada de las circunstancias que la volverían pesada e incómoda. Es el precepto de Horacio:

*Ut jam nunc dicat jam nunc debentia dici
pleraque differat ac præsens in tempus omittat*².

Ni siquiera se necesita de autoridad tan seria para probar una verdad tan simple, pues el buen sentido es la primera fuente de esa regla.

Si el público ha encontrado algo agradable e interesante en el relato de mi vida, me atrevo a prometerle que no quedará menos satisfecho de este añadido. En la conducta del caballero Des Grieux verá un ejemplo terrible de la fuerza de las pasiones. He de pintar a un joven ciego, que se niega a ser feliz para precipitarse voluntariamente en los mayores infortunios; que, provisto de todas las cualidades con que se forma el más brillante mérito, prefiere y elige una vida oscura y azarosa a todas las ventajas de la fortuna y de la naturaleza; que prevé sus desgracias, sin hacer nada por evitarlas; que las sufre y lo abruman sin aprovechar los remedios que sin cesar se le ofrecen y en todo momento pueden acabar con ellas; en una palabra, un carácter ambiguo, una mezcla de virtudes y vicios, un contraste perpetuo de buenos sentimientos y malas acciones. Ése es el fondo del cuadro que presento. A las personas de buen juicio no ha de parecerles tarea inútil una obra de esta naturaleza. Además del placer de una grata lectura, pocos sucesos se encontrarán en ella que no puedan servir a la enseñanza de las costumbres; y, en mi opinión, instruir al público deleitándolo es prestarle un considerable servicio.

Resulta imposible reflexionar sobre los preceptos de la moral sin asombrarse al verlos a un tiempo estimados y desatendidos; y uno se pregunta la razón de esa extravagancia del corazón humano, que le hace disfrutar de las ideas de bien y de perfección de las que se aleja en la práctica. Si las personas de cierto orden de espíritu y de cortesía quieren analizar cuál es la materia más habitual de sus conversaciones, o incluso de sus ensoñaciones solitarias, les será fácil observar que casi siempre giran en torno a algunas consideraciones morales. Los momentos más dulces de su vida son aquellos que pasan, solos o en compañía de un amigo, conversando a corazón abierto sobre los encantos de

la virtud, las dulzuras de la amistad, los medios de alcanzar la felicidad, las debilidades de la naturaleza que nos alejan de ella y los remedios que pueden curarlas. Horacio y Boileau señalan esa conversación como uno de los más bellos rasgos con que describen la imagen de una vida feliz³. ¿Cómo ocurre, pues, que caiga uno tan fácilmente de esas altas especulaciones y vuelva a encontrarse tan pronto en el nivel común de los hombres? Mucho me engaño si la razón que voy a aportarle no explica bien esa contradicción entre nuestras ideas y nuestra conducta; y es que, como quiera que todos los preceptos de la moral no son más que principios vagos y generales, resulta muy difícil convertirlos en una aplicación concreta al detalle de las costumbres y las acciones. Un ejemplo puede mostrarlo. Las almas bien nacidas sienten que la dulzura y la humanidad son virtudes estimables, y se sienten inclinadas por naturaleza a practicarlas; pero, en el momento de ponerlas en práctica, a menudo se quedan perplejas. ¿Es realmente ésa la ocasión? ¿Se sabe bien cuál debe ser su medida? ¿No se engaña uno sobre el objeto? Cien dificultades lo detienen. Uno teme ser víctima de un engaño al querer ser bienhechor y liberal; pasar por débil apareciendo demasiado tierno y demasiado sensible; en una palabra, extralimitarse o no cumplir suficientemente unos deberes que se hallan incluidos de una manera demasiado oscura en las nociones generales de humanidad y de ternura. En semejante incertidumbre, sólo la experiencia o el ejemplo pueden determinar razonablemente la inclinación del corazón. Ahora bien, la experiencia no es beneficio que cualquiera puede adquirir a voluntad; depende de las distintas situaciones en que a cada cual le ha colocado la fortuna. Por lo tanto, sólo queda el ejemplo para poder servir de regla a numerosas personas en la práctica de la virtud. Es precisamente a esta clase de lectores a los que obras como ésta pueden ser de grandísima utilidad, al menos cuando las escribe una persona de honor y buen juicio. Cada hecho que en ellas se narra es un grado de luz, una enseñanza que suple a la experiencia; cada aventura, un modelo por el que uno puede formarse; sólo le falta ajustarlo a las circunstancias en que se encuentra. La obra entera es un tratado de moral, agradablemente reducido a ejercicios.

Quizá un lector severo se ofenda al verme tomar de nuevo la pluma, a mi edad⁴, para narrar lances de amor y fortuna; pero si la reflexión que acabo de hacer es sólida, me justifica; si es falsa, mi error será mi excusa.

Nota⁵: «Rindiéndose a las instancias de los que aprecian esta pequeña obra, su autor se ha decidido a purgarla de un gran número de groseras faltas que se han deslizado en la mayor parte de las ediciones. También se han hecho algunos añadidos que han parecido necesarios para la plenitud de uno de los principales caracteres⁶. La viñeta y las figuras llevan en sí mismas su recomendación y su elogio⁷».

Primera parte

Me veo obligado a hacer remontarse a mi lector a la época de mi vida en que me encontré por primera vez con el caballero Des Grieux. Ocurrió unos seis meses antes de mi viaje a España⁸. Aunque rara vez saliese de mi soledad, la complacencia que sentía por mi hija me obligaba en ocasiones a diversos viajes cortos, que procuraba abreviar todo lo posible. Regresaba cierto día de Ruán, adonde, a requerimiento suyo, había ido a iniciar un pleito ante el Parlamento de Normandía por la herencia de algunas tierras que yo le había dejado y cuya pretensión venía de mi abuelo materno. Tras haber reanudado mi camino por Évreux, donde dormí la primera noche, al día siguiente llegué a la hora de cenar a Pacy⁹, que dista cinco o seis leguas de allí. Al entrar en esta población me sorprendió ver a todos sus habitantes en estado de alarma. Salían atropelladamente de sus casas para correr en masa hasta la puerta de una mala hospedería ante la que había dos galeras cubiertas¹⁰. Los caballos, que aún estaban enjaezados y parecían humear de cansancio y de calor, indicaban que aquellos dos carruajes acababan de llegar. Me detuve un momento para informarme de la causa del tumulto; pero saqué poco en limpio de un populacho curioso que no prestaba la menor atención a mis preguntas y que seguía corriendo hacia la hostería en confuso tropel. Finalmente, cuando en la puerta apareció un arquero engalanado con una bandolera y el mosquete al hombro, le hice con la mano seña de que se acercara¹¹. Le rogué que me hiciera saber el motivo de aquel alboroto. No es nada, caballero, me dijo; una docena de chicas de vida alegre que, junto con mis compañeros, llevo hasta el Havre-de-Grâce, donde las haremos embarcar rumbo a América. Algunas son guapas, y, al parecer, eso es lo que excita la curiosidad de estos buenos campesinos. Me habría conformado con esa explicación si no me hubieran llamado la atención las exclamaciones de una vieja que salía de la hostería juntando las manos y clamando que aquello era una barbaridad, algo que movía a horror y compasión. ¿De qué se trata?, le pregunté. ¡Ay, señor, entrad, respondió ella, y ved si este espectáculo no es capaz de partir el corazón! La curiosidad me hizo apearme del caballo, que dejé a mi palafrenero. Entré no sin esfuerzo, atravesando la multitud, y vi, en efecto, algo bastante conmovedor. Entre las doce chicas, que iban encadenadas de seis en seis por la cintura, había una cuyo aspecto y rostro desentonaban tanto de su situación que, en cualquier otra circunstancia, la hubiera tomado por persona de alto rango. Su tristeza y la suciedad de sus ropas la afeaban tan poco que su vista me inspiró respeto y lástima. Sin embargo, trataba de volverse de espaldas cuanto le permitía la cadena para hurtar su rostro a las miradas de los espectadores. El esfuerzo que hacía por ocultarse era tan natural que parecía derivar de un sentimiento de modestia. Como los seis guardias que acompañaban a la desventurada banda también estaban en la habitación, me llevé aparte al jefe y le pedí algunas aclaraciones sobre la suerte de aquella hermosa joven. Sólo pudo darme referencias muy genéricas. La hemos sacado

del Hôpital¹², me dijo, por orden del jefe de policía. No parece que haya sido encerrada allí por sus buenas acciones. La he interrogado varias veces por el camino, se obstina en no responderme. Pero, aunque nadie me haya ordenado tratarla mejor que a las otras, no dejo de tener con ella algún miramiento, pues en mi opinión vale algo más que sus compañeras. Ahí tenéis a un joven, añadió el arquero, que podría informaros mejor que yo sobre la causa de su desgracia; la ha seguido desde París sin dejar de llorar casi ni un momento. Por fuerza ha de ser su hermano o su amante. Me volví hacia el rincón de la sala donde aquel joven estaba sentado. Parecía sumido en profunda ensoñación. Jamás vi tan viva imagen del dolor. Vestía con mucha sencillez; pero un hombre bien nacido y educado se distingue a la primera ojeada. Me acerqué a él. Se levantó; y en sus ojos, en su rostro y en todos sus ademanes, descubrí un aire tan delicado y tan noble que me sentí naturalmente inclinado a desearle bien. No quiero molestaros, le dije sentándome a su lado. ¿Queréis satisfacer la curiosidad que tengo de conocer a esa hermosa persona, que no me parece destinada al triste estado en que la veo? Me respondió sinceramente que no podía declararme quién era ella sin antes darse él a conocer, y que tenía poderosas razones para desear seguir siendo desconocido. Puedo deciros, sin embargo, lo que esos miserables no ignoran, continuó señalando a los arqueros, y es que la amo con una pasión tan violenta que me convierte en el más desdichado de los hombres. En París lo intenté todo para conseguir su libertad. Los ruegos, la astucia y la fuerza fueron inútiles; tomé la decisión de seguirla, aunque ella hubiera de ir al fin del mundo. Me embarcaré con ella; pasaré a América. Pero, con una crueldad extremada, estos cobardes canallas, añadió refiriéndose a los arqueros, no quieren permitirme que me acerque a ella. Mi propósito era atacarlos abiertamente a unas leguas de París. Me había asociado con cuatro hombres que me prometieron su ayuda a cambio de una suma considerable. Los muy traidores me dejaron solo en la estacada y se largaron con mi dinero. La imposibilidad de triunfar por la fuerza me hizo deponer las armas. Propuse a los arqueros que, al menos, me permitieran seguirles, ofreciéndome a recompensarlos. Aceptaron movidos por el afán de lucro. Exigieron que les pagase cada vez que me concedían la libertad de hablar con mi amada. Mi bolsa se agotó en poco tiempo, y, ahora que estoy sin un céntimo, son tan bárbaros que me rechazan brutalmente cuando doy un paso hacia ella. Hace sólo un instante, cuando me atreví a acercarme a pesar de sus amenazas, han tenido la insolencia de levantar contra mí la punta de su fusil. Para satisfacer su avaricia y para estar en condiciones de seguir a pie el camino, me veo obligado a vender aquí un caballejo que hasta ahora me ha servido de montura.

Aunque daba la impresión de hacer este relato con bastante tranquilidad, dejó caer algunas lágrimas al concluirlo. La aventura me pareció de las más extraordinarias y conmovedoras. No os exijo, le dije, que me reveléis el secreto de vuestros asuntos, pero, si en algo puedo seros útil, me ofrezco con mucho gusto a favoreceros. ¡Ay!, me replicó, no veo el menor atisbo de esperanza. He de someterme a todo el rigor de mi destino. Iré a América. Allí, al menos, seré libre con la que amo. He escrito a uno de mis amigos, que me mandará alguna ayuda al Havre-de-Grâce. Sólo me veo en apuros para llegar hasta allí y procurar a esa pobre criatura, añadió mirando tristemente a su amada, algún alivio durante el viaje. Bueno, le dije, yo os sacaré del apuro. Aquí tenéis algún dinero que os ruego que aceptéis. Mucho lamento no poder servirlos de otra forma. Le di cuatro luises

de oro¹³ sin que los guardias se diesen cuenta, por pensar que, si le sabían dueño de esa suma, le venderían más cara su ayuda. Se me ocurrió incluso hacer un trato con ellos a fin de conseguir para el joven enamorado la libertad de hablar continuamente con su amada hasta El Havre. Hice seña al jefe para que se acercara, y le planteé la propuesta. Pareció darle vergüenza, a pesar de su descaro. No es, caballero, respondió con aire confuso, que nos neguemos a dejarle hablar con esa chica, pero quiere estar constantemente a su lado y eso nos resulta incómodo; es muy justo que pague por la molestia. Veamos pues, le dije, ¿cuánto se necesitaría para que no la sintáis? Tuvo la audacia de pedirme dos luises. Se los di en el acto. Pero tened cuidado, añadí, y no cometáis ninguna canallada; porque voy a dejar mis señas a este joven para que pueda informarme de todo, y contad con que tendré suficiente poder para castigaros. Todo ello me costó seis luises de oro. La amabilidad y la viva gratitud con la que el desconocido joven me dio las gracias acabaron de convencerme de que había nacido noble y merecía mi liberalidad. Antes de marcharme le dije unas palabras a su amada. Me respondió con una modestia tan dulce y tan encantadora que no pude por menos de hacer, al irme, mil reflexiones sobre el carácter incomprensible de las mujeres.

Vuelto a mi soledad¹⁴, no volví a saber nada de la continuación de aquella aventura. Pasaron casi dos años, que me la hicieron olvidar por completo, hasta que el azar me deparó la ocasión de enterarme a fondo de todas sus circunstancias. Llegaba yo de Londres a Calais, con el marqués de... alumno mío¹⁵. Nos alojamos, si mal no recuerdo, en el Lion d'Or, donde ciertas razones nos obligaron a pasar todo el día y la noche siguiente. Paseando aquella tarde por las calles, creí ver al mismo joven al que había conocido en Pacy. Iba muy mal vestido, y mucho más pálido de lo que le había visto la primera vez. Llevaba al brazo un viejo portamantas, porque acababa de llegar a la ciudad. Sin embargo, como su fisonomía era demasiado bella para pasar inadvertido, le reconocí al instante. Tenemos que abordar a ese joven, dije al marqués. Su alegría fue más viva de lo que puede decirse cuando a su vez me reconoció. ¡Ah!, señor, exclamó besándome la mano, ¡al fin puedo expresaros una vez más mi eterna gratitud! Le pregunté de dónde venía. Me respondió que llegaba, por mar, del Havrede-Grâce, donde había desembarcado poco antes de regreso de América. No parece que andéis muy bien de dinero, le dije. Id al Lion d'Or, donde estoy alojado. Me reuniré con vos dentro de un momento. Volví, en efecto, muy impaciente por saber los pormenores de su infortunio y las circunstancias de su viaje a América. Le prodigué mil atenciones y ordené que no le faltase de nada. No aguardó a que yo le apremiase para contarme la historia de su vida. Señor, me dijo, os portáis con tal nobleza conmigo que me reprocharía, como negra ingratitud, tener la menor reserva con vos. Quiero contaros no sólo mis desgracias y mis penas, sino también mis desórdenes y mis debilidades más vergonzosas. Estoy seguro de que, incluso condenándome, no podréis por menos de compadecerme.

Debo advertir aquí al lector que escribí su historia casi inmediatamente después de haberla oído, y que, por consiguiente, se puede asegurar que no hay nada más exacto ni más fiel que esta narración. Digo fiel hasta en la relación de las reflexiones y los sentimientos que el joven aventurero expresaba con la mejor gracia del mundo. He aquí pues su relato, al que no añadiré, hasta el final, nada que no sea suyo.

Tenía yo diecisiete años y terminaba mis estudios de filosofía en Amiens¹⁶, adonde mis padres, que pertenecen a una de las mejores familias de P.¹⁷, me habían enviado. Llevaba una vida tan discreta y ordenada que mis maestros me proponían como ejemplo del colegio. No es que hiciera esfuerzos extraordinarios para merecer ese elogio, sino que por naturaleza mi carácter es pacífico y tranquilo; me aplicaba al estudio por afición, y se me adjudicaban como virtudes algunas muestras de aversión natural al vicio. Mi cuna, el éxito de mis estudios y algunos atractivos exteriores me habían dado a conocer y era estimado por toda la gente de bien de la ciudad. Conluí mis exámenes públicos¹⁸ con tan general aprobación que el señor obispo, que los presenciaba, me propuso abrazar el estado eclesiástico, donde, según él, no dejaría de conseguir más distinción que en la Orden de Malta¹⁹, a la que mis padres me destinaban. Ya me hacían llevar la cruz, con el nombre de caballero Des Grieux. Como las vacaciones se acercaban, me preparaba para volver a casa de mi padre, que me había prometido enviarme enseguida a la Academia²⁰. Al abandonar Amiens, mi único pesar era dejar allí un amigo al que siempre me había unido un gran afecto. Era algunos años mayor que yo. Nos habíamos educado juntos, pero como la hacienda de su casa era de lo más mediana se veía obligado a abrazar la carrera eclesiástica y a quedarse en Amiens para seguir los estudios que convienen a esa profesión. Le adornaban mil buenas cualidades. Lo conoceréis por las mejores en la continuación de mi historia, y, sobre todo, por un entusiasmo y una generosidad como amigo que supera los ejemplos más célebres de la Antigüedad²¹. Si entonces yo hubiera seguido sus consejos, siempre habría sido honrado y feliz. Si, en el precipicio a que mis pasiones me arrastraron, hubiera aprovechado al menos sus reconvenciones, habría salvado algo del naufragio de mi fortuna y de mi reputación. Pero de sus desvelos no recogió más fruto que el dolor de verlos inútiles y, en ciertas ocasiones, duramente recompensados por un ingrato que se ofendía con ellos y los consideraba impertinencias.

Ya había fijado yo la fecha de mi marcha de Amiens. ¡Ay!, ¿por qué no la fijaría para un día antes? Habría llevado a casa de mi padre toda mi inocencia. La víspera misma de aquel en que debía abandonar esa ciudad, estando de paseo con mi amigo, que se llamaba Tiberge, vimos llegar la diligencia de Arrás²², y la seguimos hasta la fonda en que esos carruajes se detienen. La curiosidad era el único motivo que nos guiaba. Se apearon varias mujeres, que se retiraron de inmediato. Pero hubo una, muy joven, que se quedó sola en el patio, mientras un hombre de edad avanzada, que parecía servirle de guía, se cuidaba de que bajasen su equipaje de las cestas. Me pareció tan encantadora que yo, que nunca había pensado en la diferencia de los sexos, ni mirado a una joven con cierta atención, yo, digo, cuya prudencia y reserva todos admiraban, me sentí repentinamente encendido hasta el delirio. Tenía el defecto de ser excesivamente tímido y fácil de desconcertar; pero, en aquel momento, lejos de ser detenido por esa debilidad, me adelanté hacia la dueña de mi corazón. A pesar de ser más joven que yo²³, recibió mis galanterías sin parecer turbarse. Le pregunté qué la traía a Amiens, y si tenía en la ciudad alguna persona conocida. Me respondió ingenuamente que la habían enviado sus padres para profesar en religión. El amor que, desde hacía un instante, había entrado en mi corazón, me volvía ya tan perspicaz que juzgué ese propósito como un golpe mortal a mis deseos. Le hablé de tal manera que le hice comprender mis sentimientos, pues ella

tenía mucha más experiencia que yo. La enviaban al convento a su pesar, para frenar sin duda su inclinación al placer, que ya se había manifestado y que, en el futuro, iba a causar todas sus desgracias y las mías. Combatí el cruel propósito de sus padres con todos los argumentos que mi amor naciente y mi elocuencia aprendida en la escuela pudieron sugerirme. Ella no fingió ni rigor ni desdén. Tras un momento de silencio me dijo que preveía de sobra su desgracia, pero que, al parecer, aquélla era la voluntad del cielo, puesto que le privaba de todo medio de evitarla. La dulzura de sus miradas, un delicioso aire de tristeza al pronunciar esas palabras, o más bien el ascendente²⁴ de mi destino que me arrastraba a mi perdición, no me permitieron vacilar un instante sobre mi respuesta. Le aseguré que, si quería confiar en mi honor y en el profundo afecto que ya me inspiraba, dedicaría mi vida a liberarla de la tiranía de sus padres y a hacerla feliz. Mil veces me he sorprendido, cuando pienso en ello, de dónde pudo venirme entonces mi atrevimiento y la facilidad para expresarme; pero no se tendría al amor por una divinidad si no operase a menudo prodigios. Añadí mil cosas apremiantes. Mi bella desconocida sabía de sobra que, a mi edad, no suele haber engaño; me confesó que, si yo veía alguna posibilidad de ponerla en libertad, creería serme deudora de algo más precioso que la vida. Le repetí que estaba dispuesto a emprender cualquier cosa, pero al no tener la suficiente experiencia para imaginar de improviso la manera de ayudarla me atenía a aquella vaga seguridad, que no podía ser de gran ayuda ni para ella ni para mí. Su viejo Argo volvía para reunirse con nosotros, y todas mis esperanzas habrían naufragado si ella no hubiera tenido suficiente ingenio para suplir la esterilidad del mío. Al unírsenos su guía, quedé atónito al ver que ella me llamaba primo y que, sin el menor desconcierto, me dijo que, puesto que había tenido la dicha de encontrarme en Amiens, aplazaba hasta el día siguiente su entrada en el convento a fin de tener el placer de cenar conmigo. Capté muy bien el sentido de la argucia. Le propuse que se alojase en una fonda cuyo dueño, que se había establecido en Amiens después de haber sido mucho tiempo cochero de mi padre, estaba totalmente a mis órdenes. Yo mismo la llevé allí, mientras el viejo guía parecía refunfuñar algo, y mi amigo Tiberge, que no comprendía nada de aquella escena, me seguía si pronunciar palabra. No había oído nuestra conversación. Se había quedado paseando por el patio mientras yo hablaba de amor con mi hermosa dueña. Como temía su prudencia, me deshice de él rogándole que me hiciera un recado. Así tuve el placer, al llegar a la posada, de hablar a solas con la soberana de mi corazón. Pronto me di cuenta de que era menos niña de lo que había supuesto. Mi corazón se abrió a mil sentimientos de placer de los que jamás había tenido idea. Un dulce calor se difundió por todas mis venas. Me hallaba en una especie de delirio, que durante un tiempo me privó de la libertad de la voz y que sólo se expresaba por mis ojos. La señorita Manon Lescaut, así me dijo que la llamaban, pareció muy satisfecha de ese efecto de sus encantos. Creí percibir que su emoción no era menor que la mía. Me confesó que le parecía simpático y que le encantaría deberme su libertad. Quiso saber quién era yo, y ese conocimiento aumentó su afecto porque, siendo ella de cuna humilde, la halagaba haber conquistado a un enamorado de mi alcurnia. Hablamos de los medios de ser el uno del otro. Tras muchas reflexiones, no hallamos modo mejor que la fuga. Había que burlar la vigilancia del guía, que era un hombre que había que respetar aunque sólo fuese un criado. Acordamos que yo haría disponer durante la noche una silla de

posta²⁵, que volvería al amanecer a la posada antes de que él se hubiera despertado; que nos escabulliríamos en secreto, y que iríamos directamente a París, donde nos casaríamos nada más llegar. Yo tenía unos cincuenta escudos²⁶, fruto de mis pequeños ahorros; ella tenía más o menos el doble. Como niños sin experiencia, creímos que esa cantidad no se acabaría nunca, y no contamos menos con el éxito del resto de nuestras medidas.

Después de haber cenado con más satisfacción de la que nunca había sentido, me retiré para llevar a cabo nuestro proyecto. Mis disposiciones fueron tanto más fáciles cuanto que, dada mi intención de volver al día siguiente a la casa paterna, mi pequeño equipaje ya estaba preparado. No me costó, por tanto, gran esfuerzo mandar transportar mi baúl y contratar una silla de posta lista para las cinco de la mañana, hora en la que debían abrirse las puertas de la ciudad; pero topé con un obstáculo que no había previsto y que a punto estuvo de desbaratar mi plan.

Aunque sólo tenía tres años más que yo, Tiberge era un joven de juicio maduro y conducta muy metódica. La vista de una chica tan guapa como la señorita Manon, mi diligencia por acompañarla y el cuidado que había puesto en deshacerme de él alejándolo le infundieron algunas sospechas sobre mi amor. No se había atrevido a volver a la posada, donde me había dejado, por miedo a ofenderme con su vuelta; pero había ido a esperarme a mi alojamiento, donde lo encontré al llegar, aunque ya eran las diez de la noche. Su presencia me apenó. No le costó mucho darse cuenta del enfado que me causaba. Estoy seguro, me dijo sin disimulo, de que meditáis algún plan que queréis ocultarme; lo veo en vuestro gesto. Le respondí con bastante brusquedad que no estaba obligado a darle cuenta de todos mis planes. No, replicó, pero siempre me habéis tratado como amigo, y esa cualidad supone un poco de confianza y de sinceridad. Con tanta insistencia y durante tanto tiempo me instó a descubrirle mi secreto que, al no haber tenido nunca reserva alguna con él, le hice entera confidencia de mi pasión. La acogió con tal apariencia de desagrado que me hizo estremecerme. Me arrepentí, sobre todo, de la indiscreción con que le había revelado el proyecto de mi fuga. Me dijo que era demasiado amigo mío para no oponerse a ella con todo su poder; que, en primer lugar, quería mostrarme cuanto él creía capaz de hacerme desistir, pero que, si no renunciaba inmediatamente a aquella miserable decisión, pondría sobre aviso a personas que a buen seguro podrían detenerla. Me endilgó un severo discurso que duró más de un cuarto de hora, y que concluyó repitiendo la amenaza de denunciarme si no le daba mi palabra de comportarme con más prudencia y cordura. Yo estaba desesperado por haberme traicionado de manera tan inoportuna. Pero como el amor había aguzado extraordinariamente mi ingenio desde hacía dos o tres horas, me di cuenta de que no le había descubierto que mi plan debía llevarse a cabo al día siguiente, y decidí engañarle con una treta: Tiberge, le dije, hasta ahora he creído que erais mi amigo, y he querido probaros con esa confidencia. Es cierto que amo, no os he engañado, pero, por lo que se refiere a mi fuga, no es una empresa pensada al azar. Venid a recogerme mañana a las nueve; os presentaré, si es posible, a mi amada, y vos mismo juzgaréis si merece que yo dé este paso por ella. Me dejó solo, tras mil protestas de amistad. Dediqué la noche a poner en orden mis asuntos, y, tras dirigirme a la posada de la señorita Manon hacia el amanecer, la encontré esperándome. Estaba asomada a la ventana que daba a la calle, de

modo que, al verme, vino a abrirme ella misma. Salimos sin ruido. No llevaba ella más equipaje que su ropa interior, de la que yo mismo me hice cargo. La silla estaba preparada para salir; enseguida nos alejamos de la ciudad. Más adelante contaré cuál fue la conducta de Tiberge cuando se dio cuenta de que lo había engañado. Su dedicación no se volvió menos ardiente. Veréis a qué exceso le llevó, y cuántas lágrimas debería yo derramar pensando en cuál ha sido siempre su recompensa.

Avanzamos tan deprisa que llegamos a Saint-Denis antes de la noche. Yo había corrido a caballo al lado de la silla, por lo cual apenas nos habíamos permitido hablar salvo en los relevos de caballos; pero cuando nos vimos tan cerca de París, es decir, casi a salvo, decidimos tomar un refrigerio, pues no habíamos comido nada desde nuestra salida de Amiens. Por más pasión que sintiera yo por Manon, ella supo convencerme de que no era menor la suya por mí. Poníamos tan poca reserva en nuestras caricias que no teníamos paciencia para esperar a estar solos. Nuestros postillones y nuestros posaderos nos miraban atónitos, y yo notaba que les sorprendía ver a dos niños de nuestra edad que parecían amarse con tal vehemencia. Nuestros proyectos de matrimonio quedaron olvidados en Saint-Denis; burlamos los derechos de la Iglesia, y nos encontramos esposos sin haber pensado en ello. A buen seguro que, de carácter tierno y firme como soy, habría sido feliz para toda la vida si Manon me hubiera sido fiel. Cuanto más iba conociéndola, más nuevas cualidades adorables descubría en ella. Su inteligencia, su corazón, su dulzura y su belleza formaban una cadena tan fuerte y tan deliciosa que habría puesto toda mi felicidad en no librarme nunca de ella. ¡Cambio terrible! Lo que hoy causa mi desesperación habría podido hacer mi felicidad. Por esa misma constancia de la que debía esperar el más dulce de los destinos y las más perfectas recompensas del amor, me siento el más desgraciado de los hombres.

Alquilamos un apartamento amueblado en París. Fue en la calle V...²⁷, y, para mi desgracia, cerca de la casa de M... de B..., célebre recaudador de impuestos²⁸. Pasaron tres semanas sin que yo, sumido en mi pasión, pensara en mi familia y en el dolor que mi padre había debido de sentir por mi ausencia. Sin embargo, como el desenfreno no entraba en mi conducta, y como Manon también se comportaba con mucha discreción, la tranquilidad en que vivíamos sirvió para hacerme recordar poco a poco la idea de mi deber. Decidí reconciliarme, a ser posible, con mi padre. Mi amada era tan adorable que no dudé de que pudiera agradarle si yo encontraba el modo de hacerle conocer su sensatez y su mérito: en una palabra, estaba convencido de obtener de él la libertad de casarme con ella, desengañado ya de la esperanza de poder hacerlo sin su consentimiento²⁹. Comunicué este proyecto a Manon, y le hice comprender que, además de los motivos del amor y del deber, también el de la necesidad podía aconsejarlo en cierto modo, pues nuestros fondos se habían deteriorado mucho y yo empezaba a abandonar mi idea de que eran inagotables. Manon recibió con frialdad la propuesta. Sin embargo, como las dificultades que opuso sólo estaban inspiradas por su cariño y por el temor a perderme si mi padre no admitía nuestro plan una vez conocido el lugar de nuestro retiro, no tuve la menor sospecha del cruel golpe que se preparaban a asestarme. A mi objeción de la necesidad, respondió que aún nos quedaba suficiente para vivir juntos varias semanas, y que luego ella encontraría recursos en el cariño de algunos parientes de provincias a los que escribiría. Endulzó su negativa con caricias tan tiernas y

tan apasionadas que yo, que sólo vivía por ella, y que no desconfiaba lo más mínimo de su corazón, aplaudí todas sus respuestas y todas sus resoluciones. Había dejado en sus manos la disposición de nuestra bolsa y el cuidado de pagar nuestros gastos corrientes. Poco después me di cuenta de que nuestra mesa estaba mejor servida, y de que ella misma disponía de varios aderezos de un precio considerable. Como yo no ignoraba que debían quedarnos apenas doce o quince pistolas³⁰, le manifesté mi asombro ante aquel aparente aumento de nuestra opulencia. Riendo, me rogó que no me preocupase. ¿No os he prometido, me dijo, que encontraría recursos? Yo la amaba con demasiada simpleza para alarmarme fácilmente.

Cierto día en que yo había salido por la tarde después de advertirle que estaría fuera más tiempo del habitual, me sorprendió que a mi regreso se me hiciera esperar dos o tres minutos en la puerta. Nos servía una chiquilla que era más o menos de nuestra edad. Cuando vino a abrirme, le pregunté por qué había tardado tanto. Me respondió, con aire azorado, que no me había oído llamar. Yo sólo había llamado una vez; le dije: Pero si no me habéis oído, ¿por qué habéis venido a abrirme? Esta pregunta la desconcertó tanto que, al no tener suficiente presencia de ánimo para responder, se echó a llorar asegurándose que no era culpa suya, y que la señora le había prohibido abrir la puerta hasta que el señor de B... hubiera salido por la otra escalera, que daba al gabinete. Me quedé tan perplejo que no tuve fuerzas para entrar en el piso. Tomé la decisión de bajar a la calle so pretexto de un asunto, y ordené a aquella niña decir a su ama que volvería dentro de un momento, pero que no le informase de que me había hablado del señor de B...

Mi consternación fue tan grande que derramé lágrimas mientras bajaba por la escalera, aunque sin saber aún de qué sentimiento partían. Entré en el primer café y, tras sentarme a una mesa, apoyé la cabeza entre las manos para analizar lo que ocurría en mi corazón. No me atrevía a recodar lo que acababa de oír. Quería considerarlo como una ilusión, y a punto estuve dos o tres veces de volver a casa como si no hubiera pasado nada. Me parecía tan imposible que Manon me hubiese traicionado que temía ofenderla con sólo sospechar de ella. Yo la adoraba, eso era seguro; no le había dado yo más pruebas de amor de las que había recibido de ella; ¿por qué iba a acusarla de ser menos sincera y menos constante que yo? ¿Qué razón habría tenido para engañarme? No hacía ni tres horas me había cubierto con sus más tiernas caricias y había recibido las mías con apasionamiento; no conocía yo mi corazón mejor que el suyo. No, no, continué, no es posible que Manon me traicione. No ignora que sólo vivo para ella. Sabe demasiado bien que la adoro. Y ése no es ningún motivo para odiarme.

Sin embargo, la visita y la salida furtiva del señor de B... me dejaban confuso. También recordaba las pequeñas adquisiciones de Manon, que a mi parecer superaban nuestras presentes riquezas. Aquello parecía oler a liberalidades de un nuevo amante. ¡Y aquella confianza que me había manifestado en recursos desconocidos para mí! Me costaba dar a tantos enigmas un sentido tan favorable como mi corazón deseaba. Por otro lado, apenas la había perdido de vista desde que estábamos en París. Ocupaciones, paseos, diversiones, siempre habíamos estado el uno al lado del otro. ¡Dios mío!, un instante de separación nos habría afligido demasiado. Teníamos que decirnos constantemente que nos amábamos; sin eso, habríamos muerto de inquietud. Así pues,

apenas podía imaginarme un solo momento en que Manon pudiera ocuparse de otro que no fuera yo. Al final, creí haber encontrado el desenlace del misterio. El señor de B..., me dije, es un hombre que se dedica a grandes negocios y que tiene importantes relaciones; los padres de Manon se habrán servido de este hombre para hacerle llegar algún dinero. Quizá ya lo ha recibido de él antes; y hoy ha venido a traerle más. Para ella, ocultármelo habrá sido un juego con el que sorprenderme agradablemente. Quizá ella me lo habría explicado si yo hubiera entrado en casa como de costumbre, en lugar de venir aquí a afligirme; seguro que no me lo ocultará cuando yo mismo le hable de ello.

Me aferré de tal manera a esta opinión que tuvo fuerza suficiente para aliviar mucho mi tristeza. Volví a casa inmediatamente. Besé a Manon con mi ternura habitual. Me recibió muy bien. Al principio intenté manifestarle mis conjeturas, que consideraba más ciertas que nunca; me contuve, con la esperanza de que quizá a ella misma se le ocurriría informarme, contándome todo lo que había pasado. Nos sirvieron la cena. Me senté a la mesa muy alegre; pero a la luz de la bujía que había entre nosotros creí percibir tristeza en la cara y los ojos de mi querida amante. Esa idea también me la inspiró a mí. Observé que me miraba de un modo muy distinto al que solía. No podía discernir si era amor o compasión, aunque me pareció tratarse de un sentimiento dulce y lánguido. Yo la miré con la misma atención; y quizá a ella no le costaba menos trabajo juzgar por mis miradas el estado de mi corazón. No pensábamos ni en hablar ni en comer. Finalmente vi caer lágrimas de sus bellos ojos: ¡pérfidas lágrimas! ¡Ah, dioses!, clamé, lloráis, mi querida Manon; sufrís hasta el punto de llorar, y no me decís una sola palabra de vuestras penas. Sólo me respondió con unos cuantos suspiros que aumentaron mi inquietud. Me levanté temblando. La conminé, con toda la vehemencia del amor, a que me manifestase el motivo de sus lágrimas; yo mismo las derramé enjugando las suyas; estaba más muerto que vivo. Un bárbaro se habría enternecido con los testimonios de mi dolor y mi temor. Mientras yo me dedicaba totalmente a ella, oí el ruido de varias personas que subían la escalera. Llamaron suavemente a la puerta. Manon me dio un beso y, escapando de mis brazos, entró rápidamente en el gabinete, cerrando tras de sí acto seguido la puerta. Me imaginé que, dado su desaliño, quería ocultarse a ojos de los extraños que habían llamado. Yo mismo fui a abrirles. Apenas hube abierto, me vi agarrado por tres hombres a los que reconocí como los lacayos de mi padre. No me hicieron ninguna violencia; pero, mientras dos de ellos me cogían por los brazos, el tercero me registró los bolsillos, de donde sacó una navaja, único acero que yo llevaba encima. Me pidieron perdón por la obligación en que estaban de faltarme al respeto; me dijeron, sin rodeos, que actuaban por orden de mi padre, y que mi hermano mayor me esperaba abajo en una carroza³¹. Estaba tan aturdido que me dejé llevar sin resistirme ni chistar. Mi hermano estaba, efectivamente, esperándome. Me metieron en la carroza, a su lado, y el cochero, que ya tenía sus órdenes, nos llevó a toda velocidad hasta Saint-Denis. Mi hermano me abrazó con cariño, pero no me dirigió la palabra, de suerte que tuve todo el tiempo que necesitaba para pensar en mi infortunio.

Al principio me pareció tan negro que no veía luz en la menor conjetura. Había sido cruelmente traicionado. Pero ¿por quién? Tiberge fue el primero que se me vino a las mientes. ¡Traidor!, decía yo, ya puedes despedirte de la vida si mis sospechas resultan ciertas. Sin embargo, caí en la cuenta de que Tiberge ignoraba la dirección de nuestro

paradero, y que, por lo tanto, no podían haberlo sabido por él. Y mi corazón no se atrevía a volverse culpable de acusar a Manon. Aquella extraordinaria tristeza con que yo la había visto como abrumada, sus lágrimas, el tierno beso que me había dado al retirarse, me parecían desde luego un enigma; pero me sentía inclinado a explicarlo como un presentimiento de nuestra común desdicha, y, durante el tiempo en que me desesperaba por el accidente que me separaba de ella, tenía la credulidad de imaginarme que era aún más digna de lástima que yo. El resultado de mi meditación fue convencerme de que algunas personas conocidas me habían visto por las calles de París y habían dado aviso a mi padre. Esta idea me consoló. Contaba con verme libre tras alguna reprimenda o algún maltrato que tendría que soportar de la autoridad paterna. Decidí aguantarlos con paciencia y prometer cuanto se me exigiera para favorecer la posibilidad de regresar a París cuanto antes e ir a devolver la vida y la alegría a mi querida Manon.

Llegamos en poco tiempo a Saint-Denis. Mi hermano, sorprendido por mi silencio, pensó que era efecto de mi miedo. Intentó consolarme, asegurándome que no tenía nada que temer de la severidad de mi padre, siempre que estuviera dispuesto a volver al cumplimiento discreto de mis deberes y a merecer el cariño que sentía hacia mí. Me hizo pasar la noche en Saint-Denis, con la precaución de ordenar que los tres lacayos durmiesen en mi cuarto. Lo que me causó hondo pesar fue verme en la misma posada donde, en el viaje de Amiens a París, me había alojado con Manon. El posadero y los criados me reconocieron, y al mismo tiempo adivinaron la verdad de mi historia. Oí decir al posadero: ¡Ah!, es el lindo caballero que hace seis semanas pasó con una pequeña damisela a la que tanto amaba. ¡Qué encantadora era! ¡Cómo se querían los pobrecillos! ¡Qué pena que los hayan separado! Yo fingía no oír, y me dejaba ver lo menos posible. En Saint-Denis, mi hermano tenía una silla de dos plazas³², en la que salimos muy temprano, y llegamos a casa al día siguiente por la noche. Él vio a mi padre antes que yo, para prevenirle en mi favor informándole de la docilidad con que me había dejado llevar, de suerte que fuera recibido con menos dureza de la que yo me había esperado. Se contentó con hacerme unos cuantos reproches generales sobre la falta que había cometido ausentándose sin su permiso. Por lo que se refiere a mi amante, me dijo que bien merecido me tenía lo que acababa de ocurrirme, por entregarme a una desconocida; que había tenido mejor opinión de mi prudencia, y esperaba que aquella pequeña aventura me volvería más sensato. Sólo interpreté sus palabras en el sentido más conveniente a mis ideas. Di las gracias a mi padre por la bondad que mostraba al perdonarme, y le prometí seguir una conducta más sumisa y ordenada. En el fondo de mi alma saboreaba mi triunfo, pues, por la forma en que las cosas se arreglaban, estaba seguro de que tendría la libertad de escaparme de casa antes incluso de que acabara la noche.

Nos sentamos a la mesa para cenar; se burlaron de mí por mi conquista de Amiens y por mi fuga con aquella fiel amante. Soporté las pullas con buen humor. Estaba incluso encantado de que se me permitiera hablar de lo que absorbía continuamente mi ánimo. Pero ciertas palabras dichas por mi padre me hicieron prestar oído con la mayor atención: habló de perfidia y de servicio interesado, prestado por el señor B...³³ Me quedé perplejo al oírle pronunciar ese nombre, y humildemente le rogué que se explicase

más. Se volvió hacia mi hermano para preguntarle si no me había contado toda la historia. Mi hermano le respondió que le había parecido tan tranquilo durante el viaje que no había creído que tuviera yo necesidad de aquel remedio para curarme de mi locura. Observé que mi padre vacilaba en terminar de explicarse. Se lo supliqué con tanta insistencia que me satisfizo o, mejor dicho, me asesinó cruelmente con el más horrible de todos los relatos.

Primero me preguntó si siempre había sido tan simple como para creer que mi amante me quería. Le dije con insolencia que estaba tan seguro que nada podría hacerme desconfiar de ella. ¡Ja, ja, ja!, exclamó riendo con todas sus fuerzas, ¡ésta sí que es buena! Vaya primo estás hecho, y me gusta verte con esos sentimientos. ¡Lástima, mi pobre caballero, que hayas de ingresar en la Orden de Malta con la buena disposición que tienes para marido paciente y cómodo. Añadió mil burlas del mismo estilo sobre lo que él llamaba mi estupidez y mi credulidad. Por último, como yo seguía callado, continuó diciéndome que, según el cálculo de tiempo que podía hacer desde mi salida de Amiens, Manon me había amado unos doce días; pues, añadió, sé que saliste de Amiens el 28 del mes pasado; estamos a 29 de éste; hace once días que el señor B... me escribió; quiero suponer que haya necesitado ocho para trabar total conocimiento con tu amante; y si quitamos once y ocho a los treinta y un días que van desde el 28 de un mes hasta el 29 del otro, quedan doce, poco más o menos. En este punto volvieron a arreciar las carcajadas. Yo escuchaba todo con el corazón tan encogido que supe que no podría resistir hasta el final aquella triste comedia. Sabrás, pues, continuó mi padre, ya que lo ignoras, que el señor B... ganó el corazón de tu princesa, pues se burla de mí pretendiendo convencerme de que, si ha querido quitártela, ha sido por un celo desinteresado en mi servicio. ¡No es de un hombre como él, que por otro lado no me conoce, de quien puedan esperarse sentimientos tan nobles! Por ella supo que eras hijo mío, y para librarse de tu importunidad me dio cuenta por escrito del lugar y del desorden en que vivías, dándome a entender que se necesitaba mano dura para controlarte. Se ofreció a facilitarme los medios para echarle mano, y, gracias a su dirección y a la de tu misma amante, tu hermano encontró el momento de cogerte desprevenido. Felicítate ahora de la duración de tu triunfo. Sabes vencer con bastante rapidez, caballero, pero no sabes conservar tus conquistas³⁴.

No tuve fuerzas para seguir soportando un discurso que me traspasaba el corazón con cada una de sus palabras. Me levanté de la mesa, y no había dado cuatro pasos para salir del comedor cuando caí al suelo sin sentido ni conocimiento. Los recobré gracias a sus rápidos auxilios. Abrí los ojos para derramar un torrente de lágrimas y la boca para proferir las más tristes y conmovedoras quejas. Mi padre, que siempre me quiso tiernamente, empleó todo su cariño en consolarme. Yo le escuchaba, pero sin oírle. Me postré a sus plantas, le conminé, juntando las manos, a que me dejara regresar a París para ir a apuñalar a B... No, decía yo, no ha conquistado el corazón de Manon, la ha forzado; la ha seducido con un sortilegio o con un filtro³⁵; quizá la ha forzado brutalmente. Manon me ama. ¿No lo sé yo de sobra? La habrá amenazado, puñal en mano, para obligarla a abandonarme. ¡Qué no habrá hecho para arrebatarme a una amante tan encantadora! ¡Oh, dioses!, ¡dioses!, ¿sería posible que Manon me hubiera traicionado y que hubiese dejado de amarme?

Como yo seguía hablando de volver rápidamente a París y me levantaba incluso en todo momento para hacerlo, mi padre comprendió que, en el estado de excitación en que me hallaba, nada sería capaz de detenerme. Me llevó a una habitación del piso alto, donde dejó dos servidores conmigo para vigilarme. Yo no era dueño de mí. Habría dado mil vidas por estar sólo a un cuarto de hora de París. Comprendí que, después de haber declarado tan abiertamente mis intenciones, no se me permitiría fácilmente salir de mi cuarto. Medí con la vista la altura de las ventanas; al no ver ninguna posibilidad de escapar por aquella vía, me dirigí afablemente a mis dos criados. Me comprometí, con mil juramentos, a hacer un día su fortuna si querían consentir en mi evasión. Los presioné, los halagué, los amenacé; pero el intento también resultó inútil. Perdí entonces toda esperanza. Decidí morir, y me arrojé sobre una cama con el propósito de no dejarla sino con la vida. Pasé la noche y el día siguiente en esa situación. Rechacé la comida que me llevaron. Mi padre vino a verme por la tarde. Tuvo la bondad de aliviar mis penas con los consuelos más dulces. Me ordenó de modo tan perentorio comer algo que lo hice por respeto a sus órdenes. Transcurrieron varios días, durante los que sólo comí en su presencia y para obedecerle. Él seguía exponiéndome las razones que podían devolverme el buen juicio e inspirarme desprecio por la infiel Manon. Es cierto que yo ya no la apreciaba; ¿cómo apreciar a la más voluble y más pérfida de todas las criaturas? Pero su imagen, sus deliciosos rasgos, que yo llevaba grabados en el fondo del corazón, seguían subsistiendo allí. Yo conocía bien mi lamentable situación. Puedo morir, me decía; debería hacerlo incluso, después de tanta vergüenza y tanto dolor; pero sufriría mil muertes sin poder olvidar a la ingrata Manon.

Mi padre estaba sorprendido al ver que seguía tan profundamente afectado. Conocía mis principios de honor, y, al no poder dudar de que su traición me hiciera despreciarla, pensó que mi constancia procedía menos de aquella pasión en particular que de una inclinación general por las mujeres. Se aferró tanto a esa idea que, consultando únicamente a su tierno afecto, vino un día con una proposición. Caballero, me dijo, hasta ahora mi propósito era que llevaras la cruz de Malta; pero veo que tus inclinaciones no se enderezan hacia ese lado. Te gustan las mujeres hermosas. Pienso buscarte una que te agrade. Dime con toda franqueza tu opinión. Le respondí que yo no hacía ya distinción entre las mujeres, y que, tras la desgracia que acababa de ocurrirme, las detestaba a todas por igual. Yo te buscaré una que se parecerá a Manon, continuó mi padre sonriendo, y que será más fiel. ¡Ah!, si queréis ser bondadoso conmigo, le dije, es a Manon a la que hay que devolverme. Estad seguro, mi querido padre, de que no me ha traicionado; no es capaz de una cobardía tan negra y tan cruel. Es el pérfido B... quien nos engaña a vos, a ella y a mí. Si supierais cuán cariñosa y sincera es, si la conocieseis, vos mismo la amaríais. Sois un niño, replicó mi padre. ¿Cómo podéis estar tan ciego tras lo que os he contado de ella? Ha sido ella misma la que os ha entregado a vuestro hermano. Deberíais olvidar hasta su nombre, y aprovechar, si sois sensato, la indulgencia que muestro por vos. Claramente comprendía yo que mi padre tenía razón. Era un impulso involuntario lo que me inducía a tomar de aquella forma la defensa de mi infiel. ¡Ay!, proseguí tras un breve silencio, no es sino demasiado cierto que soy la desdichada víctima de la más cobarde de todas las perfidias. Sí, continué derramando lágrimas de despecho, comprendo que no soy más que un niño. No le costaba mucho engañar mi

credulidad. Pero sé lo que debo hacer para vengarme. Mi padre quiso conocer mis intenciones. Iré a París, le dije, prenderé fuego a la casa de B..., y los quemaré vivos a él y a la pérfida Manon. Aquel arrebató hizo reír a mi padre y sólo sirvió para que fuera más estrecha la vigilancia de mi cárcel.

Pasé allí seis meses enteros, durante el primero de los cuales hubo poco cambio en mis disposiciones. Todos mis sentimientos no eran más que una alternativa perpetua de odio y amor, de esperanza y desesperación, según la idea bajo la que Manon se presentaba a mi ánimo. Unas veces sólo veía en ella a la más adorable de todas las jóvenes, y languidecía de deseo de volver a verla; otras, la juzgaba como a una amante pérfida y cobarde, y hacía mil juramentos de buscarla únicamente para castigarla. Me trajeron algunos libros, que sirvieron para devolver un poco de tranquilidad a mi alma. Releí a todos mis autores; adquirí nuevos conocimientos; recobré un gusto infinito por el estudio. Ya veréis de qué me sirvió con el tiempo. Las luces que debía al amor me hicieron encontrar la claridad en muchos pasajes de Horacio y de Virgilio que antes me habían parecido oscuros. Hice un comentario amoroso sobre el cuarto libro de la *Eneida*; lo destino a ver la luz, y me precio de que será del agrado del público. ¡Ay!, decía yo mientras lo escribía, era un corazón como el mío lo que la fiel Dido necesitaba³⁶.

Tiberge vino a verme un día a mi cárcel. Quedé atónito ante el entusiasmo con que me abrazó. Aún no tenía yo pruebas de su afecto que pudieran hacérmelo considerar de otro modo que como una simple amistad de colegio, tal como la traban jóvenes que tienen poco más o menos la misma edad. Lo encontré tan cambiado y tan formado después de los cinco o seis meses que había pasado sin verlo que su figura y el tono de sus palabras me inspiraron respeto. Me habló como consejero prudente más que como amigo de escuela. Lamentó el extravío en que yo había caído. Me felicitó por mi curación, que creía avanzada; por último, me exhortó a aprovechar aquel error de juventud para abrir los ojos sobre la vanidad de los placeres. Lo miré asombrado. Se dio cuenta. Mi querido caballero, me dijo, no os digo nada que no sea absolutamente cierto y de lo que no me haya convencido tras riguroso examen. Yo sentía tanta inclinación como vos hacia la voluptuosidad, pero el cielo me había dado al mismo tiempo el gusto por la virtud. Me he servido de mi razón para comparar los frutos de la una y de la otra, y no he tardado mucho en descubrir sus diferencias. El socorro del cielo se unió a mis reflexiones. Concebí por el mundo un desprecio que nada puede igualar. ¿Adivinaríais lo que me retiene en él, añadió, y lo que me impide correr a la soledad? Únicamente la tierna amistad que tengo por vos. Conozco la excelencia de vuestro corazón y de vuestra mente; no hay nada bueno de lo que no podáis volveros capaz. El veneno del placer os ha hecho apartaros del camino. ¡Qué pérdida para la virtud! Vuestra fuga de Amiens me causó tanto dolor que, desde entonces, no he gozado un solo instante de satisfacción. Podéis juzgarlo por los pasos que me hizo dar. Me contó que, después de haberse dado cuenta de que yo le había engañado y me había ido con mi amante, había montado a caballo para seguirme; pero que, como le llevaba cuatro o cinco horas de ventaja, le había sido imposible alcanzarme; que, sin embargo, había llegado a Saint-Denis una media hora después de mi marcha; que, seguro de que me habría detenido en París, pasó seis semanas en esa ciudad buscándome inútilmente; que iba a todos los lugares donde presumía que podía encontrarme, y que, por fin, un día había reconocido a mi amante en

la Comédie³⁷; que iba vestida con un lujo tan deslumbrador que imaginó que debía aquella fortuna a un nuevo amante; que había seguido su carroza hasta su casa, y que por un criado se había enterado de que era mantenida por las liberalidades del señor B... No me detuve ahí, continuó. Volví al día siguiente para saber de sus propios labios lo que había sido de vos; me dejó bruscamente cuando me oyó hablar de vos, y me vi obligado a volver a provincias sin más aclaraciones. Luego me enteré de vuestra aventura y de la extrema consternación que os ha causado; pero no quise veros sin la seguridad de encontraros más tranquilo.

Así pues, habéis visto a Manon, le respondí suspirando. ¡Ay!, vos sois más feliz que yo, condenado como estoy a no verla nunca más. Él me hizo reproches por aquel suspiro que aún manifestaba debilidad por ella. Me halagó con tal destreza por la bondad de mi carácter y de mis inclinaciones que desde esa primera entrevista me infundió un fuerte deseo de renunciar como él a todos los placeres del siglo para abrazar el estado eclesiástico.

Acaricié tanto esta idea que, cuando me encontré solo, no me ocupé ya de otra cosa. Me acordé de las palabras del señor obispo de Amiens, que me había dado el mismo consejo, y de los felices presagios que formulaba a mi favor si llegaba a adoptar aquella decisión. La piedad también se mezcló en mis consideraciones. Llevaré una vida prudente y cristiana, me decía yo; me dedicaré al estudio y a la religión, que no me permitirán pensar en los peligrosos placeres del amor. Despreciaré lo que el común de los hombres admira; y como estoy seguro de que mi corazón sólo deseará lo que estime, tendré tan pocas inquietudes como deseos. Sobre esto me hice por adelantado un plan de vida apacible y solitaria. En él incluía una casa apartada, con un bosquecillo y un arroyuelo de agua dulce al fondo del jardín, una biblioteca de libros selectos, un reducido número de amigos virtuosos y de buen juicio, una mesa limpia, pero frugal y moderada. Le añadía un intercambio epistolar con un amigo que residiría en París y que me informaría de las novedades públicas, menos para satisfacer mi curiosidad que para procurarme un entretenimiento con las locas agitaciones de los hombres. ¿No sería feliz?, me decía; ¿no quedarán colmadas todas mis pretensiones? Ciertamente que ese proyecto halagaba en extremo mis gustos. Pero, al final de un plan de vida tan prudente, advertía que mi corazón seguía esperando algo, y que, para no tener nada que desear en la más deliciosa soledad, necesitaba a Manon conmigo.

Mientras tanto, como Tiberge seguía haciéndome frecuentes visitas con el propósito que él me había inspirado, aproveché la ocasión para manifestárselo a mi padre. Me declaró que sus intenciones eran dejar a sus hijos plena libertad para elegir su estado, y que, cualquiera que fuese mi decisión, sólo se reservaría el derecho de ayudarme con sus consejos. Me los dio muy sensatos, más destinados a disuadirme de mi proyecto que a hacérmelo abrazar con total conocimiento. Se acercaba la apertura del año escolar³⁸. Acordé con Tiberge que entraríamos juntos en el seminario de Saint-Sulpice³⁹, él para terminar sus estudios de teología, y yo para iniciar los míos⁴⁰. Sus méritos, que el obispo de la diócesis no desconocía, le hicieron obtener de este prelado un beneficio⁴¹ considerable antes de nuestra partida.

Creyéndome totalmente desengañado de mi pasión, mi padre no puso ninguna dificultad a mi marcha. Llegamos a París. El hábito eclesiástico⁴² substituyó a la cruz de

Malta, y el nombre de abate Des Grieux al de caballero. Me dediqué al estudio con tanta aplicación que en pocos meses hice extraordinarios progresos. Le destinaba una parte de la noche y no perdía un momento del día. Mi reputación alcanzó tal brillo que ya me felicitaban por las dignidades que no podía dejar de obtener, y, sin haberlo solicitado, mi nombre fue inscrito en la lista de los beneficiados. No me olvidaba de la piedad: ponía fervor en todos los ejercicios. Tiberge estaba encantado de lo que consideraba obra suya, y varias veces le vi derramar lágrimas aplaudiéndose por lo que llamaba mi conversión. Que las resoluciones humanas están sujetas a mudanza nunca ha extrañado a nadie; una pasión provoca su nacimiento, otra pasión puede destruirlas; pero cuando pienso en la santidad de las que me habían llevado a Saint-Sulpice y en la alegría interior que el cielo me hacía disfrutar al practicarlas, me espanta la facilidad con que pude romperlas. Si es cierto que el auxilio divino es en todo momento de una fuerza igual a la de las pasiones, que me expliquen por qué funesto ascendente se ve uno arrastrado de pronto lejos de su deber, sin sentirse capaz de la menor resistencia y sin el menor remordimiento. Yo me creía absolutamente liberado de las debilidades del amor. Pensaba que habría preferido una página de san Agustín, o un cuarto de hora de meditación cristiana, a todos los placeres sensuales, sin exceptuar los que Manon me hubiera ofrecido. Sin embargo, un desdichado instante me hizo recaer en el precipicio, y mi recaída fue tanto más irreparable cuanto que, hallándome de pronto en el mismo grado de profundidad del que había salido, los nuevos desórdenes en que caí me llevaron mucho más lejos hacia el fondo del abismo.

Ya había vivido casi un año en París sin informarme de los asuntos de Manon. Al principio me había costado gran esfuerzo hacerme esa violencia; pero los consejos siempre presentes de Tiberge, y mis propias reflexiones, me habían permitido obtener la victoria. Los últimos meses habían transcurrido en medio de tal tranquilidad que me creía a punto de olvidar eternamente a aquella encantadora y pérfida criatura. Llegó la época en que debía defender un examen público en la Escuela de Teología⁴³. Hice que pidieran a varias personas de consideración que me honraran con su presencia. De este modo mi nombre se difundió por todos los barrios de París: llegó incluso a los oídos de mi infiel. No lo reconoció con certeza bajo el título de abate, pero un resto de curiosidad, o quizá cierto arrepentimiento por haberme traicionado (nunca he podido discernir cuál de esos dos sentimientos), le hizo interesarse en un nombre tan parecido al mío; fue a la Sorbona con algunas otras damas. Estuvo presente en mi examen, y sin duda no le costó demasiado reconocerme.

No tuve el menor conocimiento de esa visita. Es de todos sabido que, en estos lugares, hay gabinetes particulares para las damas, donde permanecen ocultas tras una celosía. Regresé a Saint-Sulpice cubierto de gloria y colmado de parabienes. Eran las seis de la tarde. Nada más volver me avisaron de que una dama deseaba verme. Acudí inmediatamente al locutorio. ¡Oh, dioses, qué sorprendente aparición! Allí encontré a Manon. Era ella, pero más adorable y más resplandeciente de lo que nunca la había visto. Tenía entonces dieciocho años. Sus encantos excedían a toda ponderación. Era un aire tan delicado, tan dulce, tan incitante, el aire del Amor mismo. Toda su figura me pareció un encantamiento.

Me quedé desconcertado al verla, y, como no podía sospechar el propósito de aquella

visita, esperaba, con los ojos bajos y temblando, a que ella se explicase. Su turbación fue, durante un tiempo, igual a la mía; pero, al ver que yo seguía en silencio, se tapó los ojos con la mano para ocultar algunas lágrimas. En tono tímido me confesó que su infidelidad merecía mi odio; pero que, si alguna vez había sentido yo verdaderamente algún cariño por ella, también había mostrado dureza dejando pasar dos años sin cuidarme de conseguir noticias sobre su suerte, y que asimismo había mucha en verla en el estado en que se hallaba ante mí sin decirle una palabra. No podría expresarse la confusión de mi alma mientras la escuchaba.

Ella se sentó. Yo permanecí de pie, con el cuerpo vuelto a medias, sin atreverme a mirarla a la cara. Inicié varias veces una respuesta, pero no tuve energía suficiente para acabarla. Al final, haciendo un esfuerzo, exclamé dolorosamente: ¡Pérfida Manon! ¡Ah, pérfida, pérfida! Ella, llorando a lágrima viva, me repitió que no pretendía justificar su perfidia. ¡Qué pretendéis entonces?, exclamé yo de nuevo. Pretendo morir, me respondió, si no me devolvéis vuestro corazón, sin el que no puedo vivir. ¡Pídeme pues mi vida, infiel!, repliqué derramando también yo unas lágrimas que inútilmente me esforzaba por contener. Pídeme mi vida, que es lo único que me queda por sacrificarle; porque mi corazón nunca ha dejado de ser tuyo. Apenas hube terminado estas últimas palabras cuando se levantó para arrojarse en mis brazos. Me cubrió de mil apasionadas caricias. Me llamó con todos los nombres que el amor inventa para expresar sus más vivas ternezas. Yo aún no le respondía sino con languidez. ¡Cómo pasar, en efecto, de la tranquila situación en que me encontraba, a los tumultuosos impulsos que sentía renacer! Estaba asustado. Me estremecía, como ocurre cuando se encuentra uno de noche en un campo apartado: nos creemos transportados a un nuevo orden de cosas; nos embarga un secreto horror, del que no nos recobramos hasta después de haber considerado largo tiempo todos los alrededores.

Nos sentamos el uno junto al otro. Cogí sus manos en las mías. ¡Ah!, Manon, le dije mirándola con ojos tristes, no me esperaba la negra traición con que pagasteis mi amor. Muy fácil debió de seros engañar a un corazón del que erais soberana absoluta, y que ponía toda su felicidad en complaceros y en obedeceros. Decidme ahora si habéis encontrado otros tan tiernos y tan sumisos. No, no, la Naturaleza apenas los forma del mismo temple que el mío. Decidme, al menos, si alguna vez lo habéis echado de menos. ¿Qué confianza puedo tener en este renuevo de bondad que hoy os trae aquí para consolarlo? Demasiado veo que estáis más hermosa que nunca; pero, en nombre de todas las penas que he sufrido por vos, bella Manon, decidme si seréis más fiel.

Me respondió con palabras tan emocionantes sobre su arrepentimiento, y se comprometió a la fidelidad con tantas protestas y juramentos, que me enterneció hasta un punto que no puedo expresar. ¡Querida Manon!, le dije con una mezcla profana de expresiones amorosas y teológicas, eres demasiado adorable para ser una criatura humana. Siento mi corazón arrebatado por una delectación victoriosa. Todo lo que se dice de la libertad en Saint-Sulpice es pura quimera⁴⁴. Voy a perder mi fortuna y mi reputación por ti, lo preveo; leo mi destino en tus bellos ojos; pero ¿de qué pérdidas no me consolará tu amor? Los favores de la fortuna no me importan; la gloria me parece humo; todos mis planes de vida eclesiástica eran locos delirios; en fin, todos los bienes distintos de los que espero contigo son bienes despreciables, pues no podrían resistir un

momento en mi corazón frente a una sola de tus miradas.

Prometiéndole sin embargo un olvido general de sus faltas, quise que me informara del modo en que se había dejado seducir por B... Me contó que, tras haberla visto asomada a la ventana, se había enamorado locamente de ella; que había hecho su declaración como recaudador de impuestos, es decir, manifestándole por carta que el pago sería proporcional a los favores; que, en un primer momento, ella había capitulado, pero sin otro designio que sacarle alguna cantidad considerable que pudiera servirnos para vivir holgadamente; que él la había deslumbrado con promesas tan magníficas que se había dejado ablandar poco a poco; que, sin embargo, yo debía medir su remordimiento por el dolor que había mostrado ante mis ojos la víspera de nuestra separación; que, a pesar de la opulencia en que la había mantenido, nunca se había sentido feliz con él, no sólo por no encontrar, me dijo, la delicadeza de mis sentimientos ni la finura de mis maneras, sino porque, incluso en medio de los placeres que sin cesar él le procuraba, en el fondo de su corazón llevaba el recuerdo de mi amor y el remordimiento de su infidelidad. Me habló de Tiberge y de la extremada confusión que su visita le había causado. Una estocada en el corazón, añadió, me habría revuelto menos la sangre. Le volví la espalda, sin poder soportar un momento su presencia. Siguió contándome por qué medios se había enterado de mi presencia en París, del cambio de mi estado y de mis exámenes en la Sorbona. Me aseguró que había sentido tal agitación durante la disputa⁴⁵ que le había costado un gran esfuerzo no sólo retener las lágrimas, sino sus gemidos mismos y sus gritos, que más de una vez habían estado a punto de estallar. Por último me dijo que había sido la última en salir de aquel lugar para ocultar su turbación, y que, siguiendo únicamente el impulso de su corazón y la impetuosidad de sus deseos, había venido derecha al seminario con la resolución de morir en él si no me encontraba dispuesto a perdonarla.

¿Dónde hallar un bárbaro al que no hubiera conmovido un arrepentimiento tan vivo y tan tierno? Por lo que a mí se refiere, en ese momento sentí que habría sacrificado por Manon todos los obispados del mundo cristiano. Le pregunté qué nuevo plan le parecía oportuno para poner en orden nuestros asuntos. Me dijo que debíamos salir inmediatamente del seminario y tratar de encontrarnos en un lugar más seguro. Asentí sin replicar a todas sus disposiciones. Entró en su carroza para ir a esperarme en la esquina de la calle. Un instante después yo escapaba sin que me viera el portero. Subí con ella. Pasamos por la prendería⁴⁶. Recuperé galones y espada. Manon pagó todo, porque yo estaba sin un céntimo; y, por temor a encontrar dificultades para salir de Saint-Sulpice, no quiso que yo volviese un momento a mi habitación para recoger mi dinero. Mi caudal, por otro lado, era mediocre, y ella lo bastante rica gracias a las liberalidades de B... como para despreciar lo que me hacía abandonar. En la tienda misma del prendero discutimos la decisión que íbamos a tomar. Para subrayar mejor el sacrificio que me hacía de B..., decidió no guardarle la menor consideración. Quiero dejarle sus muebles, me dijo, son suyos; pero me llevaré, como es de justicia, las joyas y casi sesenta mil francos que le he sacado desde hace dos años⁴⁷. No le di ningún derecho sobre mí, añadió; por eso podemos vivir sin miedo en París, alquilando una casa cómoda donde viviremos felizmente. Le hice ver que, si para ella no había ningún peligro, lo había, y mucho, para mí, pues antes o después no dejaría de ser reconocido, y me vería expuesto continuamente a la desgracia que ya había sufrido. Me dio a entender que le apenaría

mucho dejar París. Tanto temía yo contrariarla que no había riesgos que no despreciase por complacerla; sin embargo, encontramos una solución intermedia razonable, que fue alquilar una casa en algún pueblo cerca de París, desde donde nos sería fácil ir a la ciudad cuando el placer o la necesidad nos llamasen. Escogimos Chaillot⁴⁸, que no está lejos. Manon volvió inmediatamente a su casa. Yo fui a esperarla a la puerta pequeña del jardín de las Tullerías⁴⁹. Ella regresó una hora después, en una carroza de alquiler, con una muchacha que estaba a su servicio y algunos baúles donde guardaba su ropa y todo lo que poseía de algún valor.

No tardamos en llegar a Chaillot. La primera noche nos alojamos en la posada para darnos tiempo a buscar una casa, o al menos un piso cómodo. Al día siguiente encontramos uno de nuestro gusto.

Al principio tuve la impresión de que mi felicidad se había asentado de un modo inquebrantable. Manon era la dulzura y la complacencia misma. Tenía conmigo atenciones tan delicadas que me creí ampliamente recompensado de todos mis sinsabores. Como los dos habíamos adquirido un poco de experiencia, reflexionamos sobre la solidez de nuestra fortuna. Los sesenta mil francos que constituían el caudal de nuestra riqueza no eran una cantidad que pudiera extenderse tanto como el curso de una larga vida. Por otro lado, no estábamos dispuestos a reducir demasiado nuestro gasto. El ahorro no era la primera virtud de Manon, y tampoco la mía. El plan que me propuse fue el siguiente: Sesenta mil francos, le dije, pueden sostenernos durante diez años. Si seguimos viviendo en Chaillot, dos mil escudos al año nos bastarán. Llevaremos una vida honrada pero sencilla. Nuestros únicos gastos serán el mantenimiento de una carroza y los teatros. Seremos sensatos. Vos amáis la ópera: iremos dos veces por semana. En cuanto al juego, nos limitaremos tanto que nuestras pérdidas nunca pasarán de dos pistolas. Es imposible que, en el espacio de diez años, no ocurra un cambio en mi familia; mi padre es viejo, puede morir. Yo heredaré, y entonces estaremos por encima de todos nuestros otros temores.

No habría sido este plan la más disparatada acción de mi vida si hubiéramos tenido suficiente sentido común para seguirlo con firmeza. Pero nuestras resoluciones apenas duraron un mes. Manon sentía una desmedida pasión por el placer; yo la sentía por ella. A cada momento se nos presentaban nuevas ocasiones de gasto; y lejos de lamentar las cantidades de dinero que a veces ella derrochaba con profusión, fui el primero en procurarle todo lo que creía propio para agradarle. Nuestra morada de Chaillot empezó incluso a resultarle incómoda. Se acercaba el invierno; todo el mundo volvía a la ciudad y el campo se quedaba desierto. Ella me propuso alquilar de nuevo una casa en París. No consentí; pero, para satisfacerla en algo, le dije que podíamos alquilar un piso amueblado, donde pasaríamos la noche cuando saliéramos demasiado tarde de las asambleas⁵⁰ a donde íbamos varias veces por semana; pues la incomodidad de regresar tan tarde a Chaillot era el pretexto que ella ponía para querer dejarlo. De este modo tuvimos dos alojamientos, uno en la ciudad y otro en el campo. Este cambio no tardó en sembrar el mayor desorden en nuestra existencia, provocando dos aventuras que causaron nuestra ruina.

Manon tenía un hermano, que era guardia de corps⁵¹. Por desgracia resultó estar alojado, en París, en la misma calle que nosotros. Reconoció a su hermana al verla por la

mañana en su ventana. Acudió al punto a visitarnos. Era un hombre brutal y sin principios de honor. Entró en nuestro cuarto lanzando horribles juramentos, y, como estaba al tanto de una parte de las aventuras de su hermana, la cubrió de injurias y reproches. Yo había salido un momento antes, cosa que fue una suerte para él o para mí, que no estaba nada dispuesto a soportar un insulto. Volví a casa después de su marcha. La tristeza de Manon me hizo pensar que había pasado algo extraordinario. Me contó la afrentosa escena que acababa de soportar y las brutales amenazas de su hermano. Sentí tal rencor que habría corrido inmediatamente a vengarme si sus lágrimas no me hubieran detenido. Mientras yo hablaba con ella del episodio, el guardia de corps volvió a entrar en la habitación donde estábamos sin haberse hecho anunciar. No le habría recibido con la cortesía con que lo recibí si le hubiera conocido; pero, tras saludarnos con aire risueño, tuvo tiempo de decirle a Manon que volvía para pedirle excusas por su arrebato; que había creído que vivía en el libertinaje, y que esa idea había encendido su cólera; pero que, informado de quién era yo por uno de nuestros criados, se había enterado de cosas mías tan favorables que le hacían desear vivir en buenas relaciones con nosotros. Aunque tal información, que procedía de uno de mis lacayos, tuviese algo de extraño y chocante, acepté con amabilidad su cumplido. Creí complacer a Manon, que parecía encantada de verlo inclinado a reconciliarse. Le retuvimos para que se quedara a comer. En pocos momentos tomó tal confianza que, habiéndonos oído hablar de nuestro regreso a Chaillot, se empeñó en acompañarnos. Tuvimos que hacerle un sitio en nuestro coche. Aquello fue una toma de posesión, porque pronto se acostumbró a vernos con tanto placer que hizo su casa de la nuestra y en cierto modo se adueñó de cuanto nos pertenecía. Me llamaba hermano, y, so pretexto de la libertad fraternal, dio en la costumbre de llevar a todos sus amigos a nuestra casa de Chaillot, y de obsequiarlos a nuestra costa. Se hizo vestir magníficamente a nuestras expensas. Nos obligó incluso a pagar todas sus deudas. Yo cerraba los ojos ante aquella tiranía para no disgustar a Manon, hasta el punto de fingir no darme cuenta de que, de vez en cuando, le sacaba sumas considerables. Ciertamente, jugador empedernido, tenía la fidelidad de devolverle una parte cuando la fortuna le favorecía; pero la nuestra era demasiado mediocre para proveer por mucho tiempo a gastos tan poco moderados. A punto estaba yo de tener una dura explicación con él para librarnos de sus intemperancias, cuando un funesto accidente me ahorró ese enojo, causándonos otro que nos arruinó sin remisión.

Un día nos habíamos quedado a pasar la noche en París, como nos ocurría a menudo. La criada, que en tales ocasiones se quedaba sola en Chaillot, vino a decirme por la mañana que, durante la noche, el fuego había prendido en la casa y que había sido muy difícil apagarlo. Le pregunté si nuestros muebles habían sufrido algún daño; me respondió que había habido una confusión tan grande, causada por la multitud de extraños que habían acudido a ayudar, que no podía estar segura de nada. Temblé por nuestro dinero, que estaba guardado en una pequeña caja. Me trasladé rápidamente a Chaillot. Diligencia inútil: la caja había desaparecido. Entonces comprendí que se puede amar el dinero sin ser avaro. Aquella pérdida me causó un dolor tan vivo que creí perder la razón. De golpe comprendí las nuevas desgracias a las que iba a verme expuesto; la indigencia era la menor de ellas. Conocía a Manon: por experiencia sabía de sobra que, por más fiel que me fuera y por más unida que estuviera a mí en la buena fortuna, no

había que contar con ella en la miseria. Amaba demasiado la abundancia y los placeres para sacrificármelos. La perderé, exclamé. ¡Desdichado caballero, una vez más vas a perder todo lo que amas! Esa idea me sumió en una turbación tan horrible que, durante unos momentos, pensé si no haría mejor poniendo fin a todos mis males con la muerte. Sin embargo, conservé suficiente presencia de ánimo para querer analizar antes si no me quedaba ningún recurso. El cielo me inspiró una idea que detuvo mi desesperación. Creí que no me sería imposible ocultar nuestra pérdida a Manon, y que, con habilidad o con ayuda del azar, podría sostenerla con suficiente dignidad para impedirle sentir estrecheces. He calculado, decía yo para consolarme, que veinte mil escudos nos bastarían para diez años. Supongamos que los diez años han transcurrido y que ninguno de los cambios que esperaba han ocurrido en mi familia. ¿Qué decisión tomaría? No lo sé muy bien, pero ¿qué me impide hacer hoy lo que haría entonces? ¿Cuántas personas viven en París que, sin mi ingenio ni mis cualidades naturales, consiguen vivir de sus talentos, tal cual los tienen? La Providencia, añadía yo reflexionando sobre los diferentes estados de la vida, ¿no ha dispuesto con gran sabiduría las cosas? La mayoría de los grandes y de los ricos son necios: esto es evidente para quien conoce un poco el mundo. Por lo tanto, hay en ello una justicia admirable: si unieran la inteligencia a las riquezas serían demasiado felices, y el resto de los hombres demasiado miserable. Las cualidades del cuerpo y del alma se conceden a éstos como medios para librarse de la miseria y la pobreza. Unos participan de las riquezas de los grandes sirviendo a sus placeres: los engañan; otros sirven a su instrucción: intentan hacer de ellos gentes de bien; a decir verdad, es raro que lo consigan, pero no es ésa la finalidad de la divina Sabiduría; de sus desvelos siempre sacan fruto, que es vivir a costa de aquellos a quienes instruyen; y, se mire por donde se mire, qué excelente fondo de renta para los pequeños la tontería de ricos y grandes.

Estos pensamientos me sosegaron un poco el corazón y la cabeza. Decidí ante todo consultar con el señor Lescaut, hermano de Manon. Él conocía París perfectamente, y yo ya había tenido mil ocasiones de comprobar que no era de su hacienda ni de la paga del rey de donde sacaba lo más claro de su renta. Apenas me quedaban veinte pistolas, que por suerte estaban en mi bolsillo. Le mostré mi bolsa, explicándole mi desgracia y mis temores, y le pregunté si me quedaba alguna solución distinta a la de morir de hambre o romperme la crisma de desesperación. Me respondió que romperse la crisma era el recurso de los necios; y que, para morir de hambre, ya había mucha gente de talento que se veía reducida a ello por no querer hacer uso de sus facultades; que a mí me correspondía analizar de qué era capaz; que él me aseguraba su ayuda y sus consejos en todas las empresas que intentase.

Esto es muy vago, señor Lescaut, le dije; mis necesidades exigirían un remedio inmediato, porque ¿qué queréis que le diga a Manon? A propósito de Manon, me replicó, ¿qué os preocupa? ¿No tenéis siempre con ella el mejor medio para resolver vuestros problemas cuando queráis? Una joven así debería mantenernos, a vos, a ella y a mí. Me cortó la respuesta que esa impertinencia merecía para seguir diciéndome que me garantizaba antes de la noche mil escudos que repartirnos si yo quería seguir su consejo; que conocía a un caballero tan liberal en punto a placeres que estaba seguro de que mil escudos no le costarían nada a cambio de obtener los favores de una joven como

Manon. Le atajé al punto. Tenía mejor opinión de vos, le respondí; había imaginado que la razón que tuvisteis para concederme vuestra amistad era un sentimiento totalmente opuesto al que ahora manifestáis. Me confesó sin el menor pudor que siempre había pensado lo mismo, y que, dado que su hermana había violado una vez las leyes de su sexo, aunque fuera en favor del hombre que más amaba, sólo se había reconciliado con ella en la esperanza de sacar partido de su mala conducta. No me fue difícil pensar que hasta entonces nos había engañado. Sin embargo, por más indignación que sus palabras me hubieran causado, la necesidad que de él tenía me obligó a responder, riendo, que su consejo era un último recurso para casos extremos. Le rogué que me abriera alguna otra vía. Me propuso aprovechar mi juventud y la buena figura que había recibido de la naturaleza para relacionarme con alguna dama vieja y generosa. Tampoco fue de mi gusto ese partido, que me habría vuelto infiel a Manon. Le hablé del juego, como del medio más fácil y más conveniente para mi situación. Me dijo que el juego era un recurso, cierto, pero que requería ciertas explicaciones; que ponerse a jugar sin más ni más, sólo con las probabilidades comunes, era el verdadero medio de rematar mi ruina; que pretender poner en práctica solo y sin ayuda los pequeños medios que un hombre hábil emplea para corregir a la fortuna era un oficio demasiado peligroso; que había una tercera vía, que era la asociación, pero que mi juventud le hacía temer que los señores Confederados aún no me considerasen apto para la Liga⁵². Me prometió, no obstante, sus buenos oficios ante ellos; y, cosa que no habría esperado de él, me ofreció algún dinero para cuando me viese apremiado por la necesidad. El único favor que en tales circunstancias le pedí fue que no dijera nada a Manon de la pérdida que había sufrido ni del tema de nuestra conversación.

Salí de su casa menos satisfecho aún de lo que había entrado; me arrepentí incluso de haberle confiado mi secreto. Él no había hecho nada por mí que yo no hubiera podido conseguir igual sin aquella confesión, y temía mortalmente que faltase a la promesa que me había hecho de no descubrirle nada a Manon. La declaración de sus sentimientos también me hacía temer que formase el designio de sacar partido de ella, siguiendo sus propios términos, arrebatándola de mis manos o, al menos, aconsejándole que me dejase para unirse a algún amante más rico y más feliz. Hice sobre este punto mil reflexiones que sólo consiguieron atormentarme y renovar la desesperación en que me había visto por la mañana. Varias veces me vino a la cabeza la idea de escribir a mi padre y fingir una nueva conversión; pero enseguida recordé que, a pesar de toda su bondad, me había encerrado seis meses en una estrecha prisión por mi primera falta; estaba totalmente seguro de que, tras un escándalo como el que había debido provocar mi huida de Saint-Sulpice, me trataría con mucho más rigor. Aquella confusión de pensamientos produjo, por último, uno que de pronto devolvió la calma a mi ánimo, y que me sorprendió no haber tenido antes, y fue recurrir a mi amigo Tiberge, en el que estaba totalmente seguro de seguir encontrando el mismo caudal de interés por mí y de amistad. Nada es más admirable ni honra más a la virtud que la confianza con que uno se dirige a personas cuya probidad se conoce perfectamente. Uno siente que no corre ningún riesgo. Si no siempre están en situación de ofrecer la ayuda, uno está seguro de que al menos obtendrá su bondad y compasión. El corazón, que se cierra con tanto cuidado al resto de los hombres, se abre de forma natural en su presencia, como una flor a la luz del sol del que

no espera sino una benéfica influencia.

Consideré, pues, como un efecto de la protección del cielo, haberme acordado tan a propósito de Tiberge, y decidí buscar el modo de verle antes de que acabase el día. Volví inmediatamente a casa para escribirle una nota e indicarle un lugar apropiado para nuestro encuentro. Le recomendaba silencio y discreción como uno de los favores más importantes que podía hacerme en la situación en que se hallaban mis asuntos. La alegría que la esperanza de verle me inspiraba borró las huellas del dolor que Manon no habría dejado de advertir en mi rostro. Le hablé de nuestra desgracia de Chaillot como de una bagatela que no debía alarmarla; y por ser París el lugar del mundo en que ella vivía con más placer, no le inquietó oírme decir que convenía quedarnos en la ciudad hasta que se hubieran reparado en Chaillot algunos leves efectos del incendio. Una hora más tarde recibí la respuesta de Tiberge, que me prometía acudir al lugar de la cita. Corrí a él lleno de impaciencia. Aunque me avergonzaba algo comparecer ante un amigo cuya sola presencia debía ser un reproche a mis desórdenes, la idea que me hacía de la bondad de su corazón y el interés por Manon fortalecieron mi audacia.

Le había pedido que nos encontráramos en el jardín del Palais-Royal⁵³. Llegó antes que yo. Vino a abrazarme nada más verme. Me tuvo largo rato estrechado entre sus brazos, y sentí mi cara mojada por sus lágrimas. Le dije que no me presentaba ante él sino lleno de confusión, y que en el corazón llevaba el vivo sentimiento de mi ingratitud; que le conminaba ante todo a decirme si todavía me estaba permitido considerarle amigo mío después de haber merecido tan justamente perder su estima y su afecto. En el tono más cariñoso me respondió que nada era capaz de hacerle renunciar a ese título; que mis desgracias mismas, y, si me permitía decirlo, mis faltas y desórdenes, habían aumentado su cariño por mí; pero que era un cariño mezclado con el más vivo dolor, como el que se siente por una persona querida viéndola correr a su perdición sin poder prestarle ayuda.

Nos sentamos en un banco. ¡Ay!, le dije con un suspiro que me salió del fondo del alma, vuestra compasión, mi querido Tiberge, ha de ser excesiva si me aseguráis que iguala a mis sufrimientos. Me avergüenza mostrároslos, pues confieso que no es muy noble su causa, pero su efecto es tan triste que no es preciso quererme tanto como hacéis para compadecerme. Me pidió, como muestra de amistad, que le contara sin ocultarle nada de lo que me había ocurrido desde mi salida de Saint-Sulpice. Satisfice su deseo; y lejos de alterar lo más mínimo la verdad, o de disminuir mis faltas para que le pareciesen más disculpables, le hablé de mi pasión con toda la fuerza que esa misma pasión me inspiraba. Se la hice ver como una de esas fatalidades particulares del destino que se une a la ruina de un miserable, y de las que tan imposible es a la virtud defenderse como ha sido preverlas a la cordura. Le hice un vivo retrato de mis preocupaciones, de mis temores, de la desesperación en que me hallaba dos horas antes de verle, y en la que volvería a caer si me veía abandonado por mis amigos de forma tan despiadada como por la fortuna; en resumen, conmoví de tal modo al buen Tiberge que le vi tan afligido por la compasión como yo lo estaba por el sentimiento de mis penas. Él no se cansaba de abrazarme, mientras me daba ánimos y consuelo; pero, como él seguía suponiendo que debía separarme de Manon, le di a entender que esa separación era lo que yo consideraba como el mayor de mis infortunios y que estaba dispuesto a sufrir no sólo la más espantosa de las miserias, sino la muerte más cruel, antes que aceptar un remedio

más insoportable que todos mis males juntos.

Explicaos pues, me dijo: ¿qué clase de ayuda puedo daros si os rebeláis contra todas mis propuestas? No me atrevía a confesarle que era su bolsa lo que yo necesitaba. Terminó, sin embargo, por comprenderlo, y, tras confesarme que creía entenderme, permaneció un rato meditativo, como hombre que vacila. No creáis, replicó enseguida, que mi cavilación deriva de un enfriamiento de mi interés y mi amistad. Pero ¿a qué alternativa me reducís si tengo que negaros la única ayuda que queréis aceptar, o faltar a mi deber si os la concedo? ¿No es tomar parte en vuestro desorden ayudaros a perseverar en él? Sin embargo, prosiguió tras reflexionar un momento, quiero imaginar que quizá sea el violento estado a que os arroja la indigencia el que no os deja suficiente libertad para elegir el mejor partido; se necesita un ánimo tranquilo para saborear la cordura y la verdad. Hallaré el medio de proporcionaros algún dinero. Permitidme, mi querido caballero, añadió abrazándome, que os ponga una condición: que me informéis del lugar de vuestra residencia y no impidáis al menos mis esfuerzos por devolveros al camino de la virtud, que sé que amáis, y del que sólo la violencia de vuestras pasiones os aparta. Accedí sinceramente a cuanto deseaba, y le rogué que compadeciese la malicia de mi destino, que tan mal me hacía aprovechar los consejos de un amigo tan virtuoso. Acto seguido me llevó a casa de un banquero conocido suyo, que me adelantó cien pistolas⁵⁴ contra un pagaré suyo, pues no disponía de dinero contante. Ya he dicho que Tiberge no era rico. Su beneficio le rentaba mil escudos; pero como era el primer año que lo disfrutaba aún no había cobrado nada de la renta: aquel adelanto me lo hacía sobre los frutos futuros.

Comprendí todo el valor de su generosidad y me sentí conmovido hasta el punto de deplorar la ceguera de un amor fatal que me hacía violar todos los deberes. Durante unos instantes, la virtud tuvo suficiente fuerza para alzarse en mi corazón contra mi pasión, y, en ese instante de lucidez, me di cuenta al menos de la vergüenza y la indignidad de mis cadenas. Pero ese combate fue ligero y duró poco. La vista de Manon me habría hecho precipitarme del cielo, y me asombré, cuando volví a encontrarme a su lado, de que ni por un instante hubiera podido parecerme vergonzosa una pasión tan justa por una mujer tan encantadora.

Manon era una criatura de carácter excepcional. Nunca joven alguna tuvo menos apego que ella por el dinero, pero no podía estar tranquila un momento con el temor a que le faltase. Lo que necesitaba eran placeres y pasatiempos. Nunca habría querido tocar un céntimo si uno pudiera divertirse sin que costara nada. Ni siquiera preguntaba por la situación de nuestras riquezas, con tal de que pudiera pasar agradablemente el día, de suerte que, al no ser excesivamente aficionada al juego ni capaz de deslumbrarse ante la fastuosidad de grandes gastos, no era difícil satisfacerla procurándole a diario distracciones de su gusto. Pero era algo tan necesario para ella dedicarse al placer que, sin eso, no se podía confiar lo más mínimo en su carácter y en sus inclinaciones. Aunque me amase tiernamente y yo fuera el único, como ella admitía gustosa, que podía hacerle saborear totalmente las dulzuras del amor, estaba casi seguro de que su cariño no resistiría ante ciertos temores. Me habría preferido al mundo entero con una fortuna mediana; pero yo no dudaba lo más mínimo de que me abandonaría por algún nuevo B... cuando sólo pudiera ofrecerle constancia y fidelidad. Decidí, pues, controlar mis

gastos personales, de modo que siempre estuviese en condiciones de atender a los suyos, y privarme de mil cosas necesarias antes que escatimarle nada, ni siquiera lo superfluo. La carroza me asustaba más que todo el resto, pues no veía ninguna posibilidad de poder mantener caballos y un cochero. Le declaré mi apuro al señor Lescaut. No le había ocultado que había recibido cien pistolas de un amigo. Me repitió que, si yo quería tentar el azar del juego, confiaba en que, sacrificando voluntariamente un centenar de francos para sobornar a sus socios, podría ser admitido, por recomendación suya, en la Liga de la Industria⁵⁵. Por mucho que me repugnase hacer trampas, me dejé arrastrar por una cruel necesidad.

El señor Lescaut me presentó esa misma noche como pariente suyo; añadió que yo estaba tanto más dispuesto a triunfar cuanto que necesitaba los mayores favores de la fortuna. Sin embargo, para informarles de que mi miseria no era la de un cualquiera, les dijo que tenía intención de invitarles a cenar. Aceptaron la oferta y los traté con magnificencia. Se habló largo rato de la gentileza de mi figura y mis afortunadas disposiciones. Auguraron que se podía esperar mucho de mí porque había algo en la expresión de mi rostro que dejaba adivinar al hombre honrado, nadie desconfiaría de mis argucias. Por último dieron las gracias al señor Lescaut por haber conseguido para la orden un novicio de mi mérito, y encargaron a uno de los caballeros darme, durante unos días, las necesarias instrucciones. El principal escenario de mis hazañas debía ser el Palacio de Transilvania, donde había una mesa de faraón⁵⁶ en una sala y otros juegos de naipes y dados en la galería. Las ganancias de esta academia iban a parar a manos del señor príncipe de R...⁵⁷, que vivía entonces en Clagny, y la mayor parte de sus oficiales pertenecían a nuestra asociación. Debo decir, para vergüenza mía, que no tardé mucho en sacar provecho de las lecciones de mi maestro. Adquirí sobre todo mucha destreza para dar el cambiazo, para conocer las cartas por el tacto al repartir, y, ayudándome muy bien con un largo par de manguitos⁵⁸, escamoteaba el oro con la suficiente rapidez como para burlar los ojos de los más hábiles y arruinar sin afectación a gran cantidad de honrados jugadores. Aquella extraordinaria destreza adelantó tanto la prosperidad de mi fortuna que en pocas semanas conseguí sumas cuantiosas, además de las que compartía de buena fe con mis socios. Entonces ya no temí confesar a Manon nuestra pérdida de Chaillot, y, para consolarla, al notificarle aquella enojosa noticia, alquilé una casa amueblada en la que nos instalamos con aire de opulencia y seguridad.

Durante todo este tiempo, Tiberge no había dejado de hacerme frecuentes visitas. Sus lecciones morales no acababan nunca. No se cansaba de mostrarme el daño que hacía yo a mi conciencia, a mi honor y a mi fortuna. Yo aceptaba sus consejos con simpatía, y, aunque no estuviera dispuesto a seguirlos ni por asomo, le agradecía su celo porque conocía bien la fuente. A veces me burlaba de él con simpatía, en presencia incluso de Manon, y le exhortaba a no ser más escrupuloso que un gran número de obispos y otros sacerdotes, que saben armonizar perfectamente una amante con un beneficio. Mirad, le decía yo señalándole los ojos de la mía, y decidme si no hay pecados que no se justifiquen por tan bella causa. Él se armaba de paciencia. La llevó incluso bastante lejos; pero cuando vio que mis riquezas aumentaban, y que no sólo le había devuelto sus cien pistolas sino que, después de alquilar una nueva casa y duplicar mis gastos, iba a hundirme de nuevo más que nunca en los placeres, cambió totalmente de tono y

maneras. Se quejó de mi obstinación; me amenazó con los castigos del cielo y me predijo una parte de las desgracias que no tardaron mucho en ocurrirme. Es imposible, me dijo, que las riquezas que sirven para mantener vuestro libertinaje os hayan llegado por vías legítimas. Las habéis adquirido injustamente y del mismo modo os serán arrebatadas. El castigo más terrible de Dios sería dejar que las disfrutéis tranquilamente. Inútiles han sido para vos todos mis consejos, y de sobra veo que pronto os resultarán importunos. Adiós, ingrato y débil amigo. ¡Ojalá se desvanezcan como una sombra vuestros criminales placeres! ¡Ojalá perezcan sin remedio vuestra fortuna y vuestro dinero, y os quedéis desnudo y solo, para sentir la vanidad de los bienes que tan locamente os han embriagado! Entonces me hallaréis dispuesto a amaros y a servirlos, pero hoy rompo todo trato con vos, y repruebo la vida que lleváis. Fue en mi cuarto, y en presencia de Manon, donde me hizo esta apostólica arenga. Se levantó para retirarse. Quise retenerlo, pero me detuvo Manon diciéndome que era un loco al que había que dejar irse.

Sus palabras no dejaron de causarme alguna impresión. Destaco así las diversas ocasiones en que mi corazón sintió un retorno hacia el bien, porque a ese recuerdo he debido luego una parte de mi fuerza en las circunstancias más desgraciadas de mi vida. Las caricias de Manon disiparon, en un instante, la pesadumbre que aquella escena me había causado. Y seguimos llevando una vida hecha de placer y amor. El aumento de nuestras riquezas redobló nuestro cariño; Venus y la Fortuna no tenían esclavos más felices ni más tiernos. ¡Dioses! ¿Por qué llamar al mundo lugar de miserias si en él pueden disfrutarse tan exquisitas delicias? Pero, ¡ay!, pasan demasiado deprisa, y ésa es su debilidad. ¿Qué otra felicidad queríamos proponernos si su naturaleza las hiciera durar siempre? Las nuestras corrieron la suerte común, es decir, duraron poco y fueron seguidas por amargos pesares. Yo había conseguido en el juego ganancias tan considerables que pensaba en colocar parte de mi dinero. Mis criados no ignoraban mi éxito, sobre todo mi ayuda de cámara y la doncella de Manon, ante los que a menudo hablábamos sin recelo. La chica era bonita; mi criado estaba enamorado de ella. Trabajaban para unos amos jóvenes e ingenuos, a quienes pensaron que podrían engañar fácilmente. Idearon un plan, y lo llevaron a cabo con tanta desventura para nosotros que nos redujeron a un estado del que jamás nos fue posible levantarnos.

Cierto día en que el señor Lescaut nos había invitado a cenar, volvimos a casa poco más o menos a las doce de la noche. Llamé a mi criado, y Manon a su doncella: ni el uno ni la otra aparecieron. Nos indicaron entonces que nadie los había visto en la casa desde las ocho, y que se habían marchado después de haber mandado trasladar varias cajas, según órdenes que decían haber recibido de mí. Presentí una parte de la verdad, pero no formé sospechas que no fueran superadas por lo que vi al entrar en mi habitación. La cerradura de mi gabinete había sido forzada y había desaparecido mi dinero junto con toda mi ropa. Mientras reflexionaba a solas sobre aquel accidente vino Manon, totalmente aterrada, diciéndome que en sus aposentos se había cometido el mismo estrago. Tan cruel me pareció el golpe que sólo un extraordinario esfuerzo de razón me impidió entregarme a gritos y llantos. El temor a contagiar mi desesperación a Manon me hizo aparentar un rostro tranquilo. Le dije, en tono de broma, que me vengaría engañando al primer primo que encontrase en el Palacio de Transilvania. Pero Manon me pareció tan impresionada por nuestra desgracia que su tristeza tuvo más fuerza para

afligirme de lo que mi fingida alegría había tenido para impedirle que se sintiera demasiado abatida. ¡Estamos perdidos!, me dijo con lágrimas en los ojos. En vano me esforcé por consolarla con caricias; mis propias lágrimas delataban mi desesperación y mi consternación. Estábamos, en efecto, tan absolutamente arruinados que no nos quedaba ni una camisa.

Decidí enviar a buscar inmediatamente al señor Lescaut. Me aconsejó ir, en el acto, a ver al señor jefe de policía y al gran preboste de París⁵⁹. Fui, pero fue para mayor desgracia mía, porque, además de que esa diligencia y las que tuve que hacer con esos dos funcionarios de la justicia no dieron fruto alguno, facilité a Lescaut tiempo para hablar con su hermana y, en mi ausencia, inspirarle una resolución horrible. Le habló del señor de G... M..., viejo libidinoso que pagaba generosamente los placeres, y le hizo ver tantas ventajas en ponerse bajo su protección que, confusa como estaba por nuestra desgracia, admitió todo aquello de lo que intentó convencerla. Este honorable trato fue concluido antes de mi vuelta, y su ejecución aplazada para el día siguiente, después de que Lescaut hubiera avisado al señor de G... M... Lo encontré esperándome en casa; pero Manon se había acostado en su cuarto y había ordenado a su lacayo decirme que, como necesitaba descansar un poco, me rogaba dejarla sola esa noche. Lescaut se marchó después de haberme ofrecido algunas pistolas, que acepté. Eran casi las cuatro de la mañana cuando yo me metía en la cama, y, tras cavilar largo rato todavía sobre los medios de rehacer mi fortuna, me dormí tan tarde que sólo pude despertarme a las once o las doce. Me levanté rápidamente para ir a preguntar por la salud de Manon; me dijeron que había salido, una hora antes, con su hermano, que había venido a recogerla en un coche de alquiler. Aunque semejante salida, hecha con Lescaut, me pareció misteriosa, no permití que las sospechas me invadieran. Dejé pasar unas horas, que entretuve leyendo. Hasta que, sin poder dominar mi inquietud, empecé a pasear a zancadas por nuestros aposentos. En el de Manon vi una carta sellada sobre su mesa. Era para mí, y de su puño y letra. La abrí con un escalofrío mortal; éstos eran sus términos.

Te juro, mi querido caballero, que eres el ídolo de mi corazón, y que no hay nadie en el mundo a quien yo pueda amar como te amo a ti; pero ¿no ves, pobre y querida alma mía, que, en la situación a que nos vemos reducidos, no hay virtud más estúpida que la felicidad? ¿Crees que se puede amar apasionadamente cuando se carece de pan? El hambre me arrastraría a algún error fatal; un día rendiría mi último suspiro creyendo lanzar uno de amor. Te adoro, de eso puedes estar seguro; pero deja en mis manos, por un tiempo, el cuidado de nuestra fortuna. ¡Ay del que caiga en mis redes! Trabajo para que mi caballero sea rico y feliz. Mi hermano te dará noticias de tu Manon, y te dirá que le ha costado lágrimas la necesidad de abandonarte.

Permanecí, tras esta lectura, en un estado que me sería difícil describir pues todavía hoy no sé qué clase de sentimientos me agitaron entonces. Fue una de esas situaciones únicas en las que nunca se ha sentido nada parecido. Imposible explicarlas a los demás porque nadie tiene la menor idea; y hasta a uno mismo le cuesta desentrañarlas porque, siendo únicas en su especie, no tienen eco alguno en la memoria y no pueden

relacionarse con ningún sentimiento conocido. Sin embargo, sea cual fuere la naturaleza de los míos, es cierto que debían de entrar en ellos el dolor, el despecho, los celos y la vergüenza. ¡Dichoso de mí si no hubiera entrado también más amor! Me ama, quiero creerlo; pero ¿no tendría que ser un monstruo, exclamé, para odiarme? ¿Qué derechos tuvo nunca nadie sobre un corazón que no tenga yo sobre el suyo? ¿Qué me queda por hacer por ella después de todo lo que le he sacrificado? ¡Sin embargo me abandona! ¡Y la ingrata se cree a cubierto de mis reproches diciéndome que no deja de amarme! Tiene miedo al hambre. ¡Dios del amor, qué grosería de sentimiento! ¡Y qué mal responde a mi delicadeza! Yo no la he temido, yo, que me expongo voluntariamente a ella renunciando por Manon a mi fortuna y a las comodidades de la casa de mi padre; yo, que me he privado hasta de lo necesario para satisfacer sus pequeños humores y sus caprichos. Me adora, dice. Si me adorases, ingrata, bien sé por quién te habrías dejado aconsejar; no me habrías abandonado, al menos sin decirme siquiera adiós. Es a mí a quien hay que preguntar qué crueles penas se sienten al separarse de lo que se adora. Hay que haber perdido la razón para exponerse a ello voluntariamente.

Mis lamentos fueron interrumpidos por una visita que no me esperaba. Fue la de Lescaut. ¡Verdugo!, le dije echando mano a la espada, ¿dónde está Manon? ¿Qué has hecho de ella? Aquel gesto lo asustó; me respondió que, si lo recibía así cuando venía a darme cuenta del mayor favor que hubiera podido hacerme, iba a retirarse, y no volvería a poner los pies en mi casa. Corrí a la puerta de la habitación, que cerré cuidadosamente. No imagines, le dije volviéndome hacia él, que vas a engañarme una vez más y a enredarme con fábulas. Defiende tu vida o devuélveme a Manon. ¡Vaya!, qué vivo sois de genio, replicó él, ése es el único asunto que me trae. Vengo a anunciaros una alegría en la que no pensáis, y por la que quizá reconozcáis que me debéis alguna gratitud. Quise que me lo aclarase inmediatamente.

Me contó que Manon, incapaz de soportar el temor a la miseria, y sobre todo la idea de verse obligada de repente a variar nuestro tren de vida, le había pedido que le presentase al señor de G... M..., que pasaba por hombre generoso. Se guardó mucho de decirme que el consejo procedía de él, y que había sido él quien había preparado el camino antes de presentárselo. Se la he llevado esta mañana, continuó, y ese noble hombre ha quedado tan prendado de su mérito que al punto la ha invitado a hacerle compañía en su casa de campo, adonde ha ido a pasar unos días. Yo, añadió Lescaut, que he comprendido de repente lo ventajoso que podía ser eso para vos, le he dado a entender hábilmente que Manon había sufrido considerables pérdidas, y tanto he animado su generosidad que ha empezado por hacerle regalo de doscientas pistolas. Yo le he dicho que eso era razonable por el momento, pero que el futuro acarrearía a mi hermana grandes necesidades; que, además, ella se había hecho cargo de un hermanito que a la muerte de nuestros padres quedó bajo nuestra protección, y que, si la creía digna de su estima, no permitiría que sufriese por ese pobre niño a quien ella miraba como a la mitad de sí misma. Este relato no dejó de enternecerlo. Se ha brindado a alquilar una casa cómoda, para vos y para Manon, pues vos sois el hermanito huérfano. Ha prometido instalaros convenientemente, y proporcionaros todos los meses sus buenas cuatrocientas libras, que sumarán, si no cuento mal, cuatro mil ochocientas al final de cada año. Ha ordenado a su intendente, antes de salir hacia su casa de campo, buscar

una casa y tenerla preparada para su vuelta. Entonces volveréis a ver a Manon, que me ha encargado que os dé mil abrazos por ella y que os asegure que os quiere más que nunca.

Me senté pensando en aquella extraña disposición de mi suerte. Mis sentimientos estaban divididos y, por lo tanto, me hallaba en una incertidumbre tan difícil de vencer que permanecí largo rato sin replicar a las numerosas preguntas que Lescaut me hacía una tras otra. Fue en ese momento cuando el honor y la virtud me hicieron sentir de nuevo las punzadas del remordimiento, y cuando volví los ojos, suspirando, hacia Amiens, hacia la casa de mi padre, hacia Saint-Sulpice y hacia todos los lugares donde había vivido en la inocencia. ¡Qué inmenso espacio me separaba de aquel feliz estado! Ya sólo lo veía a lo lejos, como una sombra que seguía atrayendo mi nostalgia y mis deseos, pero demasiado débil para estimular mis esfuerzos. ¿Qué fatalidad, decía yo, me ha vuelto tan criminal? El amor es una pasión inocente; ¿cómo se ha trocado para mí en fuente de miserias y desórdenes? ¿Qué me impedía vivir tranquilo y virtuoso al lado de Manon? ¿Por qué no me casé con ella antes que obtener nada de su amor? Mi padre, que me quería entrañablemente, ¿no habría consentido el matrimonio si le hubiera apremiado con súplicas legítimas? ¡Ay!, hasta mi padre la habría adorado como a una hija encantadora, más que digna de ser la mujer de su hijo; y yo sería feliz con el amor de Manon, con el cariño de mi padre, con la estima de las personas honradas, con los beneficios de la fortuna y la tranquilidad de la virtud. ¡Funesto desastre! ¿Qué infame personaje vienen a proponerme? ¿Cómo? ¿Iré a compartir?... Pero ¿cabe alguna duda de que ha sido Manon quien lo ha concertado, y de que la pierdo si no acepto complacerla? Señor Lescaut, exclamé cerrando los ojos como para alejar tan penosas reflexiones, si vuestro propósito ha sido ayudarme, os doy las gracias. Habríais podido tomar un camino más honesto; pero es cosa resuelta, ¿no? Por lo tanto, pensemos únicamente en sacar provecho de vuestros desvelos y en llevar a cabo vuestro proyecto. Lescaut, a quien mi cólera, seguida de un larguísimo silencio, había dejado perplejo, quedó encantado al verme tomar una resolución muy distinta de la que sin duda había temido; era cualquier cosa menos valiente, y de eso tuve mejores pruebas más tarde. Sí, sí, se apresuró a responder, es un gran favor el que os he hecho, y no tardaréis en ver que ha de aprovecharnos más de lo que esperáis. Concertamos el modo de vencer los recelos que el señor de G... M... podía imaginar sobre nuestra fraternidad, al verme mucho más alto y quizá de mayor edad de lo que imaginaba. No encontramos otro medio que adoptar ante él un aire simple y provinciano, y hacerle creer que mi intención era entrar en el estado eclesiástico, y que para ello iba todos los días al colegio. También decidimos que me presentaría mal vestido la primera vez que me fuera dado el honor de saludarle. El señor de G... M... volvió a la ciudad tres o cuatro días después, y él mismo llevó a Manon a la casa que su intendente se había encargado de preparar. Ella mandó inmediatamente aviso a Lescaut de su regreso; y, tras comunicármelo éste, ambos nos dirigimos a su casa. El viejo amante ya se había ido.

A pesar de la resignación con que me había sometido a sus deseos, al volver a verla no pude reprimir el murmullo de mi corazón. Le parecí triste y lánguido. La alegría de recuperarla no terminaba de imponerse al dolor de su infidelidad. Ella, en cambio, parecía entusiasmada por el placer de volver a verme. Me reprochó mi frialdad. No pude

reprimirme y dejé escapar palabras como pérfida e infiel, acompañadas por otros tantos suspiros. Se burló al principio de mi ingenuidad; pero, al ver que mis ojos seguían mirándola llenos de tristeza, y el trabajo que me costaba digerir un cambio tan opuesto a mi temperamento y mis deseos, pasó sola a su gabinete. La seguí un momento después. La encontré llorando; le pregunté la causa de sus lágrimas. Es muy fácil comprenderlo, me dijo, ¿cómo quieres que viva si el verme sólo sirve para entristecerte y apenarte? Hace una hora que estás aquí y no me has hecho una sola caricia, y has recibido las mías con la majestad del Gran Turco en el serrallo.

Escuchad, Manon, le respondí abrazándola, no puedo ocultaros que mi corazón está mortalmente afligido. No hablo ahora de las inquietudes en que me sumió vuestra imprevista fuga, ni de la crueldad que tuvisteis al abandonarme sin una palabra de consuelo, tras no haber pasado la noche en la cama a mi lado. El encanto de vuestra presencia me haría olvidar muchas cosas más. Pero ¿creéis que pueda pensar sin suspiros, e incluso sin lágrimas, proseguí yo derramando algunas, en la triste y desventurada vida que pretendéis que lleve en esta casa? Dejemos a un lado mi cuna y mi honor: razones tan débiles no son ya las que deben competir con un amor como el mío; pero ¿no pensáis que ese amor mismo gime al verse tan mal recompensado o, mejor dicho, tan cruelmente tratado por una ingrata y rigurosa amada?... Me interrumpió para decirme: No sigáis, caballero, es inútil atormentarme con reproches que me traspasan el corazón cuando vienen de vos. Comprendo bien lo que os hiere. Esperaba que consentiríais en mi proyecto para rehacer un poco nuestra fortuna, y si empecé a ponerlo en práctica sin vuestra participación fue para no ofender vuestra delicadeza; pero renuncié a él puesto que no lo aprobáis. Añadió que sólo me pedía un poco de complacencia para el resto del día; que ya había recibido doscientas pistolas de su anciano amante, quien le había prometido llevarle por la noche un bello collar de perlas, junto con otras joyas, y, además, la mitad de la pensión anual que le había prometido. Dejadme sólo el tiempo de recibir sus regalos, me dijo; os juro que no podrá alardear de los favores que ha recibido de mí, pues hasta ahora he aplazado todo hasta encontraros en la ciudad. Ciertamente me ha besado más de un millón de veces las manos; es justo que pague ese placer, y no será demasiado cinco o seis mil francos proporcionando el precio a su fortuna y a su edad.

Su decisión me agradó mucho más que la esperanza de las cinco mil libras. Pude comprobar entonces que mi corazón aún no había perdido por completo todo sentimiento de honor, pues se sentía tan satisfecho por escapar de la infamia. Pero yo había nacido para las dichas fugaces y los largos dolores. La Fortuna sólo me libró de un precipicio para hacerme caer en otro. Cuando hube demostrado a Manon, con mil caricias, lo feliz que me creía por su cambio, le dije que había que informar de todo al señor Lescaut para tomar de común acuerdo nuestras medidas. Al principio, no puso buena cara. Pero las cuatro o cinco mil libras de dinero contante y sonante le hicieron aceptar con alegría nuestros planes. Acordamos, por tanto, que los tres comeríamos con el señor de G... M..., y ello por dos razones: una, para divertirnos con una escena agradable haciéndome pasar por un escolar, hermano de Manon; la otra, para estorbar al viejo libertino e impedirle tomarse libertades con mi amada, por el derecho que creería haber adquirido al pagar con tanta generosidad por anticipado. Lescaut y yo debíamos retirarnos cuando él

subiese a la habitación donde pensaba pasar la noche; y Manon, en lugar de seguirle, nos prometió salir y venir a pasarla conmigo. Lescaut se encargó de tener un coche en la puerta con toda puntualidad.

Llegada la hora de la cena, el señor de G... M... no se hizo esperar mucho. Lescaut estaba con su hermana, en la sala. El primer cumplido del viejo fue regalar a su bella un collar, unas pulseras y unos pendientes de perlas que valían mil escudos por lo menos. Le entregó luego, en bellos luises de oro, la suma de dos mil cuatrocientas libras, que equivalían a la mitad de la pensión. Amenizó su ofrenda con numerosas galanterías al estilo de la antigua corte. Manon no pudo negarle algunos besos; eran otros tantos derechos que adquiría sobre el dinero que él ponía entre sus manos. Yo estaba en la puerta, aguzando el oído y esperando que Lescaut me avisara para entrar.

Vino a cogerme de la mano una vez que Manon hubo guardado el dinero y las joyas, y, cuando me llevaba hacia el señor de G... M..., me ordenó hacerle la reverencia. Hice dos o tres de las más profundas. Perdonad, señor, le dijo Lescaut, es un niño sin ninguna experiencia. Como veis, está muy lejos de tener las buenas maneras de París; pero confiamos en que con un poco de trato las adquirirá. Tendréis el honor de ver aquí con frecuencia al señor, añadió volviéndose hacia mí; aprovechad un modelo tan bueno. El viejo amante pareció complacido al verme. Me dio dos o tres cachetes en la mejilla diciéndome que era un muchacho muy guapo, pero que tenía que estar en guardia en París, donde los jóvenes se dejan arrastrar fácilmente hacia la depravación. Lescaut le aseguró que yo era de condición tan sensata que sólo hablaba de hacerme sacerdote y que mi única diversión era hacer capillitas⁶⁰. Se parece algo a Manon, prosiguió el viejo levantándose la barbilla con la mano. Yo respondí con aire estúpido: Es que nuestras dos carnes se tocan muy de cerca, señor; por eso quiero a Manon como a mí mismo. ¿Le oís?, le dijo a Lescaut, tiene talento. Lástima que este niño no posea un poco más de mundo. ¡Oh!, señor, continué, he visto mucho en nuestro pueblo, en las iglesias, y creo que en París he de encontrar más tontos que yo. Ya lo veis, añadió él, es admirable para un chico provinciano. Toda nuestra charla fue más o menos del mismo estilo durante la cena. Manon, que estaba de buen humor, estuvo a punto en varias ocasiones de echarlo todo a perder con sus carcajadas. Mientras cenábamos, hallé ocasión de contarle al viejo su propia historia y la mala suerte que lo amenazaba. Lescaut y Manon temblaban durante mi narración, sobre todo cuando hacía su retrato del natural; pero el amor propio le impidió reconocerse en él, y lo acabé con tanta habilidad que fue el primero en encontrarlo muy grotesco. Veréis que si me he extendido sobre esa ridícula escena no ha sido sin motivo. Por fin, llegada la hora de acostarse, el viejo habló de amor y de impaciencia. Nosotros, Lescaut y yo, nos retiramos; se le acompañó a su habitación, y Manon, tras salir so pretexto de una necesidad, vino a reunirse con nosotros en la puerta. El coche, que nos esperaba tres o cuatro casas más abajo, avanzó para recogernos. En un instante nos alejamos del barrio.

Aunque a mis propios ojos aquella acción fuese una auténtica bellaquería, no era la más injusta de las que creía tener que reprocharme. Sentía más escrúpulos por el dinero que había conseguido en el juego. Sin embargo, aprovechamos tan poco la una como el otro, y el cielo permitió que la más leve de estas dos injusticias fuera la más rigurosamente castigada.

El señor de G... M... no tardó mucho en darse cuenta de que lo habían engañado. No sé si, desde esa misma noche, hizo algunas gestiones para descubrirnos, pero tuvo suficiente influencia para que no fueran inútiles durante mucho tiempo, y nosotros suficiente imprudencia para confiar demasiado en el gran tamaño de París y en la distancia que había de nuestro barrio al suyo. No sólo fue informado de dónde vivíamos y de nuestros asuntos de entonces, sino que también supo quién era yo, la vida que había llevado en París, la antigua aventura amorosa de Manon con B..., la forma en que lo había engañado, en una palabra, todas las partes escandalosas de nuestra historia. Decidió entonces mandarnos detener y tratarnos menos como a criminales que como a redomados libertinos. Aún estábamos en la cama cuando un exento de policía irrumpió en nuestra habitación con media docena de guardias. Se apoderaron inmediatamente de nuestro dinero o, mejor dicho, del dinero del señor de G... M..., y, tras obligarnos a levantarnos bruscamente, nos condujeron a la puerta, donde encontramos dos carrozas, en una de las cuales metieron sin más explicaciones a la pobre Manon, mientras yo era arrastrado en la otra a Saint-Lazare⁶¹. Sólo quien haya sufrido reveses semejantes puede juzgar la desesperación que provocan. Nuestros guardias llevaron su crueldad hasta el punto de no permitirme abrazar a Manon ni decirle una palabra. Durante mucho tiempo ignoré qué había sido de ella. Fue sin duda una suerte para mí no haberlo sabido al principio, pues una catástrofe tan terrible me habría hecho perder el juicio y, quizá, la vida.

Mi desdichada amante me fue, pues, arrebatada ante mis ojos y llevada a un sitio que me horroriza nombrar⁶². ¡Qué destino para una criatura tan encantadora, que habría ocupado el primer trono del mundo si todos los hombres hubieran tenido mis ojos y mi corazón! No la trataron allí de forma bárbara, pero fue encerrada en una estrecha celda, sola y condenada a cumplir todos los días cierta tarea de trabajo, como condición necesaria para conseguir algún repugnante alimento. No supe este triste detalle hasta mucho tiempo después, cuando yo mismo había sufrido varios meses de una dura y enojosa penitencia. Como mis guardias tampoco me habían comunicado el lugar al que tenían orden de llevarme, sólo conocí mi destino en la puerta de Saint-Lazare. En ese momento hubiera preferido la muerte al estado en que me creí a punto de caer. Tenía de aquella casa unas ideas terribles. Mi espanto aumentó cuando, al entrar, los guardias me registraron por segunda vez los bolsillos para asegurarse de que no me quedaban ni armas ni medio alguno de defensa. El superior apareció al momento; le habían avisado de mi llegada; me saludó con mucha amabilidad. Padre mío, le dije, nada de indignidades⁶³. Antes perdería mil vidas que soportar una sola. No, no, señor, me respondió; portaos bien, y estaremos contentos uno del otro. Me rogó que subiera a una habitación del piso alto. Le seguí sin resistencia. Los arqueros me acompañaron hasta la puerta, y el superior, tras entrar conmigo, les indicó que se retirasen.

¡Así que soy vuestro prisionero!, le dije. Pues bien, padre mío, ¿qué pretendéis hacer conmigo? Me dijo que le agradaba verme adoptar un tono razonable, que su deber sería trabajar para inspirarme gusto por la virtud y la religión, y el mío, aprovechar sus exhortaciones y consejos; que, a poco que yo quisiera responder a las atenciones que tendría conmigo, sólo encontraría placer en mi soledad. ¡Ah, placer!, repliqué; ¡no sabéis, padre mío, lo único que es capaz de proporcionármelo! Lo sé, respondió, mas espero

que vuestra inclinación cambie. Su respuesta me hizo comprender que estaba al tanto de mis aventuras, y quizá de mi nombre. Le rogué que me lo aclarase. Me dijo con naturalidad que le habían informado de todo.

Saberlo fue el más duro de todos mis castigos. Empecé a derramar un torrente de lágrimas, con todas las muestras de una desesperación horrible. No podía consolarme ante una humillación que iba a convertirme en el hazmerreír de todos mis conocidos y en la vergüenza de mi familia. Pasé ocho días así, en medio del abatimiento más profundo e incapaz de oír nada ni ocuparme de nada que no fuera mi oprobio. El recuerdo mismo de Manon no añadía nada a mi dolor. Al menos sólo influía en él como un sentimiento que había precedido a aquella nueva pena, y la pasión dominante de mi alma era la vergüenza y la confusión. Son pocas las personas que conocen la fuerza de esos impulsos particulares del corazón. La mayoría de los hombres sólo es sensible a cinco o seis pasiones, en torno a las que gira su vida, y a las que se reducen todas sus inquietudes. Quitadles el amor y el odio, el placer y el dolor, la esperanza y el temor, y ya no sienten nada. Pero a las personas de un carácter más noble se las puede agitar de mil formas distintas; parece que tuvieran más de cinco sentidos, y que puedan recibir ideas y sensaciones que traspasan los límites ordinarios de la naturaleza; y como tienen un sentimiento de esa grandeza que los eleva por encima del vulgo, no hay nada de lo que sean más celosas. De ahí que sufran con tanta impaciencia el desprecio y la mofa, y que la vergüenza sea una de sus más violentas pasiones.

En Saint-Lazare tuve esa triste ventaja. Mi tristeza le pareció tan excesiva al superior que, temiendo sus secuelas, creyó que debía tratarme con mucha dulzura e indulgencia. Iba a verme dos o tres veces al día. A menudo me llevaba con él para dar una vuelta por el jardín, y su celo se agotaba en exhortaciones y en advertencias saludables. Yo las recibía con humildad, y le manifestaba incluso agradecimiento. Por eso había puesto su esperanza en mi conversión. Sois de un carácter tan dulce y tan amable, me dijo un día, que no puedo comprender los desórdenes de los que os acusan. Dos cosas me sorprenden: una, cómo, con tan excelentes cualidades, habéis podido entregaros al exceso del libertinaje; y la otra, que me admira todavía más, cómo recibís de tan buena gana mis consejos y mis instrucciones, después de haber vivido varios años⁶⁴ habituado al desorden. Si es arrepentimiento, sois un vivo ejemplo de las misericordias del cielo; si es bondad natural, al menos tenéis un excelente fondo de carácter, que me permite esperar que no tendremos que reteneros aquí mucho tiempo para devolveros a una vida honesta y ordenada. Me encantó ver que tenía esa opinión de mí. Decidí reforzarla mediante una conducta que pudiera satisfacerle plenamente, convencido de que era el medio más seguro de abreviar mi encierro. Le pedí algunos libros. Le sorprendió que, habiéndome permitido elegir los que quería leer, me decidí por varios autores serios. Fingí aplicarme al estudio con el mayor de los entusiasmos y así le di en todo momento pruebas del cambio que él deseaba.

Pero sólo era exterior. Debo confesarlo para vergüenza mía: en Saint-Lazare interpreté el papel de hipócrita. Cuando estaba solo, en lugar de estudiar, únicamente me dedicaba a lamentar mi destino; maldecía mi cárcel y la tiranía que en ella me retenía. Y nada más conseguir alguna tregua del abatimiento en que me había arrojado la confusión, volví a caer en los tormentos del amor. La ausencia de Manon, la incertidumbre sobre su

destino, el temor a no volverla a ver nunca eran el único objeto de mis tristes meditaciones. Me la imaginaba en brazos de G... M..., pues ésa era la idea que había tenido al principio; y, lejos de figurarme que le hubiera dado el mismo trato que a mí, estaba convencido de que me había hecho alejarme para poseerla tranquilamente. Así pasaba días y noches que me parecían eternos. Mi única esperanza estaba puesta en el éxito de mi hipocresía. Observaba atentamente el rostro y las palabras del superior para cerciorarme de lo que pensaba de mí, y estudiaba el modo de agradarle, como árbitro que era de mi destino. No me costó mucho reconocer que contaba con toda su simpatía. Y no dudé de que estuviera dispuesto a favorecerme. Un día tuve la osadía de preguntarle si era de él de quien dependía mi liberación. Me dijo que no era el último responsable, pero que, gracias a su testimonio, esperaba que el señor de G... M..., a cuyo requerimiento me había ordenado encerrar el jefe de policía, consentiría en devolverme la libertad. ¿Puedo esperar, continué en tono humilde, que los dos meses de cárcel que ya he soportado le parezcan expiación suficiente? Me prometió hablar con él, si yo lo deseaba. Le rogué encarecidamente que me hiciera ese gran favor. Dos días después me informó de que a G... M... le había conmovido tanto todo lo bueno que había oído de mí que no sólo parecía estar en disposición de dejarme ver la luz, sino que había manifestado incluso un gran deseo de conocerme mejor, y que se proponía hacerme una visita en mi cárcel. Aunque su presencia no pudiera serme grata, la consideré como un paso hacia mi libertad.

Vino, en efecto, a Saint-Lazare. Su aspecto me pareció más serio y menos necio del que había tenido en casa de Manon. Me hizo algunas reflexiones sensatas sobre mi mala conducta. Añadió, para justificar aparentemente sus propios desórdenes, que a la debilidad de los hombres le estaba permitido procurarse ciertos placeres que la naturaleza exige, pero que las canalladas y las tretas vergonzosas merecían ser castigadas. Le escuché con un aire sumiso que pareció satisfacerle. No me ofendí siquiera cuando le oí soltar algunas burlas sobre mi fraternidad con Lescaut y Manon, y sobre las capillitas, de las que suponía, me dijo, que había debido hacer gran cantidad en Saint-Lazare, ya que tanto placer encontraba en aquella piadosa ocupación. Pero, por desgracia para él y para mí mismo, se le escapó decirme que, sin duda, Manon también las habría hecho muy bonitas en el Hôpital⁶⁵. Pese al escalofrío que el nombre del Hôpital me causó, aún tuve fuerzas para rogarle, en tono humilde, que se explicase. Pues sí, me respondió, hace dos meses que aprende cordura en el Hôpital general, y deseo que haya sacado tanto provecho como vos en Saint-Lazare.

Aunque hubiera tenido la amenaza de una prisión perpetua o la muerte misma presente ante mis ojos, no habría podido contenerme ante aquella terrible noticia. Me lancé sobre él con una rabia tan furiosa que perdí en el impulso la mitad de mis fuerzas. Me bastaron, sin embargo, para derribarlo y agarrarle por el cuello. Estaba estrangulándolo cuando el ruido de su caída, y algunos gritos agudos que le dejaba apenas la libertad de soltar, atrajeron al superior y a varios monjes a mi celda. Lo liberaron de mis manos. Hasta yo mismo había perdido casi la fuerza y la respiración. ¡Oh, Dios!, exclamé lanzando mil suspiros; ¡justicia del cielo! ¿He de seguir vivo tras semejante infamia? Quise volver a lanzarme sobre aquel bárbaro que acababa de asesinarme. Me contuvieron. Mi desesperación, mis gritos y mis lágrimas excedían todo lo imaginable.

Hice cosas tan extrañas que todos los presentes, desconocedores de la causa, se miraban unos a otros con tanto espanto como asombro. Mientras tanto, el señor de G... M... se arreglaba la peluca y la corbata, y en su despecho por haber sido tan maltratado ordenaba al superior que me encerrase con más rigor que nunca y me infligiese todos los castigos que se conocen como habituales en Saint-Lazare. No, señor, le dijo el superior; no es con personas del linaje del señor caballero con las que empleamos ese sistema. Además, es tan dócil y tan correcto que me cuesta comprender que haya llegado a tal exceso sin fuertes razones. Aquella respuesta acabó de desconcertar al señor de G... M... Salió diciendo que él sabría doblegar tanto al superior como a mí, y a todos los que se atrevieran a resistírsele.

Tras ordenar a sus monjes que le acompañaran a la salida, el superior se quedó a solas conmigo. Me instó a que le hiciera saber en el acto la causa de aquel desorden. Padre mío, le dije mientras seguía llorando como un niño, imaginaos la crueldad más horrible, imaginaos la más abominable de todas las barbaries, ésa es la acción que el indigno G... M... ha tenido la cobardía de cometer. ¡Oh!, me ha traspasado el corazón. No me recuperaré jamás. Quiero contaros todo, añadí sollozando. Vos sois bueno, tendréis piedad de mí. Le hice un relato abreviado de la larga e insuperable pasión que sentía por Manon, de la floreciente situación de nuestra fortuna antes de ser robados por nuestros propios criados, de los ofrecimientos que G... M... había hecho a mi amada, de la conclusión de su acuerdo y de la forma en que fue roto. Ciertamente le pinté las cosas desde el lado más favorable para nosotros. De ahí procede el celo del señor de G... M... por mi conversión, continué. Ha tenido suficiente influencia para hacerme encerrar aquí por un puro motivo de venganza. Le perdono, pero eso no es todo, padre mío: ha mandado prender cruelmente a la más querida mitad de mí mismo, la ha hecho encerrar vergonzosamente en el Hôpital, ha tenido la desvergüenza de anunciármelo hoy de su propia boca. ¡En el Hôpital, padre mío! ¡Oh cielo, mi deliciosa amada, mi querida reina en el Hôpital, como la más infame de todas las criaturas! ¿Dónde encontraré fuerza suficiente para no morir de dolor y vergüenza? El buen padre, viéndome en aquel extremo de aflicción, trató de consolarme. Me dijo que nunca había comprendido mi aventura de la forma en que se la contaba; que, cierto, había sabido que yo vivía en medio del desorden, pero había imaginado que lo que había obligado al señor de G... M... a interesarse en el caso era alguna relación de aprecio y de amistad hacia mi familia; que sólo por esa razón se lo había explicado a sí mismo; que lo que acababa de contarle cambiaría muchas cosas en mis asuntos, y que no dudaba de que el fiel relato que se proponía hacer al jefe superior de policía no pudiera contribuir a mi libertad. Luego me preguntó por qué aún no se me había ocurrido ponerme en contacto con mi familia, ya que no habían tenido parte en mi detención. Satisface aquella objeción con algunas razones sacadas del dolor que había temido causar a mi padre, y de la vergüenza que yo mismo habría sentido al hacerlo. Me prometió, por último, ir a ver inmediatamente al jefe de policía, aunque sólo sea, añadió, para prevenir algo peor de parte del señor de G... M..., que se ha marchado de esta casa muy enfadado y que goza de suficiente consideración para hacerse temer.

Aguardé el regreso del padre con toda la ansiedad de un desdichado que ve acercarse el momento de su sentencia. Para mí era un suplicio indecible imaginarme a Manon en el

Hôpital. Además de la infamia de esa casa, desconocía de qué forma la trataban en ella, y el recuerdo de algunas peculiaridades que había oído de esa casa de horror renovaba en todo momento mis arrebatos. Estaba tan decidido a ayudarla, a cualquier precio y por el medio que fuera, que habría pegado fuego a SaintLazare si me hubiera sido imposible escaparme de otro modo. Pensé, pues, en los medios que podía adoptar en caso de que el jefe de policía siguiera reteniéndome allí contra mi voluntad. Sometí mi habilidad a todas las pruebas, repasé todas las posibilidades. No vi nada que pudiera asegurarme una evasión segura, y temí verme encerrado con más rigor si mi intento fracasaba. Recordé el nombre de algunos amigos de los que podía esperar ayuda; pero ¿cómo hacerles saber mi situación? Por fin creí haber elaborado un plan tan hábil que podría tener éxito, y decidí prepararlo todavía mejor tras la vuelta del padre superior si la inutilidad de su gestión me lo hacía inevitable. No tardó en volver. No vi en su rostro las marcas de alegría que acompañan a una buena noticia. He hablado con el jefe de policía, me dijo, pero he hablado con él demasiado tarde. El señor de G... M... ha ido a verle nada más salir de aquí, y le ha prevenido de tal modo contra vos que estaba a punto de enviarme nuevas órdenes para trataros con mayor severidad. Sin embargo, cuando le he puesto al corriente de la verdad de vuestros asuntos, ha parecido ablandarse mucho y, no sin reírse algo de la incontinencia del viejo señor de G... M..., me ha dicho que es preciso reteneros aquí seis meses para satisfacerle; tanto más, ha dicho, cuanto que la estancia no ha de resultaros inútil. Me ha recomendado que os tratemos con consideración, y os respondo de que no tendréis queja alguna de mi trato.

Aquella explicación del bondadoso superior fue lo bastante larga para darme tiempo a hacer una reflexión sensata. Comprendí que me expondría a echar a pique mis propósitos si le mostraba demasiada impaciencia por mi libertad. Le manifesté, en cambio, que, dada la necesidad de seguir allí, era para mí un dulce consuelo merecer algo de su estima. Le supliqué luego, sin afectación, que me hiciera un favor, que no tenía ninguna importancia para nadie pero que sería de mucha ayuda para mi tranquilidad: y era mandar aviso a uno de mis amigos, un santo eclesiástico de Saint-Sulpice, de que me encontraba en Saint-Lazare, y permitir que recibiese de vez en cuando su visita. Ese favor me fue concedido sin deliberar. Se trataba de mi amigo Tiberge: no es que yo esperase de él las ayudas necesarias para mi libertad, sólo pretendía hacer que me sirviera de instrumento lejano en la fuga, sin que él mismo se enterase siquiera. En una palabra, mi proyecto era el siguiente: quería escribir a Lescaut y encargarle, a él y a nuestros amigos comunes, la tarea de liberarme. La primera dificultad consistía en hacerle llegar mi carta: para eso debía servirme Tiberge. Sin embargo, dado que le conocía como hermano de mi amante, temí que le costase encargarse del recado. Mi propósito era meter mi carta a Lescaut en otra carta que iba a dirigir a un hombre de bien amigo mío, rogándole que llevase inmediatamente la primera a sus señas, y como era preciso que me viese con Lescaut para ponernos de acuerdo en qué medidas tomar, quería indicarle que viniese a Saint-Lazare y pidiera verme bajo el nombre de mi hermano mayor, que había venido expresamente a París para ponerse al corriente de mis asuntos. En nuestra entrevista acordaríamos los medios que nos parecieran más expeditivos y más seguros. El padre superior mandó comunicar a Tiberge mi deseo de hablar con él. Este fiel amigo no me había perdido tanto de vista que no estuviera al tanto

de mi aventura: sabía que me encontraba en Saint-Lazare, y quizá no había lamentado esa desgracia que él consideraba capaz de devolverme al camino del deber. Acudió inmediatamente a mi cuarto.

Nuestro encuentro fue muy cariñoso. Quiso informarse de mi estado de ánimo. Le abrí mi corazón sin reservas, excepto sobre el propósito de mi fuga. No quiero aparentar a vuestros ojos, querido amigo, le dije, lo que no soy. Si pensáis encontrar aquí a un amigo sensato y ordenado en sus deseos, a un libertino al que han despertado los castigos del cielo, en una palabra, un corazón liberado del amor e indiferente a los encantos de Manon, me habéis juzgado demasiado bien. Me veis ahora tal como me dejasteis hace cuatro meses: siempre enamorado, y siempre infeliz por esa fatal pasión en la que no me canso de buscar mi felicidad.

Me respondió que la confesión que yo hacía me volvía imperdonable; que se veía a muchos pecadores embriagados con la falsa felicidad del vicio hasta preferirlo abiertamente al de la virtud; pero que, por lo menos, se aferraban a imágenes de felicidad y eran víctimas de la apariencias; pero que, reconocer, como yo hacía, que el objeto de mi pasión sólo servía para hacerme culpable y desdichado, y seguir precipitándome voluntariamente en el infortunio y en el crimen, era una contradicción de ideas y de conducta que no hacía honor a mi talento.

Tiberge, le dije, ¡qué fácil es vencer cuando nada se opone a vuestras armas! Dejadme argumentar a mi vez. ¿Podéis pretender que lo que vos llamáis felicidad de la virtud esté libre de trabajos, contratiempos e inquietudes? ¿Qué nombre daríais vos a la cárcel, a las cruces, a los suplicios y a las torturas de los tiranos? ¿Diréis, como hacen los místicos, que lo que atormenta al cuerpo es una felicidad para el alma? No os atreveríais a decirlo: es una paradoja imposible de defender. Esa felicidad que tanto ponderáis está mezclada, pues, con mil penalidades o, para hablar con más exactitud, no es más que un tejido de desdichas a través de las cuales se tiende a la felicidad. Pero si la fuerza de la imaginación hace encontrar placer en estos mismos males porque pueden conducir a un término feliz que se espera, ¿por qué tratáis de contradictoria y de insensata, en mi conducta, una disposición en todo punto igual? Amo a Manon: a través de mil dolores aspiro a vivir feliz y tranquilo a su lado. La vía por la que camino es desgraciada, pero la esperanza de llegar a mi meta no deja de derramar dulzura en ella, y me creería demasiado bien pagado, por un momento pasado a su lado, de todos los sinsabores que soporto para conseguirla. Así pues, todo me parece idéntico a vuestra parte y a la mía; o, si hay alguna diferencia, es a mi favor, pues la felicidad que yo espero está cerca, y la otra lejos; la mía es de igual naturaleza que las penas, es decir, sensible al cuerpo, y la otra, de una naturaleza desconocida, que sólo es cierta por la fe.

Tiberge pareció escandalizado ante este argumento. Retrocedió dos pasos diciéndome, del modo más serio, que lo que yo acababa de decir no sólo dañaba el buen sentido, sino que era un desventurado sofisma de impiedad e irreligión; pues comparar el término de vuestros sufrimientos con el que la religión propone, añadió, es una de las ideas más libertinas y más monstruosas.

Confieso, continué yo, que no es justa; pero tened cuidado, mis argumentos no se basan en ella. He intentado explicar lo que vos consideraréis como una contradicción en la perseverancia de un amor desdichado, y creo haber demostrado sobradamente que, si la

hay, vos no podríais dejar de caer en ella más que yo. Sólo en este sentido he calificado de iguales las cosas, y sigo sosteniendo que lo son. ¿Responderéis que la finalidad de la virtud es infinitamente superior a la del amor? ¿Quién lo niega? Pero ¿se trata de eso? ¿No se trata de la fuerza que una y otro tienen para soportar las penas? Juzguémoslo por su efecto. ¡Cuántos desertores se encuentran de la severa virtud, y cuántos pocos encontraréis del amor! ¿Me seguiréis replicando que, si hay sufrimientos en el ejercicio del bien, no son infalibles y necesarios; que ya no hay tiranos ni cruces, y que se ve a un gran número de personas virtuosas llevar una vida apacible y tranquila? Yo os replicaré igualmente que hay amores apacibles y afortunados, y añadiré una diferencia que es una razón más en mi favor: el amor, aunque engaña con bastante frecuencia, al menos sólo promete satisfacciones y alegrías, mientras que la religión exige que uno se atenga a una práctica triste y mortificante. No os alarméis, añadí al ver su celo a punto de escandalizarse. Lo único que quiero concluir aquí es que no hay peor método para asquear a un corazón del amor que despreciar sus dulzuras y prometerle más felicidad en el ejercicio de la virtud. Tal como estamos hechos, es seguro que nuestra felicidad consiste en el placer; reto a que alguien se forme una idea distinta; ahora bien, el corazón no necesita consultarse mucho tiempo para sentir que, de todos los placeres, los más dulces son los del amor. Pronto se da cuenta de que le engañan cuando en otra parte le prometen otros más deliciosos, y ese engaño le predispone a desconfiar de las promesas más sólidas. Predicadores que pretendéis volverme al camino de la virtud, decidme que es indispensablemente necesaria, pero no me ocultéis que es severa y penosa. Demostrad que las delicias del amor son pasajeras, que están prohibidas, que serán seguidas por penas eternas, y, lo que tal vez cause todavía más impresión en mí, que cuanto más dulces y deliciosas son, más generoso será el cielo a la hora de recompensar un sacrificio tan grande, pero admitid que, con unos corazones como los que tenemos, son en este mundo nuestra felicidad más perfecta.

Las palabras finales de mi discurso devolvieron sus buenas predisposiciones a Tiberge. Admitió que había algo razonable en mis ideas. La única objeción que añadió fue preguntarme por qué no secundaba al menos mis propios principios sacrificando mi amor a la esperanza de esa recompensa de la que tan gran idea me hacía. ¡Querido amigo!, le respondí, ahí es donde reconozco mi miseria y mi debilidad. ¡Ah!, sí, mi deber es obrar como razono; pero ¿está en mi poder hacerlo? ¿Qué ayudas no necesitaría yo para olvidar los encantos de Manon? Que Dios me perdone, replicó Tiberge, pero creo que estoy ante uno de nuestros jansenistas⁶⁶. No sé lo que soy, le repliqué, y no llego a comprender con suficiente claridad lo que hay que ser; pero siento muy bien la verdad de lo que dicen.

Esta conversación sirvió al menos para renovar la compasión de mi amigo. Comprendió que había más flaqueza que maldad en mis desórdenes. Y con ello su amistad estuvo más dispuesta en adelante a prestarme unas ayudas sin las que habría perecido infaliblemente en la miseria. Sin embargo, no le hice la menor insinuación del propósito que tenía de fugarme de Saint-Lazare. Únicamente le rogué que se encargase de mi carta. La había preparado antes de que él llegase, y no me faltaron pretextos para disfrazar la necesidad que tenía de escribirla. Con toda fidelidad la llevó puntualmente, y, antes de que acabase el día, Lescaut recibió la suya.

Vino a verme al día siguiente, y pasó sin la menor dificultad bajo el nombre de mi hermano. Al verle en mi cuarto mi alegría fue extremada. Cerré con cuidado la puerta. No perdamos un momento, le dije; dadme primero noticias de Manon, y después un buen consejo para romper mis cadenas. Me aseguró que no había visto a su hermana desde el día anterior a mi encarcelamiento, que sólo tras muchas pesquisas y desvelos había logrado enterarse de su suerte y de la mía; que se había presentado dos o tres veces en el Hôpital, pero le habían negado la libertad de hablar con ella. ¡Desgraciado G... M...!, exclamé, ¡qué caro me lo has de pagar!

En cuanto a vuestra liberación, continuó Lescaut, es empresa más difícil de lo que pensáis. Pasé anoche la velada con dos amigos míos observando todas las partes exteriores de esta casa, y llegamos a la conclusión de que, por dar vuestras ventanas a un patio rodeado de edificios, como vos me habíais explicado, sería muy difícil sacaros de aquí. Estáis, además, en el tercer piso, y no podemos introducir cuerdas ni escalas. Por lo tanto, no veo modo de ayudaros desde fuera. Habría que pensar en alguna treta desde dentro de la casa. No, le contesté; lo he examinado todo, especialmente desde que mi encierro es algo menos riguroso gracias a la indulgencia del superior. Ya no cierran la puerta de mi habitación con llave, tengo libertad para pasear por las galerías de los monjes; pero todas las escaleras están clausuradas por espesas puertas, que se cuidan mucho de cerrar día y noche, de suerte que es imposible que sólo con la astucia pueda fugarme. Aguardad, añadí tras haber cavilado un poco en una idea que me pareció excelente, ¿podrías traerme una pistola? Desde luego, me dijo Lescaut; pero ¿quieréis matar a alguien? Le aseguré que mi propósito de matar era tan escaso que ni siquiera tenía necesidad de que la pistola estuviera cargada. Traédmela mañana, añadí, y no dejéis de estar por la noche, a las once, frente a la puerta de esta casa, con dos o tres amigos. Confío en poder reunirme con vosotros. No le sirvió de nada presionarme más. Le dije que un plan como el que meditaba sólo podía parecer razonable después de haber salido bien. Le rogué que abreviara su visita para que, así, le resultara más fácil volver a verme al día siguiente. Le costó tan poco esfuerzo ser admitido como la primera vez. Dado su aspecto grave, nadie habría dejado de tomarle por un hombre de honor.

Cuando me vi dueño del instrumento de mi libertad, ya casi no dudé del éxito de mi proyecto. Era raro y aventurado; pero ¿de qué no era yo capaz con todos los motivos que me animaban? Desde que me estaba permitido salir de mi cuarto y pasearme por las galerías, había observado que el portero llevaba cada noche las llaves de todas las puertas al superior, y que luego reinaba un profundo silencio en la casa, prueba de que todo el mundo se había retirado. Podía ir sin la menor dificultad, por una galería de comunicación, desde mi celda hasta la de ese padre. Mi plan consistía en quitarle las llaves, amedrentándole con la pistola si ponía alguna dificultad en dárme las, y servirme de ellas para alcanzar la calle. Esperé ese momento lleno de impaciencia. Llegó el portero a la hora habitual, es decir, poco después de las nueve. Dejé transcurrir una hora todavía para asegurarme de que todos los monjes y los criados se habían dormido. Por fin salí con mi arma y una bujía encendida. Llamé primero suavemente a la puerta del superior, para despertarle sin hacer ruido. Me oyó al segundo golpe, y, suponiendo sin duda que se trataba de algún monje que se encontraba mal y necesitaba ayuda, se levantó para abrirme. Tuvo sin embargo la precaución de preguntarme, a través de la puerta, qué

pasaba y qué se quería de él. Me vi obligado a decir mi nombre; pero fingí un tono lastimero para hacerle comprender que me hallaba indispuerto. ¡Ah!, sois vos, querido hijo, me dijo abriendo la puerta; ¿qué os trae aquí tan tarde? Entré en su habitación, y, tras empujarlo al extremo opuesto de la puerta, le declaré que me era imposible seguir por más tiempo en Saint-Lazare; que la noche era una buena ocasión para salir sin ser visto, y que esperaba de su amistad que consintiera en abrirme las puertas o en prestarme sus llaves para abrirlas yo mismo.

Tanta cortesía debió de sorprenderle. Se quedó un rato mirándome sin responderme. Como yo no tenía nada que perder, volví a tomar la palabra para decirle que me habían conmovido mucho todas sus bondades, pero que, como la libertad era el más preciado de todos los bienes, especialmente para mí, a quien se la arrebatában injustamente, estaba decidido a procurármela aquella misma noche al precio que fuese; y, por miedo a que se le ocurriese levantar la voz para pedir ayuda, le hice ver un poderoso argumento de silencio que guardaba bajo mi casaca. ¡Una pistola!, exclamó. ¿Cómo, hijo mío? ¿Queréis quitarme la vida en agradecimiento a la consideración con que os he tratado? No lo quiera Dios, le respondí. Tenéis demasiada inteligencia y razón para ponerme en semejante necesidad; pero quiero ser libre, y estoy tan resuelto a conseguirlo que, si mi proyecto falla por vuestra culpa, estáis absolutamente perdido. Pero, hijo mío, continuó con aire pálido y aterrado, ¿qué os he hecho yo? ¿Qué razón tenéis para querer mi muerte? ¡Eh, no!, repliqué impaciente. No tengo la menor intención de mataros si queréis vivir. Abridme la puerta, y soy vuestro mejor amigo. Vi las llaves que estaban encima de la mesa. Las cogí y le rogué que me siguiera, haciendo el menor ruido posible. No tuvo más remedio que decidirse. A medida que avanzábamos, y cada vez que me abría una puerta, me repetía con un suspiro: ¡Ay, hijo mío, ay!, ¿quién lo hubiera creído? No hagáis ruido, padre, repetía yo a mi vez a cada momento. Por fin llegamos a una especie de barrera que hay delante del portalón de la calle. Ya me veía libre, y caminaba detrás del padre con mi bujía en una mano y mi pistola en la otra. Mientras él se apresuraba a abrir, un criado, que dormía en un cuartito cercano, al oír el ruido de algunos cerrojos se levanta y asoma la cabeza en su puerta. El buen padre pensó a todas luces que sería capaz de detenerme. De modo muy imprudente le ordenó acudir en su ayuda. Era un fornido mocetón que se lanzó sobre mí sin vacilar. No me anduve con rodeos: le disparé un tiro en mitad del pecho. Ved lo que habéis provocado, padre, dije con arrogancia a mi guía. Pero que esto no os impida terminar, añadí empujándole hacia la última puerta. No se atrevió a negarse a abrirla. Salí felizmente y, a cuatro pasos, encontré a Lescaut, que, cumpliendo su promesa, me esperaba con dos amigos.

Nos alejamos. Lescaut me dijo que le parecía haber oído un tiro de pistola. Culpa vuestra ha sido, le dije, ¿por qué me la trajisteis cargada? Pero le agradecí haber tenido aquella precaución, sin la cual seguramente me habría quedado en Saint-Lazare por mucho tiempo. Fuimos a pasar la noche a una casa de comidas⁶⁷, donde pude desquitarme un poco de lo mal que había comido desde hacía casi tres meses. No pude sin embargo entregarme de lleno a ese placer. Sufría mortalmente por Manon. Hay que liberarla, dije a mis tres amigos. Sólo por eso he deseado mi libertad. Os ruego que me ayudéis con vuestra maña; en cuanto a mí, apostaré la vida en este empeño. Lescaut, que no carecía de inteligencia ni de prudencia, me hizo ver que había que ir con tiento;

que mi fuga de Saint-Lazare, y el contratiempo que me había ocurrido al salir, con toda seguridad armarían ruido; que el jefe de policía me haría buscar, y que sus brazos eran largos; y que, si no quería exponerme a algo peor que Saint-Lazare, convenía permanecer oculto y encerrado durante unos días, para dar tiempo a que se apagase el primer fuego de mis enemigos. Su consejo era prudente, pero habría sido preciso serlo también para seguirlo. Tanta demora y tanto rodeo se avenían mal con mi pasión. Toda mi complacencia se redujo a prometerle que pasaría el día siguiente durmiendo. Me encerré en su cuarto, donde permanecí hasta la noche.

Dediqué una parte de ese tiempo a hacer planes y cavilar medios para socorrer a Manon. Estaba totalmente convencido de que su cárcel era todavía más impenetrable de lo que había sido la mía. No se trataba de fuerza y violencia, se precisaba astucia; pero ni la diosa misma de la inventiva habría sabido por dónde empezar. Y lo vi tan oscuro que me dispuse a considerar mejor las cosas una vez conseguidos algunos informes sobre la disposición interior del Hôpital.

Tan pronto como la noche me hubo devuelto la libertad, rogué a Lescaut que me acompañase. Trabamos conversación con uno de los porteros, que nos pareció hombre sensato. Fingí ser un forastero que había oído grandes elogios del Hôpital general, y de la disciplina que en él se observa. Le pregunté sobre los más nimios detalles, y de circunstancia en circunstancia fuimos a dar en los administradores, rogándole que me dijera sus nombres y condición⁶⁸. Las respuestas que me dio sobre este último punto me inspiraron una idea por la que enseguida me aplaudí y que no tardé en poner en práctica. Le pregunté, como algo esencial para mi propósito, si aquellos señores tenían hijos. Dijo que no podía informarme con seguridad, pero que, por lo que se refería al señor de T..., uno de los principales, tenía un hijo en edad casadera, que había ido al Hôpital varias veces con su padre. Esa seguridad me bastaba. Corté casi al punto nuestra charla, y di parte a Lescaut, de regreso a su casa, del plan que había tramado. Imagino, le dije, que el señor de T... hijo, que es rico y de buena familia, tendrá cierta inclinación por los placeres, como la mayoría de los jóvenes de su edad. No le creo enemigo de las mujeres, ni ridículo hasta el punto de negar sus servicios en un asunto de amor. Mi plan consiste en interesarlo en la libertad de Manon. Si es hombre de bien y tiene sentimientos, nos prestará ayuda por generosidad. Si no es capaz de dejarse guiar por ese motivo, al menos hará algo por una joven adorable, aunque sólo sea por la esperanza de aprovecharse de sus favores. Quiero verlo cuanto antes, añadí, sin esperar a mañana. Me siento tan consolado por este plan que lo juzgo de buen augurio. El propio Lescaut admitió que había bastante sentido común en mis ideas, y que podíamos esperar algo por aquella vía. Pasé la noche menos triste.

Al llegar la mañana, me vestí lo más decentemente que me fue posible en el estado de indigencia en que me hallaba, y me hice llevar en un simón a la casa del señor de T... Le sorprendió recibir la visita de un desconocido. Su fisonomía y sus modales fueron un buen presagio. Me expresé sin afectación y, para estimular sus sentimientos naturales, le hablé de mi pasión y del mérito de mi amada como de dos cosas que no tenían comparación con nada, salvo entre sí. Me respondió que, aunque no hubiera visto nunca a Manon, había oído hablar de ella, al menos si se trataba de la joven que había sido amante del viejo G... M... No tuve ninguna duda de que estuviera informado de mi

participación en aquella aventura, y, para ponerlo cada vez más de mi parte, haciendo mérito de mi confianza, le conté con detalle todo lo que nos había ocurrido a Manon y a mí. Ya veis, señor, continué, que el interés de mi vida y el de mi corazón están ahora en vuestras manos. Para mí, ninguno de los dos es más precioso que el otro. No os oculto nada, porque estoy informado de vuestra generosidad, y porque la semejanza de nuestra edad me hace esperar que también habrá alguna en nuestras inclinaciones. Pareció muy conmovido por esta muestra de confianza y candor. Su respuesta fue la de un hombre que conoce el mundo y tiene sentimientos, cosa que el mundo no siempre da y muy a menudo quita. Me dijo que consideraba mi visita como uno de sus golpes de suerte, que tomaría mi amistad como uno de sus logros más afortunados, y que se esforzaría en merecerla con el ardor de sus servicios. No me prometió devolverme a Manon, porque su influencia, me dijo, no era mucha ni muy segura; pero se ofreció a procurarme el placer de verla y hacer cuanto estuviera en su mano para devolverla a mis brazos. Me satisfizo más aquella incertidumbre sobre su influencia de lo que habría hecho si me hubiera dado seguridad plena de lograr todos mis deseos. En la moderación de sus ofrecimientos vi una prueba de franqueza que me encantó. En una palabra, me lo prometí todo de sus buenos oficios. La sola promesa de hacerme ver a Manon me habría impulsado a emprender cualquier cosa por él. Le hice ver algo de estos sentimientos de una manera que también le convenció de la buena condición de mi carácter. Nos abrazamos afectuosamente, y nos hicimos amigos sin más razón que la bondad de nuestros corazones y la sencilla disposición que lleva a un hombre tierno y generoso a estimar a otro hombre que se le parece. Él llevó más lejos aún las muestras de su estima porque, tras reflexionar sobre el desarrollo de mis aventuras, y juzgando que, al salir de SaintLazare, no debía de encontrarme bien de fondos, me ofreció su bolsa e insistió para que se la aceptara. Yo no la acepté, pero le dije: Es demasiado, mi querido amigo. Si con tanta bondad y amistad conseguís que vuelva a ver a mi querida Manon, quedaré unido a vos de por vida. Si me devolvéis completamente a esa querida criatura, no creeré saldada mi deuda ni siquiera vertiendo toda mi sangre por serviros.

Nos separamos no sin haber acordado antes la hora y el lugar en que debíamos volver a vernos. Tuvo la bondad de no retrasar más allá de aquella misma tarde la entrevista. Lo esperé en un café, donde se reunió conmigo hacia las cuatro, y juntos nos encaminamos hacia el Hôpital. Mis rodillas temblaban al atravesar los patios. ¡Poder del amor!, me decía a mí mismo, ¡por fin volveré a ver al ídolo de mi corazón, a la causa de tantas lágrimas e inquietudes! ¡Dadme, cielo, vida suficiente para llegar a su lado y disponed luego de mi suerte y de mis días! No tengo otra gracia que pedir.

El señor de T... habló con algunos carceleros de la casa que se apresuraron a ofrecerle cuanto de ellos dependía para satisfacerle. Hizo que le mostraran el ala donde estaba el cuarto de Manon, y nos condujeron hasta él con una llave de un tamaño impresionante que sirvió para abrir su puerta. Pregunté al criado que nos llevaba, y que era a quien habían encargado la tarea de servirla, cómo había pasado ella el tiempo en aquella casa. Nos dijo que era de una dulzura angelical, que nunca le había dirigido una palabra de dureza, que había derramado continuamente lágrimas durante las seis primeras semanas después de su llegada, pero que, desde entonces, parecía tomar su desgracia con más paciencia, y que se dedicaba a coser de la mañana a la noche, salvo algunas horas que

consagraba a la lectura. Yo le pregunté si había sido adecuadamente mantenida. Él me aseguró que, por lo menos, lo necesario nunca le había faltado.

Nos acercamos a su puerta. Mi corazón latía con violencia. Le dije al señor de T...: Entrad solo y preparadla para mi visita, pues temo que la impresione demasiado verme de repente. Nos fue abierta la puerta. Yo me quedé en la galería. Sin embargo oí lo que hablaban. Él le dijo que iba a llevarle un poco de consuelo, que era un amigo mío y que estaba muy interesado en nuestra felicidad. Ella le preguntó, con la más viva vehemencia, si podría tener de sus labios noticias mías. Él le prometió llevarme a sus pies, tan tierno y tan fiel como pudiera desear. ¿Cuándo?, preguntó ella. Hoy mismo, le contestó él; ese venturoso momento no tardará en llegar; él aparecerá ahora mismo si así lo deseáis. Manon comprendió que me encontraba en la puerta. Yo entré cuando ella acudía precipitadamente. Nos abrazamos con esa efusión de ternura que una ausencia de tres meses hace parecer tan encantadora en perfectos amantes. Nuestros suspiros, nuestras exclamaciones interrumpidas, mil palabras cariñosas lánguidamente repetidas por uno y otro, formaron durante un cuarto de hora una escena que enternece al señor de T... Os envidio, me dijo, mientras nos hacía sentarnos; no hay destino glorioso al que yo no prefiriese una amante tan bella y tan apasionada. Yo también despreciaría todos los imperios del mundo, le respondí, para asegurarme la dicha de su amor.

Todo el resto de una conversación tan deseada no podía dejar de ser infinitamente tierno. La pobre Manon me contó sus aventuras, y yo le di cuenta de las mías. Lloramos amargamente al considerar el estado en que ella se encontraba, y aquel del que yo acababa de salir. El señor de T... nos consoló con nuevas promesas de esforzarse ardientemente para poner fin a nuestras miserias. Nos aconsejó no alargar demasiado aquella primera entrevista, para facilitarle que nos procurase otras. Le costó mucho hacernos apreciar aquel consejo; Manon, sobre todo, no podía decidirse a dejarme partir. Me hizo sentarme cien veces en mi silla; me retenía de la ropa y de las manos. ¡Ay, en qué lugar me dejáis!, decía. ¿Quién puede asegurarme que os volveré a ver? El señor de T... le prometió ir a verla a menudo conmigo. En cuanto al lugar, añadió galantemente, no hay que llamarlo ya el Hôpital; es Versailles, desde que una persona que merece el imperio de todos los corazones está encerrada en él.

Al salir, di muestras de mi generosidad al criado que la servía para incitarle a que le prestase sus cuidados con entusiasmo. El alma de aquel muchacho era menos baja y menos dura que la de sus iguales. Había sido testigo de nuestra entrevista, y aquel tierno espectáculo lo había conmovido. Un luis de oro que le regalé acabó de ganármelo para mi causa. Me llevó aparte cuando bajamos a los patios. Señor, me dijo, si queréis tomarme a vuestro servicio o darme una recompensa razonable para resarcirme de la pérdida del empleo que aquí ocupó, creo que me resultará fácil liberar a la señorita Manon. Abrí oídos a su propuesta, y, aunque careciese de todo, le hice promesas muy por encima de sus deseos. Contaba con que siempre me sería fácil recompensar a un hombre de su ralea. Puedes estar seguro, amigo mío, le dije, de que no hay nada que yo no haga por ti, y que tu fortuna está tan asegurada como la mía. Quise enterarme de los medios que pensaba utilizar. Nada más, me dijo, que abrirle por la noche la puerta de su cuarto y llevároslo hasta la de la calle, donde será preciso que estéis vos preparado para recibirla. Le pregunté si no era de temer que la reconociesen al cruzar las galerías y los

patios. Admitió que había en ello algún peligro, pero me dijo que algo había que arriesgar. A pesar de que me encantaba verlo tan decidido, llamé al señor de T... para comunicarle aquel proyecto y la única razón que, a mi parecer, podía hacerlo dudoso. Encontró más dificultades que yo. Admitió que Manon podía escaparse perfectamente de aquella manera; pero si la reconocen, continuó, si la detienen escapándose, quizá esté perdida para siempre. Además, tendríais que abandonar París inmediatamente, porque nunca estaríais bastante a salvo de las pesquisas. Las multiplicarían tanto para vos como para ella. Cuando está solo, a un hombre no le cuesta mucho escapar, pero es casi imposible que permanezca desconocido si le acompaña una mujer guapa. Por más sólido que me pareciese este argumento, no pudo imponerse, en mi ánimo, a la esperanza tan próxima de devolver la libertad a Manon. Así se lo dije al señor de T..., y le rogué que perdonase al amor un poco de imprudencia y de temeridad. Añadí que, en efecto, mi propósito era marcharme de París para ir a vivir, como ya había hecho, en algún pueblo vecino. Acordamos pues, con el criado, no aplazar su intento más allá del día siguiente y, para asegurarlo con todo lo que estaba en nuestra mano, decidimos llevar ropas de hombre con vistas a facilitar nuestra escapada. No era fácil introducirlas, pero no me faltó inventiva para hallar el modo. Sólo rogué al señor de T... que al día siguiente se pusiera dos chupas ligeras, una encima de otra, y yo me encargué del resto.

Volvimos por la mañana al Hôpital. Yo llevaba conmigo, para Manon, ropa interior, medias, etc., y, encima del jubón, una casaca que impedía que se viese lo abultado de mis bolsillos. Sólo estuvimos un momento en su cuarto. El señor de T... le dejó una de sus dos chupas, yo le di mi jubón, dado que la casaca me bastaba para salir. A su atuendo no le faltaba nada, salvo los calzones que, desgraciadamente, se me habían olvidado. El olvido de esa prenda necesaria nos habría hecho reír, sin duda, si el aprieto en que nos ponía hubiera sido menos grave. Me desesperaba que una nadería de aquella naturaleza fuera suficiente para detenernos. Sin embargo, tomé una decisión, que fue salir yo mismo sin calzones. Le dejé los míos a Manon. Mi casaca era larga y, con ayuda de unos cuantos alfileres, pude pasar decentemente la puerta. El resto del día se me antojó insoportablemente largo. Cuando por fin llegó la noche, nos dirigimos en una carroza hasta un poco más abajo de la puerta del Hôpital⁶⁹. No llevábamos mucho rato cuando vimos a Manon aparecer con su guía. Como nuestra portezuela estaba abierta, ambos subieron al instante. Yo recibí en mis brazos a mi querida amante, que temblaba como una hoja. El cochero me preguntó adónde debía dirigirse. Vete al fin del mundo, le dije, y llévame a alguna parte donde nunca pueda verme separado de Manon.

A punto estuvo este arranque, del que no fui dueño, de causarme un enojoso contratiempo. El cochero se fijó en mis palabras y, cuando luego le dije el nombre de la calle a la que debía conducirnos, me respondió que temía verse comprometido en un mal asunto, pues de sobra veía que aquel guapo mozo al que llamábamos Manon era una joven que yo raptaba del Hôpital, y que no estaba dispuesto a perderse por mi cara bonita. La delicadeza de aquel granuja no era otra cosa que ganas de hacerme pagar más caro el coche. Estábamos demasiado cerca del Hôpital para no pasar por el aro. Calla, le dije, y cuenta con un luis de oro para ti. Después de esto, me habría ayudado a prender fuego al mismo Hôpital. Llegamos a la casa donde vivía Lescaut. Como era tarde, el señor de T... nos dejó por el camino, con la promesa de volver a vernos al día siguiente.

El criado se quedó con nosotros.

Yo llevaba a Manon tan apretada entre mis brazos que sólo ocupábamos un asiento en la carroza. Ella lloraba de alegría, y yo sentía sus lágrimas resbalar por mi rostro, pero cuando hubo que apearse para entrar en casa de Lescaut tuve con el cochero un nuevo altercado cuyas secuelas resultaron funestas. Me arrepentí de haberle prometido un luis, no sólo porque el regalo era excesivo, sino por otra razón mucho más fuerte, la imposibilidad de pagarle. Mandé llamar a Lescaut. Bajó de su cuarto hasta la puerta. Le dije al oído el apuro en que me hallaba; como era de carácter brusco, y no estaba acostumbrado a tener el menor miramiento con un cochero, me respondió que me burlaba de él. ¡Un luis de oro!, añadió. ¡Veinte bastonazos a ese granuja! Por más que le hice ver con mucha mesura que iba a perdernos, me arrancó de las manos el bastón con aparente intención de golpear al cochero. Éste, que sin duda había caído alguna vez en manos de un guardia de corps o de un mosquetero, salió a escape con su carroza gritando que yo le había engañado, pero que se las pagaría. Le repetí inútilmente que se detuviese. Su huida me produjo una gran inquietud. No dudé en absoluto de que iría a denunciarme al comisario. Me habéis perdido, le dije a Lescaut. No estaré a salvo en vuestra casa; tenemos que alejarnos ahora mismo. Di el brazo a Manon para marcharnos y salimos a paso vivo de aquella peligrosa calle. Lescaut nos acompañó. Es algo admirable la forma en que la Providencia encadena los acontecimientos. Apenas habíamos caminado cinco o seis minutos cuando un hombre cuya cara no pude ver reconoció a Lescaut. Indudablemente estaba buscándolo por los alrededores de su casa con el malhadado propósito que puso en práctica. Es Lescaut, dijo, disparándole un tiro; esta noche irá a cenar con los ángeles. Y acto seguido desapareció. Lescaut cayó a tierra sin la menor señal de vida. Insté a Manon a huir, pues no podíamos servir de ayuda a un cadáver, y temía que nos detuviese la ronda, que no podía tardar en aparecer. Con ella y el criado me metí por la primera calleja que cruzaba. Manon iba tan trastornada que me costaba sostenerla. Por fin divisé un simón al extremo de la calle. Montamos en él, pero cuando el cochero me preguntó dónde debía llevarnos no supe qué responderle. No tenía asilo seguro ni amigo de confianza a quien me atreviese a recurrir. Estaba sin dinero, pues apenas me quedaba más de media pistola en mi bolsa. El terror y la fatiga habían indispuerto de tal modo a Manon que estaba casi desmayada a mi lado. Por otra parte, el asesinato de Lescaut me tenía obsesionado, y aún no me veía libre del temor a la ronda. ¿Qué decisión tomar? Por suerte me acordé de la posada de Chaillot, donde había pasado algunos días con Manon cuando fuimos a ese pueblo en busca de casa. Esperé no sólo estar a salvo en ella sino poder vivir algún tiempo sin verme obligado a pagar en el acto. Llévanos a Chaillot, dije al cochero. Se negó a ir tan tarde por menos de una pistola: otra dificultad. Acordamos que le pagaría seis francos: era todo lo que me quedaba en la bolsa.

Mientras avanzábamos, yo consolaba a Manon; pero, en el fondo, mi alma estaba desesperada. Me habría dado muerte mil veces si no hubiera tenido en mis brazos al único bien que me unía a la vida. Sólo esa idea me aliviaba. Por lo menos la tengo, me decía yo; me ama, es mía. Que Tiberge diga lo que quiera, esto no es una felicidad ilusoria. Vería perecer el universo entero sin inmutarme. ¿Por qué? Porque ya no me queda más amor. Este sentimiento era auténtico; sin embargo, mientras despreciaba de

esa forma los bienes del mundo, comprendía que hubiera necesitado tener al menos una pequeña parte para despreciar más soberanamente todo lo demás. El amor es más fuerte que la abundancia, más fuerte que los tesoros y las riquezas, pero necesita de su ayuda, y nada desespera más a un amante delicado que verse conducido por su causa, y contra su voluntad, a la grosería de las almas más bajas.

Eran las once cuando llegamos a Chaillot. Fuimos recibidos en la posada como personas ya conocidas; no sorprendió ver a Manon con ropas de hombre, porque en París y alrededores están acostumbrados a ver a las mujeres adoptar toda clase de formas. Hice que la atendieran con tanta abundancia como si yo disfrutase de la mejor fortuna. Ella ignoraba que mi situación económica fuese tan precaria; me guardé mucho de decírselo, pues estaba decidido a volver solo al día siguiente a París en busca de algún remedio para esa enojosa especie de enfermedad.

Mientras cenábamos, Manon me pareció pálida y delgada. En el Hôpital no me había dado cuenta porque el cuarto en que la había visto no era de los más iluminados. Le pregunté si no era un efecto del terror que había sentido al ver asesinar a su hermano. Me aseguró que, por más impresionada que estuviera por aquel accidente, su palidez sólo provenía de haber soportado durante tres meses mi ausencia. Así pues, ¿me amas apasionadamente?, le pregunté. Mil veces más de lo que puedo decirte, me contestó. Entonces, ¿ya no me dejarás nunca?, añadí. No, nunca, replicó ella; y esa seguridad fue confirmada por tantas caricias y juramentos que me pareció imposible, en efecto, que jamás pudiera ella olvidarlos. Siempre he estado convencido de que era sincera; ¿qué razón habría tenido para fingir hasta ese punto? Pero era más voluble todavía que sincera o, mejor dicho, ya no era nada, y no se reconocía a sí misma cuando, teniendo ante los ojos a mujeres que vivían en la abundancia, se encontraba en la pobreza y en la necesidad. Me hallaba en vísperas de tener una última prueba que superó a todas las demás, y que dio lugar a la más rara aventura que nunca le haya ocurrido a un hombre de mi alcurnia y mi fortuna.

Como yo conocía su carácter, al día siguiente me apresuré a ir a París. La muerte de su hermano y la necesidad de conseguir ropa interior y vestidos para ella y para mí eran tan buenas razones que no tuve necesidad de ningún pretexto. Salí de la posada con el propósito, según dije a Manon y a mi posadero, de tomar un coche de alquiler; pero era una fanfarronada. Como la necesidad me obligaba a ir a pie, anduve con paso ligero hasta el Cours-la-Reine⁷⁰, donde había pensado detenerme. Debía encontrar un momento de soledad y de calma para organizarme y prever lo que iba a hacer en París.

Me senté en la hierba y pronto me hundí en un mar de razonamientos y reflexiones que, poco a poco, se redujeron a tres puntos principales. Necesitaba una ayuda inmediata para un número infinito de necesidades inmediatas. Tenía que buscar alguna vía que al menos pudiera darme esperanzas para el futuro, y, por último y no menos importante, debía conseguir información y tomar medidas para la seguridad de Manon y la mía propia. Tras haber barajado mil proyectos e ideas sobre estos tres puntos, hasta me pareció oportuno prescindir de los dos últimos. No dejábamos de estar bien ocultos en una habitación de Chaillot, y, en cuanto a las necesidades futuras, creí que ya habría tiempo de pensar en ellas una vez satisfechas las presentes.

Se trataba, por lo tanto, de llenar mi bolsa en aquel momento. El señor de T... me

había ofrecido generosamente la suya, pero sentía una extremada repugnancia a recordarle yo mismo su ofrecimiento. ¡Vaya papel, ir a exponer nuestra miseria a un extraño, y rogarle que nos diese parte de su fortuna! ¡Sólo es capaz de hacer eso un alma ruin, debido a una bajeza que le impide sentir su indignidad, o un cristiano humilde, por un exceso de generosidad que lo hace superior a esa vergüenza! Yo no era ni un hombre ruin ni un buen cristiano; habría dado la mitad de mi sangre por evitar esa humillación. Tiberge, me decía yo, el buen Tiberge, ¿me negará lo que esté en su mano darme? No, mi miseria lo conmoverá; pero me matará con su moral. Tendré que soportar sus reproches, sus amonestaciones, sus amenazas; me hará pagar tan cara su ayuda que antes daría yo una parte de mi sangre que exponerme a esa enojosa escena que me dejará turbación y remordimientos. ¡Bueno!, proseguía para mis adentros, ¿debo renunciar a toda esperanza, puesto que no me queda ningún otro camino y me repugna tanto detenerme en esos dos que preferiría derramar la mitad de mi sangre antes que tomar uno de ellos, es decir, toda mi sangre antes que tomar los dos? Sí, toda mi sangre, añadí, tras reflexionar un momento; la daría gustoso, sin duda, antes que verme obligado a suplicar indignamente. Pero ¿se trata en este caso de mi sangre? Se trata de la vida y del cuidado de Manon, se trata de su amor y de su fidelidad. ¿Qué puedo comparar con ella? Hasta ahora, nada. Ella es para mí la gloria, la felicidad y la fortuna. Indudablemente hay muchas cosas por las que daría mi vida para conseguirlas o evitarlas, pero estimar una cosa más que a mi vida no es razón para estimarla tanto como a Manon. Tras este argumento no tardé mucho en decidirme. Seguí, pues, mi camino, dispuesto a ir primero a ver a Tiberge, y luego al señor de T...

Al entrar en París, tomé un coche de punto aunque no tuviera con qué pagarlo; contaba con la ayuda que iba a solicitar. Me hice llevar al Luxembourg, desde donde mandé aviso a Tiberge de que estaba esperándole. Su presteza satisfizo mi impaciencia. Sin rodeos le puse al corriente de mi extremada necesidad. Me preguntó si las cien pistolas que yo le había devuelto me bastarían, y, sin oponer la menor dificultad, fue a buscármelas al momento, con ese aire confiado y ese placer de dar que sólo conocen el amor y la verdadera amistad. Aunque no tuviera la menor duda del éxito de mi petición, me sorprendió haberla conseguido tan barata, es decir, sin que Tiberge me hubiese amonestado por mi falta de enmienda. Pero me equivocaba creyéndome totalmente a salvo de sus reproches, pues, cuando hubo acabado de contar su dinero y yo me disponía a irme, me rogó que diera un paseo con él por la alameda. Yo no le había hablado de Manon, y él ignoraba que estuviera libre; por eso su reprimenda sólo versó sobre la temeraria fuga de Saint-Lazare y sobre su miedo a que, en lugar de aprovechar las lecciones de sensatez que yo había recibido allí, volviera a caer en mi vida de depravaciones. Me dijo que cuando fue a visitarme a Saint-Lazare, al día siguiente de mi evasión, su asombro no tuvo límites al enterarse de la forma en que me había escapado; que había hablado con el superior sobre el particular; que este buen padre aún no se había repuesto de su terror; que, sin embargo, había tenido la generosidad de ocultar al jefe de la policía las circunstancias de mi fuga, y que había impedido que la muerte del portero fuera conocida en el exterior; que, por lo tanto, por ese lado, no tenía yo nada que temer, pero que, si me quedaba el menor sentimiento de cordura, aprovecharía el feliz giro que el cielo deparaba a mis asuntos; que debía empezar por escribir a mi padre

y ponerme a bien con él; y que, si por una vez quería seguir su consejo, en su opinión debía abandonar París para retornar al seno de mi familia.

Escuché su discurso hasta el final. Había en él muchas cosas satisfactorias. Me encantó, en primer lugar, no tener nada que temer por el lado de Saint-Lazare. Las calles de París volvían a convertirse en un país libre para mí. En segundo lugar, me felicité de que Tiberge no tuviera la menor idea de la liberación de Manon y su regreso a mi lado. Observé, incluso, que había evitado hablarme de ella, en la creencia, al parecer, de que había dejado de interesarme, dado que yo parecía muy tranquilo al respecto. Decidí, si no volver al seno familiar, escribir al menos a mi padre, como él me aconsejaba, y manifestarle que estaba dispuesto a volver al orden de mis deberes y de sus voluntades. Con ello esperaba decidirle a enviarme dinero, so pretexto de seguir mis cursos en la Academia⁷¹, pues me habría costado mucho convencerle de que estaba dispuesto a retornar al estado eclesiástico. Y en el fondo, no me hallaba yo muy alejado de lo que quería prometerle. Al contrario, estaba encantado de aplicarme a algo honroso y formal, siempre que ese proyecto pudiera conciliarse con mi amor. Me hacía cuenta de vivir con mi amada y de seguir al mismo tiempo mis cursos, cosa muy compatible. Estaba tan satisfecho con todas estas ideas que prometí a Tiberge enviar ese mismo día una carta a mi padre. Y de hecho, tras despedirme de él, entré en un escritorio⁷² y escribí de un modo tan cariñoso y tan sumiso que, al releer mi carta, me precié de conseguir algo del corazón paterno.

Aunque me hallara en situación de tomar y pagar un simón después de dejar a Tiberge, me di el gusto de ir a pie lleno de orgullo a casa del señor de T... Me alegraba aquel ejercicio de mi libertad, por la que no tenía ya nada que temer según me había asegurado mi amigo. Sin embargo, de pronto me vino a la cabeza la idea de que sus seguridades sólo se referían a Saint-Lazare, y de que, además de eso, tenía sobre mí el asunto del Hôpital, sin contar la muerte de Lescaut, en la que también estaba implicado, al menos como testigo. Este recuerdo me aterró tan vivamente que me retiré a la primera avenida, desde donde hice llamar a una carroza. Fui derecho a casa del señor de T..., a quien mi terror hizo reír. Hasta a mí me pareció ridículo cuando él me informó que no tenía nada que temer ni por el asunto del Hôpital ni por el de Lescaut. Me dijo que, pensando en que podrían sospechar que él había participado en el rapto de Manon, por la mañana había ido al Hôpital y había solicitado verla fingiendo ignorar lo que había ocurrido; que estaban tan lejos de acusarnos a él o a mí que, por el contrario, se habían apresurado a contarle aquella aventura como una extraña noticia, y que estaban sorprendidos de que una joven tan guapa como Manon hubiera decidido huir con un criado; que él se había limitado a responder fríamente que no le extrañaba, porque uno hace cualquier cosa por la libertad. Siguió contándome que, de allí, había ido a ver a Lescaut, con la esperanza de encontrarme en su domicilio con mi encantadora amante; que el dueño de la casa, que era un carrocerero, le había asegurado que no nos había visto, ni a ella ni a mí; pero que no era de extrañar que no hubiéramos aparecido por su casa si es que íbamos en busca de Lescaut, porque indudablemente nos habríamos enterado de que acababan de matarlo poco más o menos a la misma hora. Tras lo cual, no se había negado a explicar lo que sabía sobre la causa y las circunstancias de esa muerte. Unas dos horas antes, un guardia de corps, amigo de Lescaut, había ido a verle y le había propuesto jugar. Lescaut había

ganado con tanta rapidez que el otro se había encontrado con cien escudos de menos en una hora, es decir, sin todo su dinero. Este desdichado, al verse sin un céntimo, había rogado a Lescaut que le prestase la mitad de la suma perdida; y, por ciertas desavenencias nacidas sobre este punto, habían reñido con extrema animosidad. Lescaut se había negado a salir para echar mano a las espadas, y el otro, al irse, había jurado romperle la crisma, cosa que había puesto en práctica aquella misma noche. El señor de T... tuvo la amabilidad de añadir que había estado muy preocupado por nosotros y que seguía ofreciéndome sus servicios. No vacilé en informarle del lugar de nuestro retiro. Me rogó que le permitiese ir a cenar con nosotros.

Como sólo me quedaba recoger ropa íntima y de calle para Manon, le dije que podíamos partir enseguida si quería tener la amabilidad de pararse un momento conmigo en algunas tiendas. No sé si pensó que le hacía aquella proposición con vistas a interesar su generosidad, o si obedeció al simple impulso de un alma noble, pero lo cierto es que, tras aceptar marcharnos enseguida, me llevó a las tiendas que surtían a su familia; me hizo escoger diversas telas de un precio mucho mayor del que yo le había propuesto y, cuando me disponía a pagarlas, prohibió de forma terminante a los tenderos recibir de mí un céntimo. Hizo esa galantería con tanta elegancia que me pareció que podía aceptarla sin vergüenza. Tomamos juntos el camino de Chaillot, adonde llegué mucho más sosegado de lo que había salido.

Después de haber empleado el caballero Des Grieux más de una hora en este relato, le rogué que se tomase un breve descanso y nos acompañase a cenar. Nuestra atención le convenció de que le habíamos escuchado con gusto. Nos aseguró que aún encontraríamos alguna cosa más interesante en la continuación de su historia, y cuando terminamos de cenar prosiguió en estos términos.

Fin de la primera parte

Segunda parte

Mi presencia y las atenciones del señor de T... acabaron por disipar la tristeza que aún podía quedarle a Manon. Olvidemos, alma mía, nuestros terrores pasados, le dije al llegar, y empecemos más felices que nunca una vida nueva. Después de todo, el amor es buen maestro; la fortuna no podría causarnos tantas penas como goces nos hace saborear. Nuestra cena fue una auténtica escena de alegría. Yo estaba más orgulloso y más contento, con Manon y mis cien pistolas, que el más rico potentado de París con sus tesoros acumulados. Debemos apreciar la riqueza propia por los medios que ofrece para satisfacer nuestros deseos. A mí sólo me quedaba uno por colmar; ni siquiera el futuro me preocupaba demasiado. Estaba casi seguro de que mi padre no pondría ningún reparo a darme lo necesario para vivir honorablemente en París, pues, como ya había cumplido veinte años, tenía derecho a exigir mi parte de la herencia de mi madre. No le oculté a Manon que el monto de mis riquezas sólo ascendía a cien pistolas. Suficiente para esperar tranquilamente una fortuna mejor, que no había de faltarme, bien por mis derechos naturales¹, bien por los recursos del juego.

Así², durante las primeras semanas, sólo pensé en disfrutar de mi situación; y la fuerza del honor, tanto como un resto de temor a la policía, me hicieron aplazar de día en día el momento de reconciliarme con los socios del Hôtel de T..., y me limité a jugar en algunas reuniones menos desacreditadas donde el favor de la fortuna me ahorró la humillación de tener que recurrir a las trampas. Iba a pasar en la ciudad una parte de la tarde, y volvía a cenar a Chaillot, acompañado en muchas ocasiones por el señor de T..., cuya amistad hacia nosotros aumentaba día a día. Manon encontró recursos contra el aburrimiento. Trabajó amistad, en el vecindario, con algunas jóvenes que la primavera había atraído hasta allí. El paseo y las pequeñas labores de su sexo la tenían ocupada alternativamente. Jugaban algunas partidas cuyos límites ellas mismas habían decidido y con cuyas ganancias se costeaba el coche. Iban a tomar el fresco al Bois de Boulogne³, y por la noche, a mi regreso, encontraba a Manon más bella, más contenta y más apasionada que nunca.

Sin embargo, surgieron algunas nubes que parecieron amenazar el edificio de mi felicidad. Pero fueron limpiamente disipadas, y el carácter travieso de Manon prestó tanta comicidad al desenlace que aún encuentro agrado en un recuerdo que me muestra de nuevo su cariño y los encantos de su ingenio.

El único criado que formaba nuestra servidumbre me llevó un día aparte para decirme, con mucho apuro, que tenía algo importante que comunicarme. Lo animé a hablar con toda libertad. Tras algunos rodeos me dio a entender que un señor extranjero parecía haberle tomado mucho afecto a la señorita Manon. En todas mis venas se dejó sentir la alteración de mi sangre. «¿Lo tiene ella por él?», le interrumpí yo con más vehemencia de la que la prudencia permitía para informarme. Mi viveza le asustó. Me respondió, con

aire preocupado, que su perspicacia no había llegado tan lejos, pero que, después de observar, desde hacía varios días, que aquel extranjero acudía asiduamente al Bois de Boulogne, que allí se apeaba de su carroza, y que, adentrándose solo por las contracalles, parecía buscar la ocasión de ver o de encontrarse con la señorita, se le había ocurrido trabar conversación con sus criados para conocer el nombre del amo; que lo trataban de príncipe italiano y que ellos mismos sospechaban alguna aventura galante; que no había podido conseguir más informaciones, añadió temblando, porque el príncipe, saliendo entonces del bosque, se había acercado amablemente a él y le había preguntado su nombre; tras lo cual, como si hubiera adivinado que estaba a nuestro servicio, le había felicitado por pertenecer a la persona más encantadora del mundo.

Yo aguardaba impaciente la continuación de este relato. Lo concluyó con tímidas excusas, que sólo atribuí a mi imprudente excitación. Inútilmente le insistí para que continuara sin ocultar nada. Me aseguró que no sabía nada más, y que, como lo que acababa de contarme había ocurrido el día antes, no había vuelto a ver a los criados del príncipe. Lo tranquilicé no sólo con elogios, sino con una pequeña recompensa, y, sin mostrar la menor desconfianza hacia Manon, le recomendé en tono más tranquilo que vigilase todos los pasos del extranjero.

En el fondo, su temor me dejó crueles dudas. Podía haberle hecho suprimir una parte de la verdad. Sin embargo, tras algunas reflexiones, deseché mis alarmas hasta el punto de lamentar haber dado aquella muestra de flaqueza. No podía acusar a Manon de ser amada. Todo hacía creer que ella ignoraba su conquista; ¿y qué vida iba a ser la mía si era capaz de abrir tan fácilmente la puerta de mi corazón a los celos? Volví a París al día siguiente con el solo propósito de acelerar el progreso de mi fortuna jugando más fuerte, para hallarme en situación de abandonar Chaillot al primer atisbo de inquietud. Esa noche no percibí nada que pudiera perjudicar mi descanso. El extranjero había aparecido de nuevo en el Bois de Boulogne, y, escudado en lo que había pasado la víspera para acercarse a mi confidente, le había hablado de su amor, pero en términos que no suponían ninguna complicidad con Manon. Le había interrogado sobre mil detalles. Por último intentó ponerlo de su parte con promesas considerables, y, sacando una carta que llevaba preparada, le había ofrecido inútilmente algunos luises de oro para que se la entregase a su ama.

Pasaron dos días sin ningún otro incidente. El tercero fue más tempestuoso. Al llegar de la ciudad bastante tarde supe que, durante el paseo, Manon se había separado un momento de sus compañeras, y que el extranjero, que la seguía a poca distancia, tras acercarse a ella a una seña suya, había recibido de Manon una carta en medio de grandes arranques de entusiasmo. Sólo había tenido tiempo de expresar su alegría besando amorosamente los caracteres, porque ella se había escabullido al instante. Pero Manon se había mostrado extraordinariamente alegre durante el resto del día, y desde que había vuelto a casa ese humor no la había abandonado. Me estremecí, desde luego, con cada palabra. ¿Estás bien seguro, pregunté tristemente a mi criado, de que tus ojos no te han engañado? Él puso al cielo por testigo de su buena fe. Ignoro hasta dónde me habrían llevado las torturas de mi corazón si Manon, que me había oído entrar, no hubiera venido a mi encuentro con aire de impaciencia y quejas por mi tardanza. No esperó mi respuesta para colmarme de caricias, y cuando se vio a solas conmigo me hizo los reproches más

vivos por mi nueva costumbre de volver tan tarde. Como mi silencio le dejaba libertad para continuar, me dijo que, desde hacía tres semanas, yo no había pasado un día entero con ella; que no podía soportar tan largas ausencias; que me pedía al menos un día entero, de vez en cuando; y que, desde el siguiente, quería verme a su lado de la mañana a la noche. Estaré a vuestro lado, no lo dudéis, le respondí en un tono bastante brusco. No dio ella demasiada importancia a mi tristeza, y en medio del ímpetu de su alegría, que en verdad me pareció de una vivacidad singular, me hizo mil divertidas pinturas de la forma en que había pasado el día. ¡Extraña criatura!, me decía a mí mismo, ¿qué debo esperar de este preludio? Vino a mis mientes la aventura de nuestra primera separación. Sin embargo, en el fondo de su alegría y de sus caricias yo creía ver un aire de sinceridad que coincidía con las apariencias.

No me fue difícil achacar la tristeza, de la que no pude defenderme durante la cena, a una pérdida que lamenté haber tenido en el juego. Me parecía una extrema ventaja que la idea de no dejar Chaillot al día siguiente hubiera venido de ella. Suponía ganar tiempo para mis deliberaciones. Mi presencia alejaba toda clase de temores para el día siguiente, y, si no observaba nada que me obligase a manifestar lo que había descubierto, ya estaba decidido a trasladar, desde el mismo día siguiente, mi residencia a la ciudad, a un barrio donde no tuviera que mezclarme con príncipes. Este plan me permitió pasar una noche más tranquila, pero no me libraba del dolor de tener que temblar por una nueva infidelidad.

Cuando desperté, Manon me declaró que no por pasar el día en nuestra casa pretendía que yo tuviese un aspecto más descuidado, y que quería arreglarme los cabellos con sus propias manos. Los tenía muy hermosos. Era un entretenimiento al que ella se había dedicado en varias ocasiones; pero esa vez lo hizo con mucho más cuidado del que había tenido hasta entonces. Para contentarla, tuve que sentarme ante su tocador, y soportar todos los rebuscamientos que se le ocurrieron para mi compostura. Mientras hacía su trabajo, me obligaba a menudo a volver el rostro hacia ella, y, apoyando sus dos manos en mis hombros, me miraba con una curiosidad ansiosa. Luego, expresando su satisfacción con uno o dos besos, me hacía volver a mi postura inicial para proseguir su trabajo. Este juego nos ocupó hasta la hora de la comida. El placer con que ella lo había hecho me había parecido tan natural y su alegría tan poco afectada que, no pudiendo conciliar apariencias tan constantes con el plan de una negra traición, me vi tentado varias veces a abrirle mi corazón y a descargarme de un fardo que empezaba a pesarme. Pero esperaba a cada instante que la confesión vendría de ella, y yo disfrutaba de antemano con ese delicioso triunfo.

Volvimos a su gabinete. Se puso a arreglarme el pelo, y yo me prestaba complaciente a todos sus caprichos cuando vinieron a anunciarle que el príncipe de... quería verla. Aquel nombre me descompuso hasta el delirio. ¿Quién es?, exclamé rechazándola. ¿Quién? ¿Qué príncipe? No respondió a mis preguntas. Hacedle subir, ordenó fríamente a su criado; y volviéndose hacia mí: Querido mío, a ti, a quien adoro, prosiguió con un tono encantador, te pido que por un momento seas complaciente, por un solo momento. Te querré por ello mil veces más. Te lo agradeceré toda mi vida.

La indignación y la sorpresa paralizaron mi lengua. Ella repetía sus ruegos y yo buscaba expresiones despectivas para rechazarlas. Pero, al oír abrirse la puerta de la

antecámara, me agarró con una mano por el pelo, que flotaba sobre mis hombros, cogió con la otra su espejo de mano; empleó toda su fuerza para arrastrarme en ese estado hasta la puerta del gabinete y, abriéndola con la rodilla, ofreció al extranjero, a quien el ruido parecía haber detenido en el centro de la habitación, un espectáculo que debió de causarle no poco asombro. Vi a un hombre muy bien vestido, pero de bastante mala catadura. En el aprieto en que le ponía aquella escena, no dejó de hacer una profunda reverencia. Manon no le dio tiempo a abrir la boca. Le presentó su espejo: Ved, señor, le dijo, miraos bien, y hacedme justicia. Pretendéis mi amor. Éste es el hombre al que quiero, y al que he jurado amar toda mi vida. Haced vos mismo la comparación. Si creéis que podéis disputarle mi corazón, decidme en qué podéis fundaros para ello, pues os declaro que, a los ojos de vuestra muy humilde criada, todos los príncipes de Italia no valen uno solo de los cabellos que tengo en la mano.

Durante aquella loca arenga, que al parecer tenía pensada, yo hacía inútiles esfuerzos por librarme, y, movido a lástima por una persona de consideración, me sentía inclinado a reparar aquel pequeño ultraje con mis cortesías. Pero, rehaciéndose con bastante facilidad, su respuesta, que me pareció algo grosera, me disuadió de aquel propósito. Señorita, señorita, le dijo él con sonrisa forzada, abro efectivamente los ojos y os encuentro mucho menos novicia de lo que me había figurado. Se retiró al punto sin poner la vista en ella, añadiendo, en voz más baja, que las mujeres de Francia no valían más que las de Italia. En aquella circunstancia nada me invitaba a convencerle de que tuviera una idea mejor del bello sexo.

Tras apartar sus manos de mi pelo, Manon se dejó caer en un sillón e hizo retumbar el cuarto con largas carcajadas. No he de negar que aquel sacrificio, que sólo podía atribuir al amor, me impresionó hasta el fondo del alma. Sin embargo, la broma me pareció excesiva, y se lo reproché. Me contó que mi rival, tras haberla asediado durante varios días en el Bois de Boulogne, y haberle dado a entender sus sentimientos mediante gestos, había decidido hacerle una declaración en toda regla, acompañada de su apellido y de todos sus títulos, en una carta que le había entregado por mediación del cochero que la llevaba junto con sus compañeras; que le prometía, al otro lado de los montes, una brillante fortuna y adoración eterna; que ella había vuelto a Chaillot con la resolución de ponerme al corriente de la aventura, pero que luego se le ocurrió que podíamos divertirnos con ella, y no había podido resistirse a lo que había tramado; que, en una halagüeña respuesta, había ofrecido al príncipe italiano la libertad de verla en casa, y que para ella había sido un segundo placer hacerme figurar en su plan sin provocar en mí la menor sospecha. Yo no le dije una palabra de las cosas que me habían llegado por otra vía, y la ebriedad del amor triunfante me hizo aprobarlo todo⁴.

A lo largo de toda mi vida he advertido que, para herirme con sus más duros castigos, el cielo siempre ha escogido los momentos en que más consolidada me parecía mi suerte. Me creía tan dichoso con la amistad del señor de T... y el cariño de Manon que nadie hubiera podido hacerme comprender que debía temer alguna nueva desgracia. Y sin embargo se preparaba una muy funesta que me arrastró a la situación en que me visteis en Pacy y, paso a paso, a extremos tan deplorables que os costará creer la fidelidad de mi relato.

Un día en que teníamos al señor de T... a cenar, oímos el ruido de una carroza que se

detenía en la puerta de la hostería. Por curiosidad quisimos saber quién podía llegar a aquella hora. Nos dijeron que era el joven G... M..., es decir, el hijo de nuestro más cruel enemigo, de aquel viejo depravado que me había encerrado en Saint-Lazare y a Manon, en el Hôpital. Bastó su nombre para que se me encendiera el rostro. Es el cielo quien me lo trae, le dije al señor de T..., para castigarle por la cobardía de su padre. No se me escapará sin que hayamos medido nuestras espadas. El señor de T..., que le conocía y era incluso uno de sus mejores amigos, se esforzó para que cambiase mis sentimientos hacia él. Me aseguró que era un joven muy amable, y tan incapaz de haber participado en la acción de su padre que, con sólo verle un momento, le concedería mi estima y desearía la suya. Tras haber añadido mil cosas en su favor, me rogó que le consintiera ir a proponerle que viniese a acompañarnos y se conformara con el resto de nuestra cena. Previno la objeción del peligro que suponía para Manon descubrir su residencia al hijo de nuestro enemigo, declarando bajo palabra de honor, que, en cuanto nos conociese, no tendríamos defensor más entusiasta que él. Tras tales seguridades, no puse ninguna dificultad a nada. El señor de T... no nos lo trajo sin antes tomarse un momento para ponerle al corriente de quiénes éramos. Y, efectivamente, la forma en que entró el joven nos previno en su favor. Me dio un abrazo. Nos sentamos. Elogió a Manon, a mí, todo cuanto nos pertenecía, y comió con un apetito que hizo honor a nuestra cena. Cuando se levantaron los manteles, la conversación se volvió más seria. Bajó los ojos para hablarnos del exceso que su padre había cometido contra nosotros. Nos presentó las excusas más sumisas. Las abrevio, nos dijo, para no renovar un recuerdo que me causa demasiada vergüenza. Si eran sinceras desde el principio, lo fueron mucho más luego, pues no había transcurrido media hora de esta charla cuando me di cuenta de la impresión que los encantos de Manon provocaban en él. Sus miradas y sus gestos se enternecieron poco a poco. Pero, aunque no dejó que nada trasluciera en sus palabras, yo tenía demasiada experiencia en amores para, sin ayuda de los celos, no discernir lo que procedía de esa fuente. Nos acompañó durante una parte de la noche, y sólo se despidió después de haberse felicitado por conocernos, y de habernos pedido permiso para venir a ofrecernos de nuevo alguna vez sus servicios. Se marchó por la mañana con el señor de T..., que tomó asiento con él en su coche.

Yo no sentía, como he dicho, ninguna inclinación a los celos. Creía más que nunca en los juramentos de Manon. Aquella encantadora criatura era dueña tan absoluta de mi alma que yo no tenía un solo sentimiento que no fuese de estima y de amor. Lejos de culparla por haber agradado al joven G... M..., me alegraba viendo el efecto de sus encantos y me felicitaba por ser amado por una joven a la que todo el mundo encontraba adorable. Ni siquiera me pareció oportuno comunicarle mis sospechas. Durante unos días nos dedicamos a la tarea de hacer arreglar sus ropas y deliberar si podíamos ir al teatro sin peligro de ser reconocidos. El señor de T... volvió a vernos antes del fin de la semana. Le consultamos sobre el particular. Comprendió que la respuesta debía ser afirmativa para dar gusto a Manon. Decidimos ir aquella misma noche con él.

Sin embargo, no pudimos llevar a cabo nuestro propósito pues, llevándome enseguida aparte, él me dijo: Me encuentro en el mayor aprieto desde la última vez que nos vimos, y a ello obedece mi visita de hoy. G... M... está enamorado de vuestra amante. Me lo ha confesado. Soy íntimo amigo suyo y estoy dispuesto a servirle en todo; pero no lo soy

menos vuestro. He considerado que sus intenciones son injustas, y las he condenado. Habría guardado su secreto si él, para agradar, sólo hubiera pensado en emplear las vías comunes, pero se ha informado bien del carácter de Manon. Ha sabido, no sé por quién, que ella ama la riqueza y los placeres, y, como él ya goza de una fortuna considerable, me ha declarado que quiere empezar tentándola con un regalo espléndido y ofreciéndole diez mil libras de pensión. En igualdad de circunstancias, probablemente yo hubiera tenido que hacerme mucha más violencia para traicionarle, pero la justicia se ha puesto de vuestra parte debido a la amistad; sobre todo porque, habiendo sido yo la causa imprudente de su pasión al presentarlo en esta casa, me veo obligado a prevenir los efectos del mal que he causado.

Di las gracias al señor de T... por un favor tan importante y, confianza por confianza, le confesé que el carácter de Manon era tal como G... M... lo imaginaba, es decir, que no podía soportar la sola palabra de pobreza. Sin embargo, le dije, cuando sólo se trata de un poco más o un poco menos, no la creo capaz de abandonarme por otro. Estoy en condiciones de no dejar que le falte de nada, y espero que mi fortuna aumente de día en día. Sólo temo una cosa, añadí, y es que G... M... aproveche que sabe dónde vivimos para jugarnos alguna mala pasada. El señor de T... me aseguró que no debía tener miedo por ese lado; que G... M... era capaz de una locura amorosa, pero que no lo era en absoluto de una bajeza; que si tuviera la cobardía de cometerla, él sería el primero, él, que hablaba, en castigarle y en reparar así la desgracia a la que hubiera dado ocasión. Mucho os agradezco ese sentimiento, le contesté, pero el mal estaría hecho y el remedio sería muy incierto. Por eso, la decisión más prudente es prevenirlo, abandonando Chaillot para vivir en otra casa. Sí, replicó el señor de T... Pero os costará mucho hacerlo tan pronto como sería necesario, porque G... M... piensa estar aquí a mediodía; me lo dijo ayer, y eso es lo que me ha inducido a venir tan temprano para informaros de sus planes. Puede llegar en cualquier momento.

Un aviso tan apremiante me hizo considerar aquel asunto con mayor seriedad. Como me parecía imposible evitar la visita de G... M..., y también lo sería, sin duda, impedir que abriese su corazón a Manon, decidí advertirla yo mismo del propósito de aquel nuevo rival. Imaginé que, sabiéndome al tanto de las proposiciones que le haría, y recibéndolas en mi presencia, Manon tendría suficiente valor para rechazarlas. Manifesté mi pensamiento al señor de T..., quien me respondió que era cosa extremadamente delicada. Lo reconozco, le dije, pero todas las razones que se pueden tener para estar seguro de una amante yo las baso en el cariño de la mía. Sólo la cuantía de las ofertas podría deslumbrarla, y ya os he dicho que no se mueve por interés. Quiere vivir bien, pero también me ama, y, en el estado actual de mis asuntos, me resisto a creer que antes que a mí prefiera al hijo de un hombre que la encerró en el Hôpital. En una palabra, insistí en mi plan, y, tras retirarme aparte con Manon, le puse al tanto de cuanto acababa de saber sin ambages.

Me agradeció la buena opinión que de ella tenía y me prometió acoger las ofertas de G... M... de tal forma que no le quedarían ganas de renovarlas. No, le dije, no hay que irritarle con una grosería. Puede perjudicarnos. Pero tú, picarona, añadí riendo, bien sabes deshacerte de un amante desagradable o incómodo. Tras haber meditado un poco, me dijo: Se me ocurre un plan admirable, exclamó, y me siento orgullosa de haberlo

ideado. G... M... es hijo de nuestro más cruel enemigo; tenemos que vengarnos del padre, no en el hijo, sino en su bolsa. Quiero escucharle, aceptar sus regalos y burlarme de él. El plan es divertido, le respondí, pero ¿no recuerdas, mi pobre niña, que ése es el camino que nos llevó directos al Hôpital? Por más que le hice ver el peligro del plan, ella me dijo que sólo se trataba de tomar bien nuestras medidas, y replicó a todas mis objeciones. Señaladme un amante que no se someta ciegamente a todos los caprichos de una mujer adorada, y reconoceré que obré mal cediendo tan fácilmente. Tomamos la decisión de engañar a G... M..., y por un extraño giro de mi suerte fue él quien me engañó a mí.

Hacia las once vimos aparecer su carroza. Nos hizo unos cumplidos muy rebuscados para justificar la libertad que se tomaba de venir a comer con nosotros. No le sorprendió encontrar al señor de T..., que la víspera le había prometido acudir también, y que había fingido ciertos asuntos para dispensarse de viajar en el mismo coche. Aunque ni uno solo de nosotros dejara de llevar la traición en el pecho, nos sentamos a la mesa con aire de confianza y amistad. A G... M... no le costó mucho encontrar el momento de declarar sus sentimientos a Manon. Yo no debí de parecerle molesto, pues me ausenté adrede unos minutos. A mi regreso me di cuenta de que no le habían quitado la esperanza con exceso de rigor. Estaba del mejor humor del mundo. También yo fingí parecerlo. Él se reía interiormente de mi simpleza, y yo de la suya. Durante toda la tarde fuimos el uno para el otro un espectáculo muy divertido. Antes de que se marchara, aún le procuré un momento de conversación privada con Manon, de suerte que pudo felicitarse por mi complacencia tanto como por la buena mesa.

Tan pronto como hubo montado en la carroza en compañía del señor de T..., Manon acudió a mí con los brazos abiertos y me abrazó riendo a carcajadas. Me repitió sus palabras y sus proposiciones al pie de la letra. Se reducían a esto: la adoraba. Quería compartir con ella cuarenta mil libras de renta de las que ya gozaba, sin contar con lo que esperaba tras la muerte de su padre. Ella era dueña de su corazón y su fortuna, y, en prenda de sus favores, estaba dispuesto a regalarle un coche, un palacete amueblado, una doncella, tres lacayos y un cocinero. Es un hijo, le dije a Manon, mucho más generoso que su padre. Hablemos sinceramente, añadí: ¿no os tienta ese ofrecimiento? ¿A mí?, respondió ella, ajustando su pensamiento a dos versos de Racine:

*Moi! Vous me soupçonnez de cette perfidie?
Moi! Je pourrais souffrir un visage odieux,
Qui rappelle toujours l'Hôpital à mes yeux?*

No, repliqué yo siguiendo la parodia:

*J'aurais peine à penser que l'Hôpital, Madame,
Fût un trait dont l'Amour l'eût gravé dans votre âme!*⁵

Pero no hay bien tan seductor como un palacete amueblado con carroza y tres lacayos;

y el amor no puede ofrecerlos tan magníficos. Me juró que su corazón era mío para siempre, y que nunca recibiría más rasgos que los míos. Las promesas que me ha hecho, me dijo Manon, son un aguijón de venganza, más que un rasgo de amor. Le pregunté si estaba dispuesta a aceptar el palacete y la carroza. Me respondió que sólo quería su dinero. La dificultad consistía en conseguir lo uno sin lo otro. Decidimos aguardar una carta que G... M... le había prometido escribirle con la explicación completa del proyecto. La recibió, en efecto, al día siguiente, por medio de un lacayo sin librea, que de forma muy hábil se procuró la oportunidad de hablarle sin testigos. Ella le dijo que esperase la respuesta y enseguida vino a traerme la carta. La abrimos juntos. Además de los lugares comunes de cariño, contenía pormenorizadas las promesas de mi rival. No ponía límites a su gasto. Se comprometía a entregarle diez mil francos al tomar posesión del palacete, y a reponer toda disminución de esa suma de tal forma que Manon pudiera disponer siempre de ella en dinero contante. No se aplazaba demasiado el día de la inauguración: sólo le pedía dos para los preparativos, y le indicaba el nombre de la calle y del palacete, donde le prometía esperarla la tarde del segundo día si conseguía librarse de mi vigilancia. Era el único punto sobre el que le suplicaba que lo tranquilizase; parecía seguro de todo lo demás, pero añadía que, si ella preveía dificultades para huir de mi lado, él encontraría el modo de facilitar su fuga.

G... M... era más astuto que su padre; quería poseer la presa antes de pagar el precio. Deliberamos sobre la conducta que Manon había de seguir. Aún me esforcé por disuadirla de aquella empresa y le hice ver todos sus peligros. Nada pudo quebrantar su resolución.

Escribió una breve respuesta a G... M... asegurándole que no tendría ninguna dificultad en ir a París el día señalado, y que podía esperarla con total seguridad. Después acordamos que yo partiría inmediatamente para alquilar un nuevo alojamiento en algún pueblo, al otro lado de París, y que transportaría conmigo nuestro pequeño equipaje; que la tarde del día siguiente, el de la cita, ella iría temprano a París; que, después de haber recibido los regalos de G... M..., le rogaría insistentemente que la condujese a la Comédie; que llevaría consigo todo el dinero que pudiera y encargaría del resto a mi criado, que quería que la acompañase. Seguía siendo el mismo que la había liberado del Hôpital, y que nos mostraba la mayor adhesión. Yo debía esperar, con un coche de alquiler, a la entrada de la calle SaintAndré-des-Arcs⁶, y dejarlo allí hacia las siete para adelantarme en la oscuridad hasta la puerta de la Comédie. Manon me prometía inventar algún pretexto para salir un instante de su palco, y emplearlo en bajar para reunirse conmigo. La ejecución de lo demás era fácil. Volveríamos a mi coche de alquiler en un momento y saldríamos de París por el suburbio de Saint-Antoine, que era el camino de nuestra nueva morada.

Este plan, por más extravagante que fuera, nos pareció bastante bien organizado. Pero, en el fondo, era de una imprudencia loca imaginar que, aunque tuviese el mayor éxito del mundo, habríamos podido ponernos a cubierto de las consecuencias. Sin embargo, nos expusimos con la más temeraria confianza. Manon partió con Marcel, que así se llamaba nuestro criado. La vi marcharse con dolor. Le dije abrazándola: Manon, no me engañéis; ¿me seréis fiel? Ella se quejó tiernamente de mi desconfianza y me renovó todos sus juramentos.

Su propósito era llegar a París hacia las tres. Yo partí tras ella. Iba a aburrirme el resto de la tarde en el café de Féré, en el puente Saint-Michel; allí permanecí hasta la noche. Salí entonces para tomar un coche de alquiler, al que aposté, siguiendo nuestro plan, en la entrada de la calle Saint-André-des-Arcs; luego fui a pie hasta la puerta de la Comédie. Me sorprendió no encontrar allí a Marcel, que debía estar esperándome. Aguardé pacientemente durante una hora, confundido entre un tropel de lacayos, fijándome en todos los que pasaban. Por fin, después de que sonaran las siete sin que hubiera visto nada relacionado con nuestros planes, compré una localidad de patio para ir a ver si descubría a Manon y a G... M... en los palcos. Ninguno de los dos estaba allí. Volví a la puerta, donde todavía pasé un cuarto de hora, fuera de mí de impaciencia e inquietud. Al no ver aparecer a nadie, me volví a mi coche sin poder tomar la menor decisión. Al verme, el cochero se me acercó para decirme, con aire misterioso, que una señorita muy guapa me esperaba desde hacía una hora en el coche; que había preguntado por mí, con señas que él había reconocido perfectamente, y que, al enterarse de que yo debía volver, ella había dicho que no se impacientaría esperándome. Al punto imaginé que era Manon. Me acerqué; pero vi una linda carita que no era la suya. Era una desconocida, que me preguntó en primer lugar si tenía el honor de hablar con el señor caballero Des Grieux. Le dije que ése era mi nombre. Tengo para vos una carta, continuó ella, que os pondrá al corriente del asunto que aquí me trae, y por qué circunstancias tengo el honor de conocer vuestro nombre. Le pedí que me diera tiempo a leerla en una fonda cercana. Quiso seguirme, y me aconsejó que pidiera una habitación aparte. ¿De quién viene esta carta?, le pregunté mientras subíamos; ella me remitió a la lectura.

Reconocí la letra de Manon. Esto es poco más o menos lo que me indicaba: G... M... la había recibido con una amabilidad y una magnificencia que superaban todo lo que había imaginado. La había colmado de presentes, le había hecho vislumbrar un destino de reina. Me aseguraba, sin embargo, que no me olvidaba en medio de aquel nuevo esplendor; pero que, como no había conseguido convencer a G... M... para que la llevase esa noche a la Comédie, aplazaba para otro día el placer de verme; y que, para consolarme un poco del dolor que estaba segura había de causarme aquella noticia, había encontrado el medio de procurarme una de las chicas más guapas de París, que sería la portadora de aquella nota. *Firmado*, vuestra fiel amante, Manon Lescaut.

Había en la carta algo tan cruel y tan insultante para mí que, tras quedar perplejo un rato entre la ira y el dolor, decidí hacer un esfuerzo para olvidar eternamente a mi ingrata y perjura amante. Volví los ojos hacia la muchacha que tenía delante: era muy guapa, y me habría gustado que lo hubiera sido lo bastante para volverme perjurado e infiel a mi vez. Pero no encontré en ella aquellos finos ojos lánguidos, aquel aire divino, aquel colorido propio del Amor, en fin, aquel fondo inagotable de encantos que la naturaleza había prodigado en la pérfida Manon. No, no, le dije dejando de mirarla, la ingrata que os envía sabe muy bien que os hacía dar un paso inútil. Volved a su lado y decidle de mi parte que goce de su crimen, y que lo goce, si puede, sin remordimientos. La abandono para siempre, y al mismo tiempo renuncio a todas las mujeres, que no podrían ser tan adorables como ella y que sin duda son tan cobardes y de tan mala fe. Estuve a punto entonces de bajar y retirarme, sin volver a ocuparme de Manon; mientras los mortales celos que me desgarraban el corazón se disimulaban bajo una taciturna calma sombría,

me creí tanto más cercano a la curación cuanto que no sentía ninguno de aquellos violentos impulsos que me habían agitado en ocasiones semejantes. ¡Ay!, era víctima del amor tanto como creía serlo de G... M... y de Manon.

Aquella joven que me había traído la carta, al verme dispuesto a bajar la escalera, me preguntó qué quería yo que le dijese al señor de G... M... y a la dama que con él estaba. La pregunta me hizo volver al cuarto y, por un cambio que parecerá increíble a quienes nunca han sentido pasiones violentas, de pronto me vi transportado de la tranquilidad en que creía estar a un terrible arrebató de furia. Vete, le dije, y cuéntale al traidor G... M... y a su pérfida amante la desesperación en que tu maldita carta me ha sumido, pero diles también que no se reirán mucho tiempo, y que los apuñalaré a los dos por mi propia mano. Me lancé sobre una silla. Mi sombrero cayó a un lado y mi bastón al otro. Dos torrentes de amargas lágrimas empezaron a manar de mis ojos. El acceso de rabia que acababa de sentir se mudó en dolor profundo; no hice más que llorar, lanzando gemidos y suspiros. Acércate, niña mía, acércate, exclamé dirigiéndome a la muchacha; acércate, ya que eres tú la que envían para consolarme. Dime si conoces consuelos contra la rabia y la desesperación, contra el deseo de suicidarse después de haber matado a dos pérfidos que no merecen vivir. Sí, acércate, continué viendo que daba hacia mí unos pasos tímidos e inseguros. Ven a enjugar mis lágrimas, ven a devolver la paz a mi corazón, ven a decirme que me quieres, para que me acostumbre a ser amado por otra y no por mi infiel. Eres bonita, tal vez también yo podría amarte. Aquella pobre niña, que no tenía dieciséis o diecisiete años, y que parecía tener más pudor que sus congéneres, estaba extraordinariamente sorprendida ante tan extraña escena. Se acercó, no obstante, para hacerme algunas caricias, pero la aparté al punto rechazándola con mis manos. ¿Qué quieres de mí?, le dije. ¡Ah!, eres mujer, perteneces a un sexo al que detesto y que ya no puedo soportar. La dulzura de tu rostro me amenaza aún con alguna traición. Vete y déjame solo aquí. Me hizo una reverencia, sin atreverse a decir nada, y se volvió para salir. Le grité que se detuviese. Pero dime al menos, continué, por qué, cómo, con qué propósito te han enviado aquí. ¿Cómo has sabido mi nombre y el lugar en que podías encontrarme?

Me dijo que conocía desde hacía mucho tiempo al señor de G... M...; que éste la había enviado a buscar a las cinco, y que, tras seguir al lacayo que la había avisado, había ido a una gran casa donde le había encontrado jugando a los cientos⁷ con una bella dama, y que ambos le habían encargado entregarme la carta que me había traído, tras haberle hecho saber que me encontraría en un coche al final de la calle Saint-André. Le pregunté si no le habían dicho nada más. Ruborizándose, me respondió que le habían hecho creer que yo la tomaría para hacerme compañía. Te han engañado, pobre niña, te han engañado. Eres mujer, necesitas un hombre; pero necesitas uno que sea rico y feliz, y no es aquí donde puedes encontrarlo. Vuelve, vuelve con el señor de G... M... El tiene todo lo que se necesita para ser amado por las bellas; tiene palacetes amueblados y coches que regalar. Yo no tengo otra cosa que ofrecer que amor y constancia, y por eso las mujeres desprecian mi miseria y se ríen de mi simpleza.

Añadí mil cosas, tristes o violentas, según cedieran o se impusieran las pasiones que sucesivamente me agitaban. Sin embargo, a fuerza de atormentarme, mi furor disminuyó lo suficiente para dejar paso a algunas reflexiones. Comparé aquel último infortunio con

los de su misma especie que ya había soportado, y no hallé en él mayor motivo para desesperar que en los primeros. Conocía a Manon: ¿por qué afligirme tanto por una desgracia que había debido prever? ¿Por qué no dedicarme a buscarle remedio? Todavía estaba a tiempo. Por lo menos debía no escatimar esfuerzos si no quería tener que reprocharme haber contribuido, con mi negligencia, a mis propios dolores. Entonces me puse a cavilar en todos los medios que podían abrirme un camino a la esperanza.

El intento de arrancarla por la fuerza de las manos de G... M... era una decisión desesperada, que sólo podría provocar mi perdición y que no tenía el menor viso de éxito. Pero imaginaba que, de haber podido conseguir la menor entrevista con ella, algo hubiera ganado, infaliblemente, sobre su corazón. ¡Conocía tan bien todos sus puntos sensibles! ¡Estaba tan seguro de que me amaba! La misma extravagancia de haberme enviado una chica guapa, para consolarme, habría apostado a que había salido de su cabeza y que era un efecto de su compasión por mis penas. Decidí emplear toda mi astucia para verla. Entre las muchas vías que, una tras otra, examiné, me decidí por ésta: por el señor de T..., que había empezado haciéndome favores con demasiada solicitud para que me fuera posible concebir la menor duda de su sinceridad y su interés. Me propuse ir a verle inmediatamente, para instarle a llamar a G... M... so pretexto de un asunto importante. Yo sólo necesitaba media hora para hablar con Manon. Mi propósito era introducirme en su misma habitación, y creí que me resultaría fácil en ausencia de G... M... Más tranquilo una vez tomada esta resolución, pagué generosamente a la muchacha, que aún estaba conmigo, y, para evitar que volviese a casa de quienes me la habían enviado, tomé sus señas, haciéndole esperar que iría a pasar la noche con ella. Monté en mi coche de alquiler y me hice llevar a toda velocidad a casa del señor de T... Fui lo bastante afortunado para encontrarlo en ella. Durante el camino me había dominado la inquietud de que no estuviese. Unas pocas palabras lo pusieron al corriente de mis penas y del favor que iba a pedirle. Se asombró tanto de que G... M... hubiera podido seducir a Manon que, ignorando que yo mismo había contribuido a mi desgracia, me ofreció generosamente reunir a todos sus amigos para emplear sus brazos y sus espadas en la liberación de mi amante. Le hice comprender que un escándalo de aquel tipo podía ser pernicioso para Manon y para mí. Reservemos nuestra sangre, le dije, para casos extremos. Pienso en una vía más apacible y de la que no espero menos éxito. Se comprometió, sin reserva alguna, a hacer cuanto yo le pidiera; y tras repetirle que sólo se trataba de avisar a G... M... de que él tenía que hablarle, y entretenerlo durante una o dos horas, salió al punto conmigo para complacerme.

Buscamos el pretexto que podría utilizar para entretenerlo tanto tiempo. Le aconsejé que le enviara primero una nota sencilla, escrita desde una taberna, en la que le rogaría que acudiera inmediatamente a verle para un asunto tan importante que no podía consentir demora. Yo vigilaré, añadí, el momento de su salida, y me introduciré sin dificultad en la casa, dado que sólo me conocen Manon y Marcel, que es mi criado. Vos, mientras tanto, estaréis en compañía de G... M... y podréis decirle que el asunto importante, del que deseáis hablarle, es una necesidad de dinero, que acabáis de perder el vuestro en el juego, y que os habéis jugado una cantidad todavía mayor bajo palabra con igual mala suerte. Él necesitará tiempo para llevaros a su caja fuerte, y yo tendré suficiente para realizar mi plan.

El señor de T... siguió este plan al pie de la letra. Lo dejó en una taberna, donde escribió rápidamente la carta. Yo fui a situarme a pocos pasos de la casa de Manon. Vi llegar al portador del mensaje, y a G... M... salir al momento a pie, seguido de un lacayo. Tras haberle dado tiempo para que se alejase en la calle, me acerqué a la puerta de mi infiel y, a pesar de toda mi rabia, llamé con el respeto que se tiene por un templo. Por suerte fue Marcel quien vino a abrirme. Con un gesto le pedí silencio. Aunque no tuviera nada que temer de los otros criados, le pregunté en voz muy baja si podía llevarme a la habitación donde se encontraba Manon sin que me viese nadie. Me dijo que era fácil hacerlo subiendo sin hacer ruido por la escalera principal. Vamos, pues, enseguida, le dije, y, mientras esté con ella, trata de impedir que suba alguien. Penetré sin dificultad hasta su aposento.

Manon estaba leyendo. Fue entonces cuando tuve ocasión de admirar el carácter de aquella extraña joven. Lejos de asustarse y de mostrarse turbada al verme, sólo dio esas ligeras muestras de sorpresa que no podemos reprimir cuando vemos a una persona a quien se supone lejos. ¡Ah!, sois vos, amor mío, me dijo mientras venía a abrazarme con su habitual ternura. ¡Santo Dios, qué atrevido sois! ¿Quién os habría esperado hoy aquí? Me zafé de sus brazos y, lejos de responder a sus caricias, la rechacé con desdén y di dos o tres pasos hacia atrás para alejarme de ella. Este impulso no dejó de desconcertarla. Permaneció en la situación en que estaba y dirigió hacia mí sus ojos mientras se ruborizaba. En el fondo, yo estaba tan encantado de volver a verla que, aun teniendo tan justos motivos de cólera, apenas tenía fuerza para abrir la boca y reñirla. Sin embargo, mi corazón sangraba por el cruel ultraje que me había hecho. Ultraje que, para excitar mi despecho, traía vivamente a mi memoria e intentaba que brillara en mis ojos un fuego que no fuera el del amor. Me quedé un rato en silencio; cuando ella observó mi agitación, la vi temblar, aparentemente por efecto del miedo.

No pude seguir soportando aquel espectáculo. ¡Ah, Manon!, le dije en tono cariñoso, ¡infiel y perjura Manon!, ¿por dónde empezaré mis quejas? Os veo pálida y temblorosa, y yo sigo siendo tan sensible a vuestras menores penas que temo afligiros demasiado con mis reproches. Pero Manon, os lo aseguro, tengo el corazón traspasado de dolor por vuestra traición. Éstos son golpes que no se asestan a un amante cuando no se ha decidido su muerte. Es ya la tercera vez, Manon, las he contado bien; es imposible que esto se olvide. A vos os toca considerar, en este mismo instante, qué decisión queréis tomar, porque mi triste corazón ya no es capaz de resistir tan cruel trato. Siento que sucumbe y que está a punto de partirse de dolor. No puedo más, añadí sentándome en una silla; apenas tengo fuerzas para hablar y mantenerme de pie.

No me respondió, pero, una vez que me senté, se dejó caer de rodillas y apoyó su cabeza en las mías, ocultando la cara entre las manos. Al momento sentí que las mojaba con sus lágrimas. ¡Dioses, qué impulsos no me agitaban! ¡Ah!, Manon, Manon, continúe yo con un suspiro, es muy tarde para ofrecerme lágrimas cuando me habéis causado la muerte. Fingís una tristeza que no sois capaz de sentir. El mayor de vuestros males es indudablemente mi presencia, que siempre ha estorbado vuestros placeres. Abrid los ojos, ved quién soy; no se derraman lágrimas tan tiernas por un desdichado al que traicionan y al que abandonan cruelmente. Me besó las manos sin cambiar de postura. Inconstante Manon, proseguí yo aún, mujer ingrata y sin palabra, ¿dónde están vuestras

promesas y vuestros juramentos? Amante mil veces voluble y cruel, ¿qué has hecho de ese amor que hoy mismo todavía me jurabas? Justo cielo, añadí, ¿es así como una infiel se ríe de vos, tras haberos puesto tan santamente por testigo? ¡Es, pues, el perjurio el recompensado! La desesperación y el abandono son para la constancia y la fidelidad.

Estas palabras fueron acompañadas de una reflexión tan amarga que, a mi pesar, dejé escapar algunas lágrimas. Manon lo advirtió en el cambio de mi voz, y por fin rompió su silencio. Muy culpable he de ser, me dijo tristemente, si he podido causaros tanto dolor y emoción; ¡pero que el cielo me castigue si he creído serlo, o si por mi cabeza ha pasado esa idea! Estas palabras me parecieron tan vacías de sentido y de buena fe que no pude impedir un vivo arrebató de cólera. ¡Qué horrible hipocresía!, exclamé. Veo mejor que nunca que no eres más que una bribona y una pérfida. Ahora es cuando conozco tu miserable carácter. Adiós, cobarde criatura, continué yo levantándome; prefiero morir mil veces a tener de ahora en adelante el menor trato contigo. ¡Que el cielo me castigue si alguna vez vuelvo a honrarte con la menor mirada! Quédate con tu nuevo amante, ámale, detéstame, renuncia al honor, a la sensatez; yo me río de eso, todo me da igual.

La asustó tanto este arrebató mío que, permaneciendo arrodillada ante la silla de la que yo me había levantado, me miraba temblando y sin atreverse a respirar. Di aún varios pasos hacia la puerta, volviendo la cabeza y clavando los ojos en ella. Pero tendría que haber perdido todo sentimiento de humanidad para permanecer insensible ante tantos encantos. Estaba tan lejos de poseer esa fuerza bárbara que, pasando de repente al extremo opuesto, me volví hacia ella o, mejor dicho, me lancé hacia ella sin reflexionar. La tomé entre mis brazos, le di mil tiernos besos. Le pedí perdón por mi arrebató. Admití que era un salvaje, y que no merecía la dicha de ser amado por una mujer como ella. Le hice sentarse y, poniéndome a mi vez de rodillas, le supliqué que me escuchase en aquel estado. Allí encerré, en pocas palabras, en mis excusas todo lo más respetuoso y más tierno que un amante sumiso y apasionado puede imaginar. Le supliqué el favor de decir que me perdonaba. Ella dejó caer sus brazos en mi cuello diciendo que era ella la que necesitaba de mi bondad para hacerme olvidar los sufrimientos que me causaba, y que empezaba a temer con razón que no me gustase lo que tenía que decirme para justificarse. ¿Ante mí?, la interrumpí al punto, yo no os pido justificación. Apruebo cuanto habéis hecho. No soy nadie para exigir explicaciones de vuestra conducta; ¡demasiado contento y demasiado feliz me sentiré si mi querida Manon no me niega la ternura de su corazón! Pero, continué pensando en el estado de mi destino, ¡omnipotente Manon!, vos que hacéis a vuestro antojo mis alegrías y mis dolores, tras haber quedado satisfecha por mis humillaciones y por las muestras de mi arrepentimiento, ¿no me permitiréis hablaros de mi tristeza y de mis penas? ¿Sabré de vos lo que ha de ser hoy de mí, y si vais a firmar sin remisión mi muerte pasando la noche con mi rival?

Se tomó un rato para meditar su respuesta: Mi querido caballero, me dijo recobrando una actitud tranquila, si desde el principio os hubierais explicado con esa claridad, os habríais ahorrado a vos mismo mucha turbación y a mí una escena muy amarga. Dado que vuestro dolor sólo procede de vuestros celos, yo los habría curado ofreciéndome a seguiros inmediatamente al fin del mundo. Pero me he figurado que la causa de vuestra pena era la carta que os escribí delante del señor G... M... y la chica que os enviamos. Pensé que habríais podido considerar mi carta como una burla, y a la muchacha,

imaginando que había ido a buscaros de mi parte, como una declaración de que renunciaba a vos para quedarme con G... M... Fue esa idea la que me sumió de pronto en la consternación, pues, por más inocente que fuese, me parecía, al pensarlo, que las apariencias no me resultaban favorables. Sin embargo, continuó, quiero que seáis mi juez una vez que os haya explicado la verdad de lo ocurrido.

Me hizo saber entonces cuanto le había pasado desde que se había reunido con G... M..., que la esperaba en el lugar en que nos encontrábamos. La había recibido, en efecto, como a la primera princesa del mundo. Le había mostrado todos los aposentos de la casa, que eran de un gusto y de una limpieza admirables. Le había entregado diez mil libras en su gabinete, y había añadido algunas joyas, entre las que figuraban el collar y las pulseras de perlas que ella ya había recibido como regalo del padre. De allí la había llevado a un salón que aún no había visto, donde encontró dispuesta una comida exquisita. Se la había hecho servir por los nuevos criados que había tomado para ella, ordenándoles mirarla en adelante como a su ama. Por último, le había enseñado la carroza, los caballos y todos sus demás presentes; tras ello, le había propuesto jugar una partida, en espera de la cena. Os confieso, continuó ella, que quedé impresionada por tanta magnificencia. Pensé que sería una lástima privarnos de pronto de tantos bienes, contentándome con llevarme los diez mil francos y las joyas, que esto ya suponía toda una fortuna para vos y para mí, y que ambos podríamos vivir agradablemente a expensas de G... M... En lugar de insinuarle que fuéramos a la Comédie, se me ocurrió sondearle sobre vos para averiguar las facilidades que tendríamos de vernos, suponiendo que pusiéramos en práctica mi plan. Me ha parecido de un carácter muy afable. Me ha preguntado qué pensaba yo de vos, y si no me había dado cierta pena dejaros. Le he dicho que erais tan simpático y que siempre os habíais portado tan bien conmigo que no era natural que pudiera odiaros. Me ha confesado que erais hombre de mérito, y que se había sentido impulsado a desear vuestra amistad. Ha querido saber de qué manera creía yo que os tomaríais mi marcha, sobre todo cuando os enterarais de que estaba en sus manos. Le he respondido que nuestro amor era ya tan antiguo que había tenido tiempo de enfriarse un poco, que, además, no disfrutabais de una posición acomodada, y que tal vez no consideraseis mi pérdida como una gran desgracia, pues os liberaba de un fardo que os pesaba en los brazos. He añadido que, totalmente convencida de que obraríais pacíficamente, no había tenido inconveniente en deciros que venía a París para unos asuntos, que vos habíais consentido y que, habiendo venido vos también, no habíais dado la impresión de estar muy preocupado cuando me había despedido de vos. Si yo creyera, me ha dicho, que su carácter le permite vivir en buenas relaciones conmigo, yo sería el primero en ofrecerle mis servicios y mis respetos. Le he asegurado que, por el carácter que os conozco, no dudaba de que respondieseis cumplidamente, sobre todo, le he dicho, si él podía ayudaros en vuestros asuntos, que estaban muy desequilibrados desde que estabais a mal con vuestra familia. Él me ha interrumpido para declarar que os prestaría todos los favores que de él dependiesen, y que, si incluso queríais embarcaros en otro amor, él os conseguiría una guapa amante, a la que acababa de abandonar para unirse a mí. He aplaudido su idea, añadió ella, para anticiparme mejor a todas sus sospechas, y, confirmándome cada vez más en mi plan, no deseaba otra cosa que poder hallar la manera de informaros sobre él, por miedo a que os alarmaseis demasiado

cuando me vierais faltar a nuestra cita. Con ese designio en la cabeza le he propuesto que os enviara esa nueva amante esta misma noche, y así tener ocasión de escribiros; me veía obligada a recurrir a esa astucia, pues no podía esperar que me dejase libre un momento. Mi proposición le ha provocado risa. Ha llamado a su lacayo y, tras preguntarle si podía encontrar rápidamente a su antigua amante, lo ha enviado a todas partes en su busca. Pensaba que tenía que mandarla a Chaillot en vuestra busca, pero le he hecho saber que, al despedirme, os había prometido reunirme con vos en la Comédie, o que, si alguna razón me impedía ir, os habíais comprometido a esperarme en un coche al final de la calle Saint-André; que, por lo tanto, más valía enviar allí a vuestra nueva amante, aunque sólo fuera para impedir que os aburrieseis durante toda la noche. También le he dicho que convenía escribiros una nota para comunicaros el cambio, que os habría costado comprender sin eso. Le ha parecido bien, pero me he visto obligada a escribir en su presencia, y me he guardado mucho de explicarme con demasiada claridad en mi carta. Así es, añadió Manon, como han ocurrido las cosas. No os oculto nada, ni de mi conducta ni de mis propósitos. La muchacha ha venido, me ha parecido guapa, y, como no dudaba de que mi ausencia había de apenaros, deseaba con toda sinceridad que la joven pudiera servir para distraeros algún rato, pues la fidelidad que de vos deseo es la del corazón. Me habría encantado poder enviaros a Marcel, mas no he tenido ocasión de hablarle a solas un momento para informarle de lo que yo tenía que comunicaros. Por fin Manon concluyó su relato explicándome la contrariedad que la nota del señor de T... había producido en G... M... Estuvo dudando, me dijo ella, de si debía dejarme, y me ha asegurado que no tardaría en volver. Es lo que hace que no os vea aquí sin inquietud, y que me haya sorprendido vuestra llegada.

Escuché pacientemente este discurso. Ciertamente, en él encontraba muchos rasgos crueles y mortificantes para mí, pues el propósito de su infidelidad era tan evidente que ni siquiera se había molestado en disfrazármelo. Ella no podía esperar que G... M... la dejase toda la noche como una vestal. Por lo tanto, era con él con quien pensaba pasarla. ¡Qué confesión para un enamorado! Consideré, sin embargo, que yo era en parte causa de su culpa, por haberle dado a conocer los sentimientos que G... M... sentía por ella, y por la complacencia que había mostrado en participar ciegamente en el temerario plan de su aventura. Además, por una predisposición natural propia de mi carácter, me conmovió la ingenuidad de su relato y aquella manera franca y abierta con que me contaba hasta las circunstancias que más podían ofenderme. Manon peca sin malicia, me decía a mí mismo; es alocada e imprudente, pero es recta y sincera. Añádase que el amor se bastaba para cerrarme los ojos sobre todas sus faltas. Me sentía demasiado satisfecho con la esperanza de quitársela aquella misma noche a mi rival. No obstante le dije: Y la noche, ¿con quién pensabais pasarla? Esta pregunta, que le formulé tristemente, la desconcertó. Sólo me supo responder con peros y síes entrecortados. Me dio lástima su pena y, cortando la conversación, le declaré de forma terminante mi esperanza de que me siguiera de inmediato. Es lo que quiero, me dijo; pero ¿no aprobáis entonces mi plan? ¡Ah!, ¿no os basta, repliqué, con que apruebe todo lo que habéis hecho hasta ahora? ¿Y no nos llevaremos siquiera los diez mil francos?, contestó. Me los ha dado. Son míos. Le aconsejé que abandonase todo y pensáramos únicamente en alejarnos cuanto antes, porque, aunque sólo llevara media hora con ella, temía el regreso de G... M... Sin

embargo, ella me hizo instancias tan apremiantes para que yo consintiese en no salir con las manos vacías que me pareció obligado concederle algo tras haber obtenido tanto de ella.

Cuando estábamos preparándonos para irnos, oí llamar a la puerta de la calle. No dudé en absoluto de que fuera G... M..., y, en la turbación en que esta idea me sumió, le dije a Manon que era hombre muerto si aparecía. En efecto, yo aún no me había recobrado de mis arrebatos como para moderarme en su presencia. Marcel calmó mi inquietud trayéndome una nota que había recibido para mí en la puerta. Era del señor de T... Me indicaba que, como G... M... había ido a buscar el dinero para él a casa, aprovechaba su ausencia para comunicarme una idea muy divertida: que, en su opinión, yo no podía vengarme más agradablemente de mi rival que comiéndome su cena y acostándome, esa misma noche, en la cama que él esperaba ocupar con mi amante; que ponerla en práctica le parecía bastante fácil si yo podía conseguir tres o cuatro hombres con la suficiente resolución para detenerlo en la calle, y la suficiente fidelidad para mantenerlo secuestrado hasta la mañana siguiente; y que él se comprometía a entretenerlo una hora más por lo menos, con razones que tenía preparadas para cuando volviese. Le enseñé a Manon la nota y le puse al tanto de la artimaña que yo había utilizado para introducirme sin dificultad en la casa. Tanto mi ocurrencia como la del señor de T... le parecieron admirables. Nos reímos a nuestras anchas durante unos instantes. Pero, cuando le hablé de la última como de una tontería, me sorprendió que insistiese con toda seriedad en proponérmela como algo cuya idea le encantaba. En vano le pregunté dónde iba yo a encontrar, de repente, gente capaz de detener a G... M... y vigilarlo fielmente. Me respondió que al menos había que intentarlo, dado que el señor de T... nos garantizaba una hora todavía, y, por respuesta a mis restantes objeciones, me dijo que me comportaba como un tirano y que no quería complacerla. Nada le parecía tan divertido como aquel plan. Cenaréis con su cubierto, me repetía, os acostaréis en sus sábanas, y, mañana al amanecer, os llevaréis a su amante y su dinero. Quedaréis bien vengado del padre y del hijo.

Cedí a sus instancias, pese a los impulsos secretos de mi corazón, que parecían presagiarme una desgraciada catástrofe. Salí con el propósito de rogar a dos o tres guardias de corps, que Lescaut me había presentado, que se encargaran de detener a G... M... No encontré en casa más que a uno, pero era hombre emprendedor, que me garantizó el éxito en cuanto se hubo enterado de qué se trataba. Me pidió únicamente diez pistolas para recompensar a tres soldados de los guardias, a los que decidió emplear poniéndose él al frente. Le rogué que no perdiera tiempo. Los reunió en menos de un cuarto de hora. Le aguardé en su casa y, cuando estuvo de vuelta con sus compinches, yo mismo los llevé a la esquina de una calle por la que G... M... debía regresar forzosamente a la de Manon. Le recomendé que no lo maltratasen, que únicamente lo retuvieran hasta las siete de la mañana tan estrechamente que yo pudiera estar seguro de que no se les escaparía. Me dijo que su intención era llevarlo a su propio cuarto y obligarlo a desnudarse, o incluso a acostarse en su cama, mientras él y sus tres matones pasarían la noche bebiendo y jugando. Me quedé con ellos hasta el momento en que vi aparecer a G... M..., y me retiré entonces unos pasos más abajo, a un sitio oscuro, para ser testigo de tan extraordinaria escena. El guardia de corps lo abordó, pistola en mano, y

le explicó amablemente que no quería ni su vida ni su bolsa, pero que, si oponía la menor resistencia a seguirle o lanzaba el menor grito, le levantaría la tapa de los sesos. G... M..., al verlo acompañado por tres soldados, y temiendo sin duda el taco de la pistola⁸, no opuso resistencia. Vi que se lo llevaban como un cordero.

Volví enseguida a casa de Manon, y, para no levantar sospechas entre los criados, les dije, al entrar, que no había que esperar al señor de G... M... a cenar, que le habían surgido unos asuntos que lo retenían a su pesar y que me había rogado que fuera a presentarle sus excusas y a cenar con ella, cosa que yo juzgaba como un gran favor tratándose de tan bella dama. Manon secundó con mucha habilidad mi propósito. Nos sentamos a la mesa. Adoptamos una actitud seria mientras los lacayos estuvieron sirviéndonos. Por fin, una vez que los despedimos, pasamos una de las veladas más deliciosas de nuestra vida. Ordené en secreto a Marcel que buscara un coche de punto y que le mandara presentarse al día siguiente, antes de las seis de la mañana, en la puerta. Yo fingí dejar a Manon hacia medianoche; pero, tras volver con mucho sigilo gracias a la ayuda de Marcel, me preparé para ocupar la cama de G... M... de la misma forma en que había ocupado su sitio en la mesa. Mientras, nuestro genio malo trabajaba para perdernos. Nos hallábamos en el delirio del placer, y la espada estaba suspendida sobre nuestras cabezas. El hilo que la sostenía iba a romperse. Pero, para que se entiendan mejor todas las circunstancias de nuestra ruina, hay que aclarar su causa.

G... M... iba seguido por un lacayo cuando fue detenido por el guardia de corps. El muchacho, asustado por lo que le ocurría a su amo, volvió sobre sus pasos huyendo, y lo primero que hizo para ayudarlo fue avisar al viejo G... M... de lo que acababa de ocurrir. Una noticia tan desagradable no podía dejar de alarmarlo mucho: sólo tenía aquel hijo, y su vehemencia, pese a sus años, era extremada. En primer lugar quiso saber de labios del lacayo los pasos que su hijo había dado por la tarde, si había reñido con alguien, si había participado en alguna pelea con otro, si había visitado alguna casa sospechosa. Éste, temiendo que su amo se hallara en grave peligro y pensando que no debía ocultar nada para procurarle ayuda, descubrió cuanto sabía de su amor por Manon y el dispendio que había hecho por ella, la forma en que había pasado la tarde en su casa hasta más o menos las nueve, su salida y la desgracia de su vuelta a casa. Fue suficiente para hacer sospechar al viejo que el asunto de su hijo era una pelea de faldas. A pesar de que ya eran más de las diez y media de la noche, no dudó en acudir inmediatamente al jefe de policía. Le suplicó que diera órdenes concretas a todas las cuadrillas de la ronda, y, tras pedirle una para que lo acompañase, corrió hacia la calle donde su hijo había sido detenido. Inspeccionó todos los lugares de la ciudad donde esperaba poder encontrarle, y, al no descubrir rastro alguno, terminó haciéndose llevar a la casa de su amante, donde se figuró que podía haber vuelto.

Yo iba a meterme en la cama cuando él llegó. Como la puerta de la habitación estaba cerrada, no oí llamar en la de la calle; pero entró seguido por dos arqueros, y, tras haberse informado inútilmente de lo que le había ocurrido a su hijo, quiso ver a su amante para obtener alguna luz. Sube al piso, siempre acompañado por sus arqueros. Nosotros estábamos a punto de meternos en la cama. Abre él la puerta y se nos hiela la sangre al verle. ¡Dios mío!, es el viejo G... M..., le dije a Manon. Me abalanzo sobre mi espada; por desgracia, se había enredado en mi cinto. Al ver mi movimiento, los arqueros

se acercaron al punto para arrebatármela. Un hombre en camisa está indefenso. Me quitaron todos los medios de defenderme.

Aunque sorprendido por aquel espectáculo, G... M... no tardó en reconocermelo. Y menos todavía le costó reconocer a Manon. ¿Es una ilusión?, nos dijo en tono grave; ¿no estoy viendo al caballero Des Grieux y a Manon Lescaut? La vergüenza y el dolor me dominaban a tal punto que no pude responderle. Durante un rato, pareció que daba vueltas en su cabeza a distintas ideas, y, como si de pronto éstas hubieran encendido su cólera, exclamó dirigiéndose a mí: ¡Ah!, desgraciado, ¡estoy seguro de que has matado a mi hijo! Este ultraje me irritó vivamente. Viejo malvado, le respondí altivo, si hubiera tenido que matar a alguien de tu familia, habría empezado por ti. Sujetadlo bien, les dijo a los arqueros. Ha de darme noticias de mi hijo; lo haré ahorcar mañana si no me confiesa ahora mismo lo que ha hecho con él. ¿Me harás ahorcar?, repliqué yo. ¡Infame! Es a la gente de tu ralea a la que hay que buscar en el patíbulo. ¡Has de saber que mi sangre es más noble y más pura que la tuya!⁹ Sí, añadí, sé lo que le ha ocurrido a tu hijo, y, si me irritas más, lo haré estrangular antes de mañana, y a ti te prometo la misma suerte tras él.

Cometí una imprudencia al confesarle que sabía dónde estaba su hijo; pero el exceso de mi rabia me hizo incurrir en esa indiscreción. Llamó él al punto a cinco o seis arqueros más, que le esperaban en la puerta, y les ordenó detener a todos los criados de la casa. ¡Ah!, señor caballero, continuó en tono burlón, ¿decís que sabéis dónde está mi hijo y que lo haréis estrangular? No tengáis duda de que pondremos orden en todo eso. Al punto me di cuenta del error que había cometido. Se acercó a Manon, que estaba sentada en la cama y lloraba; le dijo algunas galanterías irónicas sobre el poder que ella tenía sobre padre e hijo, y sobre el buen uso que de él hacía. Aquel viejo monstruo de incontinencia quiso tomarse algunas libertades con ella. ¡Guárdate de tocarla!, grité, ni lo más sagrado podría salvarte de mis manos. Salió dejando tres arqueros en la habitación, tras ordenarles que nos hicieran vestirnos enseguida.

Ignoro cuál era su intención hacia nosotros. Quizá habríamos conseguido la libertad si le hubiéramos dicho dónde estaba su hijo. Mientras me vestía, pensaba si no era ése el mejor partido. Pero, si estaba en aquella disposición cuando salió de nuestro cuarto, había cambiado mucho cuando volvió. Había ido a interrogar a los criados de Manon, a quienes habían detenido los arqueros. No pudo enterarse de nada de lo que ésta había recibido de su hijo, pero, cuando supo que Marcel había servido antes con nosotros, decidió hacerle hablar intimidándolo con amenazas.

Marcel era un muchacho fiel, pero simple y tosco. El recuerdo de lo que había hecho en el Hôpital para liberar a Manon, unido al terror que G... M... le inspiraba, causó tanta impresión en su frágil ánimo que imaginó que iban a llevarlo a la horca o a la rueda. Prometió confesar todo lo que había llegado a su conocimiento si aceptaban dejarle con vida. G... M... se convenció de que en nuestros asuntos había algo más serio y más delictivo de lo que hasta entonces había imaginado. Ofreció a Marcel no sólo la vida, sino recompensas a cambio de su confesión. Aquel desgraciado le contó una parte de nuestro plan, sobre el que habíamos hablado libremente en su presencia, ya que debía participar en él. Ciertamente que ignoraba todos los cambios que habíamos hecho en París; pero, al salir de Chaillot, había sido informado del plan de la operación y del papel que debía jugar en

ella. Así pues, le confesó que nuestra intención era engañar a su hijo, y que Manon debía recibir, o ya había recibido, diez mil francos, que, según nuestros planes, nunca habían de volver a los herederos de la casa de G... M...

Tras esta revelación, el viejo, furioso, subió precipitadamente a nuestra alcoba. Pasó, sin decir una palabra, al gabinete, donde no le costó mucho encontrar el dinero y las joyas. Regresó con el rostro encendido y, mostrándonos lo que le plugo llamar nuestro latrocinio, nos abrumó con reproches injuriosos. Le hizo ver a Manon, de cerca, el collar de perlas y las pulseras. ¿Los reconocéis?, le dijo con una sonrisa burlona. No era la primera vez que las veáis. Las mismas, palabra de honor. Estoy convencido de que os gustaban, ¿verdad, querida? ¡Pobres criaturas!, añadió. Lo cierto es que los dos son muy simpáticos, aunque algo desvergonzados. Mi corazón reventaba de rabia ante aquellas palabras insultantes. Por verme libre un momento hubiera dado... ¡Santo cielo, qué no habría dado! Por último, hube de contenerme para decirle, con una moderación que no era sino un refinamiento de furia: Acabemos con tan insolentes burlas, caballero. ¿De qué se trata? Veamos, ¿qué pretendéis hacer de nosotros? Se trata, señor caballero, me respondió, de ir ahora mismo al Châtelet¹⁰. Mañana, cuando sea de día, veremos con más claridad nuestros asuntos y espero que al fin me hagáis la merced de decirme dónde está mi hijo.

Sin muchas cavilaciones comprendí que vernos encerrados de nuevo en el Châtelet tendría para nosotros terribles consecuencias. Temblando, preví todos los peligros. A pesar de mi arrogancia, admití que debía doblegarme bajo el peso de mi mala fortuna y halagar a mi más cruel enemigo para obtener algo mediante la sumisión. En tono amable le rogué que me escuchara un momento. Me hago justicia, señor, le dije. Confieso que la juventud me ha hecho cometer grandes errores, y que vos habéis sido bastante herido por ellos para quejaros. Pero si conocéis la fuerza del amor, si podéis juzgar lo que sufre un desdichado joven a quien arrebatan todo lo que ama, quizá me juzguéis digno de perdón por haber buscado el placer de una pequeña venganza o, al menos, me creeréis bastante castigado con la afrenta que acabo de recibir. No es menester ni cárcel ni suplicio para forzar me a deciros dónde está vuestro señor hijo. Se encuentra a salvo. Mi intención no ha sido hacerle daño ni ofenderos. Estoy dispuesto a indicaros el lugar donde pasa tranquilamente la noche si me hacéis la merced de concedernos la libertad. Aquel viejo tigre, lejos de conmovirse con mi súplica, me volvió la espalda riéndose. Se limitó a decir algunas palabras para darme a entender que sabía nuestra intención hasta su origen. En cuanto a su hijo, añadió brutalmente que terminaría encontrándolo, dado que no lo habíamos asesinado. Llevadles al Petit-Châtelet, les dijo a los arqueros, y tened cuidado de que el caballero no se os escape. Es un taimado que ya se fugó de Saint-Lazare.

Y salió dejándome en el estado en que podéis imaginar. ¡Cielos!, exclamé, aceptaré resignado todos los golpes que vengan de tu mano, pero que un maldito granuja tenga poder para tratarme con semejante tiranía me lleva a la desesperación más extremada. Los arqueros nos rogaron que no les hiciéramos esperar más tiempo. Tenían una carroza a la puerta. Tendí la mano a Manon para bajar. Venid, mi querida reina, le dije, venid a someteros a todo el rigor de nuestro destino. Tal vez quiera el cielo hacernos algún día más felices.

Fuimos en la misma carroza. Ella se echó en mis brazos. Desde el primer momento de la llegada de G... M... yo no le había oído pronunciar una sola palabra; pero, como entonces se encontraba a solas conmigo, me dijo mil ternezas mientras se reprochaba haber sido la causa de mi desgracia. Le aseguré que nunca me quejaría de mi destino mientras ella no dejara de amarme. No soy yo quien merece compasión, continué. Unos meses de cárcel no me asustaban lo más mínimo, y siempre preferiré el Châtelet a Saint-Lazare. Es por ti, alma mía, por quien se interesa mi corazón. ¡Qué destino para una criatura tan encantadora! Cielo, ¿cómo tratáis con tanto rigor a la más perfecta de vuestras obras? ¿Por qué uno y otro no nacimos con cualidades conformes a nuestra miseria? Hemos recibido inteligencia, gusto, sentimientos. ¡Ay!, ¡cuán triste uso hacemos de ellos, mientras tantas almas viles y dignas de nuestra suerte gozan de todos los favores de la fortuna! Estas reflexiones me traspasaban de dolor; pero no era nada en comparación con las que se referían al futuro, pues me consumía de miedo por Manon. Ella ya había estado en el Hôpital, y, a pesar de que había salido por la puerta buena, yo sabía que las reincidencias en este tipo de asuntos tenían consecuencias extremadamente peligrosas. Hubiera deseado manifestarle mis temores; temía causarle demasiados a ella. Temblaba por Manon, sin atreverme a advertirle del peligro, y la abracé suspirando para asegurarle al menos mi amor, que era casi el único sentimiento que me atrevía a expresar. Manon, le dije, contestadme con sinceridad, ¿me amaréis siempre? Me respondió que la afligía que yo pudiera dudarlo. No, repliqué, no lo dudo, y con esa seguridad me enfrentaré a todos nuestros enemigos. Utilizaré a mi familia para salir del Châtelet; y, si no os saco en cuanto me vea libre, toda mi sangre no servirá de nada.

Llegamos a la prisión. Nos pusieron a cada uno en un lugar separado. El golpe fue para mí menos duro porque lo había previsto. Recomendé a Manon al portero haciéndole saber que yo era hombre de cierta distinción y prometiéndole una considerable recompensa. Abracé a mi querida amada antes de dejarla. La insté a no afligirse demasiado y a no temer nada mientras yo estuviera en el mundo. Como tenía algún dinero, le di a ella una parte y, de lo que me quedaba, pagué por adelantado al portero un mes de espléndida pensión por ella y por mí.

Mi dinero produjo muy buen efecto. Me metieron en un cuarto decentemente amueblado, y me aseguraron que Manon tenía uno parecido. Me ocupé enseguida de los medios necesarios para acelerar mi libertad. Era evidente que en mi caso no había nada criminal, y, suponiendo incluso que la intención de nuestro robo fuera probada por la declaración de Marcel, sabía de sobra que no se castigan las simples intenciones. Decidí escribir enseguida a mi padre rogándole que viniera en persona a París. Como ya he dicho, sentía menos vergüenza de estar en el Châtelet que en Saint-Lazare; además, aunque seguía conservando todo el respeto debido a la autoridad paterna, la edad y la experiencia habían menguado mucho mi timidez. Así pues, le escribí, y en el Châtelet no pusieron ningún obstáculo para dejar salir mi carta; pero era un trabajo que habría podido ahorrarme de haber sabido que mi padre debía llegar a París al día siguiente.

Había recibido la que yo le escribí ocho días antes, y que le había causado enorme alegría; pero, por más que yo le hubiera halagado con alguna esperanza respecto a mi conversión, no creyó prudente fiarse demasiado de mis promesas. Había decidido venir para cerciorarse por sus propios ojos de mi cambio, y regular su conducta por la

sinceridad de mi arrepentimiento. Llegó al día siguiente de mi encarcelamiento. Su primera visita fue la que hizo a Tiberge, a cuyas señas le había pedido yo que enviara su respuesta. No pudo saber por él ni mi domicilio ni mi presente situación; únicamente se enteró de mis principales aventuras desde que me había escapado de Saint-Sulpice. Tiberge le informó muy favorablemente de las disposiciones hacia el bien que yo le había mostrado en nuestra última entrevista. Añadió que me creía totalmente liberado de Manon, pero que, sin embargo, le había sorprendido no saber nada de mí en los últimos ocho días. Mi padre no era ningún necio; comprendió que había algo que escapaba a la perspicacia de Tiberge en aquel silencio del que éste se quejaba, y puso tanto empeño en descubrir mi rastro que, dos días después de su llegada, supo que me encontraba en el Châtelet.

Antes de recibir su visita, que yo estaba muy lejos de esperar tan pronto, recibí la del jefe de policía o, para decir las cosas por su nombre, sufrí su interrogatorio. Me hizo algunos reproches, que no fueron ni duros ni desatentos. Me dijo con mucha consideración que lamentaba mi mala conducta; que había sido muy imprudente al crearme un enemigo como el señor de G... M...; que, a decir verdad, era fácil ver que, en mi caso, había más imprudencia y frivolidad que malicia; pero que, no obstante, era la segunda vez que me veía sometido a su tribunal, y que había puesto sus esperanzas en que me hubiera vuelto más sensato, tras haber tomado dos o tres meses de lecciones en Saint-Lazare. Encantado de tener que vérmelas con un juez razonable, me expliqué con él de una forma tan respetuosa y tan mesurada que pareció extremadamente satisfecho con mis respuestas. Me dijo que no debía dejarme llevar demasiado por la pena y que, dados mi linaje y mi juventud, estaba dispuesto a favorecerme. Me aventuré a recomendarle a Manon y a elogiar su dulzura y su excelente carácter. Me contestó, riendo, que aún no la había visto, pero que, según le habían dicho, parecía persona peligrosa. Estas palabras suscitaron en mí tanta ternura que le dije mil cosas apasionadas en defensa de mi pobre amante, y no pude evitar derramar algunas lágrimas. Ordenó que me devolvieran a mi cuarto. ¡Amor, amor!, exclamó aquel severo magistrado al verme salir, ¿nunca te reconciliarás con la cordura?¹¹

Estaba dándole vueltas tristemente a mis ideas y reflexionando sobre la conversación que había tenido con el jefe de policía cuando oí abrirse la puerta de mi cuarto: era mi padre. Aunque debiese estar preparado a medias para aquella entrevista, dado que le esperaba pocos días después, no dejó de impresionarme tan vivamente que me habría precipitado al fondo de la tierra si se hubiera abierto a mis pies. Fui a abrazarle con todas las muestras de una extremada confusión. Se sentó sin que ni él ni yo hubiéramos abierto aún la boca.

Al verme de pie, con los ojos bajos y descubierta la cabeza, me dijo en tono severo: Sentaos, señor, sentaos. Gracias al escándalo de vuestro libertinaje y de vuestras bellaquerías he descubierto el lugar donde estabais. La ventaja de un mérito como el vuestro consiste en no poder permanecer oculto. Vais a la fama por un camino infalible. Espero que su término sea muy pronto la Grève¹² y que, en efecto, allí tengáis la gloria de veros expuesto a la admiración de todo el mundo.

No dije nada. Él continuó: ¡Qué desdichado es un padre cuando, después de haber amado con todo su cariño a un hijo y no haber escatimado nada para hacerle un hombre

de provecho, al final sólo encuentra un pillo redomado que le deshonra! Hay consuelo para los reveses de la fortuna: el tiempo los borra y el dolor mengua; pero ¿qué remedio hay contra un mal que aumenta cada día, como los desórdenes de un hijo encanallado que ha perdido el sentimiento del honor? ¿No dices nada, desgraciado?, añadió; con esa modestia fingida y ese aire de dulzura hipócrita, ¿no se le tomaría por el hombre más honrado de su linaje?

Aunque me viera obligado a reconocer que merecía una parte de aquellos ultrajes, me pareció, sin embargo, que era llevarlos al exceso. Creí que me estaba permitido explicar con sinceridad mi pensamiento. Os aseguro, señor, le dije, que la modestia en que me veis ante vos no es en absoluto fingida; es la actitud natural de un hijo bien nacido que respeta infinitamente a su padre, y, sobre todo, a un padre enojado. Tampoco pretendo pasar por el hombre más intachable de nuestra familia. Me reconozco digno de vuestros reproches, pero os ruego que pongáis en ellos un poco más de bondad y no me tratéis como al más infame de todos los hombres. No merezco calificativos tan duros. Ha sido el amor, como sabéis, la causa de todos mis errores. ¡Fatal pasión! ¡Ay!, ¿no conocéis vos su fuerza? ¿Es posible que vuestra sangre, que es la fuente de la mía, no haya sentido nunca los mismos ardores? El amor me ha hecho demasiado sensible, demasiado apasionado, demasiado fiel y, quizá, demasiado complaciente con los deseos de una amante absolutamente encantadora: he ahí mis delitos. ¿Hay en ellos algo que os deshonre? Vamos, querido padre, añadí en tono cariñoso, un poco de piedad para un hijo que siempre os ha respetado y querido, que no ha renunciado, como pensáis, al honor y al deber, y que es mil veces más digno de compasión de lo que podéis imaginar. Al concluir estas palabras dejé caer algunas lágrimas.

El corazón de un padre es la obra maestra de la naturaleza, que reina en él, por así decir, con complacencia, y rige incluso todos sus resortes. El mío, que era además hombre inteligente y de gusto, quedó tan impresionado por el tono que yo había puesto en mis disculpas que no fue capaz de ocultarme aquel cambio. Ven, desventurado caballero, me dijo, ven a abrazarme; me das lástima. Le abracé; él me estrechó de una forma que me hizo suponer lo que ocurría en su corazón. Pero ¿a qué medio recurriremos, prosiguió, para sacarte de aquí? Explícame cuanto has hecho sin ocultarme nada. Como después de todo, en el conjunto de mi conducta, no había nada que pudiera deshonorarme de modo irreparable, al menos comparándola con la de los jóvenes de cierta posición, y como una querida no pasa por ser una infamia en el siglo en que estamos, ni tampoco un poco de maña para poner de su parte en el juego a la fortuna, conté sinceramente a mi padre con todo detalle la vida que había llevado. Tuve cuidado de evocar, a cada falta que le iba confesando, ejemplos célebres para que fuera menor la vergüenza. Vivo con una amante, le decía, sin estar unido a ella por las ceremonias del matrimonio; el señor duque de... mantiene a dos, a la vista de todo París; el señor de... tiene una desde hace diez años, a la que ama con una fidelidad que nunca ha mantenido con su esposa; dos tercios de la gente de bien de Francia se honran de tenerlas. He hecho algunas trampas en el juego; el señor marqués de... y el conde de... no tienen otras rentas; el señor príncipe de... y el señor duque de... son los jefes de una banda de caballeros de la misma orden¹³. En cuanto a mis intenciones sobre la bolsa de los dos G... M..., habría podido demostrar con la misma facilidad que no dejaba de tener

modelos; pero me quedaba demasiado honor para no condenarme a mí mismo y a todos los que hubiera podido citar como ejemplo, de suerte que rogué a mi padre que perdonase aquella debilidad por las dos violentas pasiones que me habían impulsado, la venganza y el amor. Me preguntó si podía darle alguna orientación sobre los pasos más cortos para conseguir mi libertad, y de una manera que pudiera permitirle evitar el escándalo. Le hice saber la buena disposición que conmigo tenía el jefe de policía. Si encontráis dificultades, le dije, sólo pueden venir de parte de los G... M...; por eso creo que sería oportuno que os tomaseis la molestia de verlos. Me lo prometió. No me atreví a pedirle que intercediese por Manon. No fue por falta de valor, sino secuela del temor a que mi proposición le indignara y le sugiriese algún designio funesto para ella y para mí. Aún estoy por saber si ese temor que me impidió sondear las disposiciones de mi padre, y esforzarme por inspirárselas favorables hacia mi desventurada amante, no provocó mis mayores infortunios. Quizá le hubiera movido una vez más a compasión. Le habría puesto en guardia contra las impresiones que con excesiva facilidad iba a recibir del viejo G... M... ¡Qué sé yo! Quizá mi desdichado destino hubiera derrotado todos mis esfuerzos, pero por lo menos sólo a él, y a la crueldad de mis enemigos, habría podido acusar de mi desgracia.

Al dejarme, mi padre fue a visitar al señor de G... M... Lo encontró con su hijo, a quien el guardia de corps había devuelto lealmente la libertad. Nunca he sabido los pormenores de su conversación, pero no me ha sido sino demasiado fácil suponerlos por sus mortales efectos. Fueron juntos, me refiero a los dos padres, a ver al jefe de policía, al que pidieron dos favores: uno, que me hiciera salir inmediatamente del Châtelet; otro, que encerrase a Manon por el resto de sus días, o la enviase a América. En esa época empezaban a embarcar a mucha gente indeseable hacia el Mississippi¹⁴. El señor jefe de policía les dio su palabra de hacer embarcar a Manon en el primer navío. El señor de G... M... y mi padre vinieron enseguida juntos a traerme la noticia de mi libertad. El señor de G... M... se disculpó amablemente sobre lo ocurrido en el pasado y, tras felicitar me por mi suerte por tener un padre como aquél, me exhortó a que en adelante aprovechara sus lecciones y sus ejemplos. Mi padre me ordenó presentarle excusas por el pretendido agravio que yo había hecho a su familia y darle las gracias por haberse interesado con él en mi liberación. Salimos juntos, sin haber hecho la menor alusión a mi amante. Ni siquiera me atreví a hablar de ella en su presencia a los carceleros. ¡Ay!, mis tristes recomendaciones hubieran sido totalmente inútiles. La cruel orden había llegado al mismo tiempo que la de mi libertad. Una hora después, aquella desventurada joven fue conducida al Hôpital para ser unida al grupo de algunas desdichadas que estaban condenadas a sufrir el mismo destino. Como mi padre me había obligado a seguirle a la casa donde se hospedaba, eran casi las seis de la tarde cuando encontré el momento de escabullirme para volver al Châtelet. Mi único propósito era hacer llegar algunas provisiones a Manon y recomendarla al portero, pues no me prometía que la libertad de verla me fuese concedida. Tampoco había tenido tiempo aún de pensar en los medios de liberarla.

Solicité permiso para hablar con el conserje. Había quedado satisfecho de mi generosidad y de mi amable comportamiento, de suerte que, como tenía cierta disposición a servirme, me habló del destino de Manon como de una desgracia que había

lamentado muchísimo porque podía afligirme. Al principio no entendí su lenguaje. Hablamos unos momentos sin entendernos. Al final, dándose cuenta de que yo necesitaba una explicación, me la dio, tal como ya he tenido el horror de decíroslo y que aún siento al repetirla. Jamás apoplejía fulminante causó efecto más súbito y más terrible. Caí al suelo con unas palpitaciones de corazón tan dolorosas que perdí el conocimiento al instante, y me creí liberado de la vida para siempre. Incluso cuando lo recuperé me quedó algo de ese pensamiento. Volví los ojos hacia todos los puntos de la estancia y sobre mí mismo para asegurarme de si aún poseía la desdichada cualidad de hombre vivo. Ciertamente, siguiendo únicamente el impulso natural que nos induce a liberarnos del dolor, nada podía parecerme más dulce que la muerte en ese momento de abatimiento y consternación. Ni siquiera la religión podía hacerme considerar nada más insoportable, después de la vida, que las crueles convulsiones que me atormentaban. Sin embargo, por un milagro propio del amor, no tardé en recuperar la fuerza suficiente para dar gracias al cielo por haberme devuelto los sentidos y la razón. Mi muerte sólo me hubiera aprovechado a mí. Manon necesitaba mi vida para liberarla, para socorrerla, para vengarla. Juré dedicarme a ello sin reserva.

El portero me prestó todos los auxilios que hubiera podido esperar del mejor de mis amigos. Recibí su ayuda con profunda gratitud. ¡Ay!, le dije, ¿os han conmovido mis penas? Todo el mundo me abandona. Mi propio padre es sin duda uno de mis perseguidores más crueles. Nadie se compadece de mí. Sólo vos, en la morada de la crueldad y la barbarie, os compadecéis del más miserable de los hombres. Él me aconsejaba no salir a la calle sin haberme recobrado un poco de la turbación en que me hallaba. Dejadme, dejadme, respondí mientras me iba; volveré a veros antes de lo que imagináis. Preparadme el más negro de vuestros calabozos; voy a trabajar para merecerlo. En efecto, mis primeras resoluciones apuntaban nada menos que a deshacerme de los dos G... M... y del jefe de policía, e irrumpir luego a mano armada en el Hôpital en compañía de todos los que pudiera interesar en mi pendencia. Ni mi mismo padre hubiera sido respetado en una venganza que me parecía tan justa, pues el portero no me había ocultado que él y G... M... eran los autores de mi desgracia. Pero cuando hube dado algunos pasos por las calles y el aire refrescó un poco mi sangre y mis humores, mi furia fue dando paso poco a poco a sentimientos más razonables. La muerte de nuestros enemigos no habría sido de ninguna utilidad para Manon, y me hubiera expuesto sin duda a verme privado de todos los medios de socorrerla. Además, ¿habría recurrido a un cobarde asesinato? ¿Qué otro camino podía seguir para vengarme? Reuní todas mis fuerzas y todo mi ingenio para procurar ante todo la liberación de Manon, posponiendo todo lo demás al éxito de esa importante empresa. Me quedaba poco dinero. Era, sin embargo, un centavo necesario por el que había que empezar. Sólo veía tres personas de las que podía esperarlo: el señor de T..., mi padre y Tiberge. Era poco probable que consiguiese algo de los dos últimos, y me daba vergüenza importunar al otro con mis peticiones. Pero en la desesperación no se anda uno con miramientos. Fui de inmediato al seminario de Saint-Sulpice, sin inquietarme que pudiera ser reconocido. Hice llamar a Tiberge. Sus primeras palabras me hicieron comprender que aún ignoraba mis últimas aventuras. Esta idea me hizo cambiar mi propósito de conmoverle a compasión. Le hablé, en general, del placer que había sentido al ver de nuevo a mi

padre, y luego le rogué que me prestase algún dinero, so pretexto de pagar, antes de mi marcha de París, algunas deudas que deseaba mantener en secreto. Al punto me presentó su bolsa. Cogí quinientos francos de los seiscientos que encontré en ella. Le ofrecí un recibo; era demasiado generoso para aceptarlo.

Volví a casa del señor de T... Le hablé sin la menor reserva. Le expuse mis desgracias y mis penas; él ya las conocía hasta en sus menores circunstancias por el interés con que había seguido la aventura del joven G... M...; no obstante me escuchó y se compadeció de mí. Cuando le pedí consejo sobre los medios de liberar a Manon, me respondió tristemente que le parecía tan difícil que, a menos de una ayuda extraordinaria del cielo, había que renunciar a esa esperanza; que había pasado expresamente por el Hôpital después de que la encerraran allí y que ni él mismo había podido conseguir permiso para verla; que las órdenes del jefe de policía eran severísimas y que, para colmo de infortunio, el desdichado grupo del que ella debía formar parte estaba destinado a partir dos días después. Me hallaba tan consternado por sus palabras que, aunque él hubiera seguido hablando una hora, no se me habría ocurrido interrumpirle. Continuó diciéndome que no había ido a verme al Châtelet para servirme con mayor facilidad si le suponían sin relación conmigo; que, desde que yo había salido de allí, había lamentado mucho desconocer adónde me había retirado, y que su deseo era verme enseguida para darme el único consejo que, según todas las apariencias, podía yo esperar del cambio en la suerte de Manon, pero un consejo peligroso, en el que me suplicaba ocultar eternamente que él hubiera participado: consistía en escoger unos cuantos matones con suficiente audacia para atacar a los guardianes de Manon cuando salieran de París con ella. No aguardó a que yo le hablase de mi indignancia. Aquí tenéis cien pistolas, me dijo presentándome una bolsa, que podrán seros de alguna ayuda. Ya me las devolveréis cuando la fortuna haya arreglado vuestros asuntos. Añadió que, si el temor a perder su reputación le hubiera permitido emprender personalmente la liberación de mi amante, me habría ofrecido su brazo y su espada.

Esta generosidad excesiva me conmovió hasta las lágrimas. Para mostrarle mi gratitud empleé toda la energía que mi aflicción me dejaba. Le pregunté si no podía esperar nada, por la vía de las intercesiones, del jefe de policía. Me dijo que había pensado en ello, pero que ese recurso le parecía inútil, porque una merced de aquella naturaleza no podía solicitarse sin motivo, y que no veía qué motivo podía aducirse para convertir en valedor a una persona grave y poderosa; que, si se podía esperar algo por ese lado, sólo había de ser haciendo cambiar de ideas al señor de G... M... y a mi padre, instándoles a rogar ellos mismos al jefe de policía que revocase su sentencia. Se ofreció a hacer cuanto estuviera en su mano para ganarse al joven G... M..., aunque le suponía algo distante con él por algunas sospechas que había concebido con ocasión de nuestra aventura, y me exhortó a no omitir nada, de mi parte, para ablandar el ánimo de mi padre.

No era esto ligera tarea para mí, no sólo por las naturales dificultades que debía encontrar para convencerle, sino por otro motivo que me hacía incluso temer acercarme a él: contra sus órdenes expresas me había escabullido de su alojamiento, y estaba totalmente decidido a no volver desde que me había enterado del triste destino de Manon. Temía, y con razón, que me hiciera retener a mi pesar y me devolviera de igual forma a la casa familiar. Mi hermano mayor ya había utilizado antes ese método. Cierto

que yo era ya mayor de edad, pero la edad era débil argumento contra la fuerza. Sin embargo, hallé un medio que me salvaba del peligro; consistía en citarle en un lugar público y anunciarme a él bajo otro nombre. Tomé inmediatamente esta resolución. El señor de T... se fue a casa de G... M... y yo al Luxembourg, desde donde mandé aviso a mi padre de que un gentilhombre servidor suyo estaba esperándolo. Temía que le costara venir, porque la noche se acercaba. Sin embargo apareció poco después, seguido por su lacayo. Le rogué que tomáramos una alameda donde pudiéramos estar solos. Dimos por lo menos cien pasos sin hablar. Él debía imaginar, evidentemente, que tantos preparativos no se habían hecho sin un propósito importante. Él esperaba mi explicación, y yo la meditaba.

Por fin abrí la boca. Señor, le dije temblando, sois un buen padre. Me habéis colmado de favores y me habéis perdonado un número infinito de faltas. Por eso el cielo me es testigo de que tengo hacia vos todos los sentimientos filiales más tiernos y más respetuosos. Pero me parece... que vuestro rigor... ¿Cómo que mi rigor?, me interrumpió mi padre, a quien debió de parecerle que yo hablaba con demasiada calma para su impaciencia. ¡Ah!, señor, continué, considero extremado vuestro rigor en el trato que habéis dado a la desventurada Manon. Os habéis fiado del señor de G... M... Su odio os la ha descrito con los colores más negros. Os habéis hecho de ella una idea horrible. Sin embargo, es la más dulce y más amable criatura que ha existido nunca. ¡Ojalá el cielo os hubiera inspirado el deseo de verla un momento! Estoy tan seguro de que es encantadora como de que os lo habría parecido. Os habríais puesto de su parte, habríais detestado los siniestros embustes de G... M...; os habríais compadecido de ella y de mí. ¡Ay!, estoy totalmente seguro. Vuestro corazón no es insensible; os habríais dejado enternecer. Volvió a interrumpirme al ver que yo hablaba con una vehemencia que no me habría permitido acabar pronto. Quiso saber adónde pretendía yo ir a parar con un alegato tan apasionado. A pediros la vida, respondí, que no puedo conservar ni un momento si Manon embarca hacia América. No, no, me replicó en tono severo; antes prefiero verte sin vida que sin cordura y sin honor. Entonces no vayamos más lejos, exclamé deteniéndole por el brazo. Quitadme esta vida odiosa e insoportable, porque, en la desesperación a la que me arrojáis, para mí la muerte será un favor. Es un regalo digno de la mano de un padre.

No te daría más que lo que mereces, replicó. Conozco muchos padres que no habrían esperado tanto tiempo para ser ellos mismos tus verdugos, pero ha sido mi excesiva bondad la que te ha perdido.

Me arrojé a sus rodillas. ¡Ah!, si todavía os queda alguna, le dije abrazándolas, no os mostréis severo con mi llanto. Pensad que soy vuestro hijo... ¡Ay!, acordaos de mi madre. ¡La amabais tan tiernamente! ¿Habríais tolerado que os la hubieran arrancado de vuestros brazos? La habríais defendido hasta la muerte. ¿No tienen los demás un corazón como vos? ¿Se puede ser bárbaro después de haber sentido una vez lo que son la ternura y el dolor?

No vuelvas a hablarme de tu madre, replicó con voz irritada; ese recuerdo excita mi indignación. Tu libertinaje la haría morir de dolor si hubiera vivido lo bastante para verlo. Acabemos esta conversación, añadió; me enoja y no me hará cambiar de actitud. Vuelvo a casa; te ordeno que me sigas. El tono seco y duro con que me conminó aquella orden

me hizo comprender de sobra que su corazón era inflexible. Me alejé unos cuantos pasos por miedo a que le entraran ganas de detenerme con sus propias manos. No aumentéis mi desesperación, le dije, obligándome a desobedeceros. Es imposible que os siga. Y no lo es menos que viva, tras la dureza con que me tratáis. Así que os digo adiós para siempre. Mi muerte, que no tardaréis en saber, añadí tristemente, quizá os haga recobrar hacia mí los sentimientos de padre. Cuando me volvía para alejarme, exclamó con una rabia furibunda: Ve, corre a tu perdición. Adiós, hijo ingrato y rebelde. Adiós, le dije yo en medio de mi ira, adiós, padre bárbaro y desnaturalizado.

Salí inmediatamente del Luxembourg. Caminé por las calles como un poseso hasta la casa del señor de T... Mientras andaba, alzaba los ojos y las manos invocando a todos los poderes celestiales. ¡Oh cielo!, decía, ¿seréis tan despiadado como los hombres? Sólo de vos puedo esperar ayuda. El señor de T... aún no había regresado a casa, pero apareció a los pocos momentos de mi espera. Sus gestiones no habían tenido más éxito que las mías. Me lo dijo con cara abatida. El joven G... M..., aunque menos irritado que su padre contra Manon y contra mí, no había querido interceder en nuestro favor. Se lo había prohibido por el temor que él mismo tenía a aquel rencoroso anciano, que estaba muy furioso con él y le reprochaba su intento de relacionarse con Manon. Por lo tanto, no me quedaba otro camino que el de la violencia, según el plan que el señor de T... me había trazado; a él reduje todas mis esperanzas. Muy inciertas son, le dije, pero la más sólida y más consoladora para mí es la de perecer al menos en el empeño. Me despedí de él suplicándole que me ayudara con sus mejores deseos, y a partir de ese momento sólo pensé en encontrar camaradas a los que pudiera infundir una chispa de mi valor y de mi resolución.

El primero que me vino a la mente fue el mismo guardia de corps que había utilizado para detener a G... M... También había planeado ir a pasar la noche en su cuarto, pues durante la tarde no había tenido la cabeza lo bastante despejada para procurarme alojamiento. Lo encontré solo. Se alegró de verme fuera del Châtelet. Me ofreció afectuosamente sus servicios. Le expliqué los que podía brindarme. Tenía suficiente buen sentido para darse cuenta de todas las dificultades, pero fue lo bastante generoso para intentar vencerlas. Dedicamos una parte de la noche a pensar en mi plan. Me habló de tres soldados de los guardias, de los que se había servido en la última ocasión, como de tres valientes a toda prueba. El señor de T... me había informado exactamente del número de arqueros que debían llevar presa a Manon: sólo eran seis. Cinco hombres intrépidos y decididos bastaban para sembrar el pánico entre aquellos miserables, incapaces de defenderse decorosamente cuando pueden evitar el peligro del combate con una cobardía. Como yo disponía de dinero suficiente, el guardia de corps me aconsejó que no escatimase nada para asegurar el éxito de nuestro ataque. Necesitamos caballos, me dijo, además de pistolas y de un mosquetón para cada uno. Mañana me encargaré de esos preparativos. Necesitamos además tres trajes corrientes para nuestros soldados, que no se atreverían a intervenir en un asunto de esta naturaleza con el uniforme del regimiento. Puse en sus manos las cien pistolas que había recibido del señor de T... Al día siguiente fueron gastadas hasta el último céntimo. Pasé revista a los tres soldados. Los animé con grandes promesas, y para ganarme su confianza empecé por regalarles diez pistolas a cada uno. Cuando llegó el día de la acción, envié a uno muy temprano al

Hôpital, para informarse por sus propios ojos del momento en que los arqueros se pondrían en camino con su presa. Aunque sólo había tomado esta precaución por un exceso de inquietud y previsión, resultó que había sido absolutamente necesaria. Fiado en algunas falsas informaciones que me habían dado sobre su camino, y convencido de que era en La Rochelle donde aquella deplorable tropa debía ser embarcada, habría echado a perder mis esfuerzos esperándola en el camino de Orléans. Sin embargo, gracias al informe del soldado de la guardia, fui informado de que tomaba el camino de Normandía y de que era desde el Havre-de-Grâce de donde debía salir para América¹⁵.

Nos dirigimos inmediatamente a la Porte Saint-Honoré, cuidando de ir por calles distintas. Nos reunimos al final del barrio. Nuestros caballos estaban frescos. No tardamos en descubrir a los seis guardias y los dos miserables coches que visteis en Pacy hace dos años. El espectáculo estuvo a punto de dejarme sin fuerzas y sin conocimiento. ¡Oh fortuna, exclamé, fortuna cruel!, concédeme aquí, al menos, la muerte o la victoria. Celebramos consejo un momento sobre la forma en que llevaríamos a cabo nuestro ataque. Los arqueros apenas estaban a más de cuatrocientos pasos por delante de nosotros, y podíamos salirles al paso cortando por un pequeño campo a cuyo alrededor daba vuelta la carretera. En opinión del guardia de corps, debíamos tomar aquella vía para sorprenderlos cayendo sobre ellos de improviso. Aprobé su idea y fui el primero en espolear mi caballo. Pero la fortuna ya había rechazado despiadadamente mis ruegos. Al ver a cinco jinetes lanzarse hacia ellos, los arqueros no dudaron de que iban a ser atacados. Se pusieron en guardia, preparando sus bayonetas y sus fusiles con aire bastante resuelto. Aquella actitud, que no hizo más que enardecernos al guardia de corps y a mí, privó repentinamente del valor a nuestros tres cobardes compañeros. Se detuvieron como de común acuerdo y, tras decirse entre ellos algunas palabras que no oí, volvieron grupas para emprender el camino de París a rienda suelta. ¡Dioses!, me dijo el guardia de corps, que parecía tan desconcertado como yo por aquella deserción infame, ¿qué vamos a hacer? No somos más que dos. La furia y el asombro me habían dejado sin voz. Me detuve, sin saber si mi primera venganza debía centrarse en la persecución y el castigo de los cobardes que me abandonaban. Los veía huir y miraba en el otro lado a los arqueros. Si me hubiera sido posible dividirme, habría cargado al mismo tiempo contra aquellos dos objetos de mi rabia; devoraba a ambos a la vez. El guardia de corps, adivinando mi incertidumbre por el movimiento de mis ojos, me rogó que atendiera su consejo. Como no somos más que dos, me dijo, sería una locura atacar a seis hombres tan bien armados como nosotros y que parecen esperarnos a pie firme. Hay que volver a París y tratar de elegir mejor a nuestros matones. Con dos pesados carromatos, los arqueros no pueden hacer grandes etapas; mañana mismo los alcanzaremos sin esfuerzo.

Reflexioné un momento sobre aquella decisión, y al no ver por todos lados más que motivos de desesperación, tomé una resolución verdaderamente desesperada. Consistió en agradecer a mi compañero sus servicios y, lejos de atacar a los arqueros, decidí ir humildemente a rogarles que me aceptaran en su grupo para acompañar a Manon con ellos hasta el Havre-de-Grâce y pasar allende los mares con ella. Todo el mundo me persigue o me traiciona, le dije al guardia de corps. Ya no puedo confiar en nadie. Ya no espero nada ni de la fortuna ni de la ayuda de los hombres. Mis desventuras han llegado al límite; sólo me queda someterme a ellas. Cierro así los ojos a toda esperanza. ¡Ojalá el

cielo recompense vuestra generosidad! Adiós, voy a ayudar a mi mala suerte a consumir mi ruina, corriendo por mi propio pie voluntariamente hacia ella. Fueron inútiles sus esfuerzos instándome a volver a París. Le rogué que me dejara seguir mis resoluciones y se fuera inmediatamente, por temor a que los arqueros siguieran creyendo que nuestra intención era atacarlos.

Me encaminé solo hacia ellos, con paso lento y la cara tan consternada que no debieron encontrar ningún peligro en mi acercamiento. Pero seguían manteniéndose a la defensiva. Tranquilizaos, caballeros, les dije al abordarlos; no os traigo la guerra, vengo a suplicar vuestras mercedes. Les rogué que siguieran su camino sin desconfianza y les hice saber, mientras caminábamos, los favores que esperaba de ellos. Consultaron entre sí de qué manera debían recibir aquella declaración. El jefe del grupo tomó la palabra en nombre de los otros. Me respondió que sus órdenes de vigilar a las cautivas eran severísimas; que yo, sin embargo, le parecía un hombre tan honorable que él y sus compañeros se relajarían un poco en el cumplimiento de su deber; pero que debía comprender que aquello tendría que costarme algo. Me quedaban unas quince pistolas; les confesé sinceramente a cuánto ascendía el fondo de mi bolsa. Bueno, me dijo el arquero, seremos generosos. Sólo os costará un escudo cada hora que habléis con la joven que más os guste; es el precio habitual en París. Yo no les había hablado de Manon en particular, pues no entraba en mis planes que conociesen mi pasión. Al principio imaginaron que no era más que un capricho de joven lo que me impulsaba a buscar un poco de entretenimiento con aquellas criaturas; pero cuando creyeron darse cuenta de que yo estaba enamorado aumentaron tanto mi tributo que mi bolsa ya estaba agotada al salir de Mantes, donde habíamos dormido el día en que llegamos a Pacy.

¿Puedo confesaros el deplorable tema de mis conversaciones con Manon durante aquel camino, o qué impresión me causó verla cuando conseguí de los guardias la libertad de acercarme a su carreta? ¡Ay!, las palabras no expresan más que a medias los sentimientos del corazón. Pero imaginaos a mi desdichada amante encadenada por la cintura¹⁶, sentada sobre unos cuantos puñados de paja, la cabeza lánguidamente apoyada en un lateral del vehículo, el rostro pálido y mojado por un río de lágrimas que se abrían paso a través de sus párpados, aunque continuamente tuviera los ojos cerrados. Ni siquiera había tenido la curiosidad de abrirlos cuando oyó el ruido de sus guardias, que temían ser atacados. Su ropa estaba sucia y desastrada, sus delicadas manos quedaban expuestas a las injurias de la intemperie; en fin, todo aquel conjunto encantador, aquella figura capaz de llevar el mundo a la idolatría, aparecía en un desorden y un abatimiento indecibles. Dedicué unos instantes a contemplarla, yendo a caballo al lado de la carreta. Estaba tan enajenado que en varias ocasiones estuve a punto de caer peligrosamente. Mis suspiros y mis frecuentes exclamaciones me atrajeron algunas de sus miradas. Me reconoció, y observé que, en el primer impulso, trató de arrojar-se fuera del coche para venir a mí; pero, retenida por la cadena, volvió a caer en su actitud primera. Supliqué a los arqueros que por compasión se detuvieran un momento; consintieron por codicia. Dejé mi caballo para sentarme a su lado. Se hallaba tan postrada y tan débil que estuvo un buen rato sin poder servirse de la lengua ni mover las manos. Mientras tanto, yo las mojaba con mis lágrimas, y, como tampoco yo podía proferir una sola palabra, ambos nos encontrábamos en una de las más tristes situaciones de que jamás haya habido ejemplo. No lo fueron

menos nuestras palabras una vez que recuperamos la posibilidad de hablar. Manon habló poco. Se hubiera dicho que la vergüenza y el dolor habían alterado los órganos de su voz; su sonido era débil y trémulo. Me dio las gracias por no haberla olvidado, y por la satisfacción que le concedía, dijo suspirando, de verme al menos una vez más y darme el último adiós. Pero, cuando le aseguré que nada sería capaz de separarme de ella y que estaba dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo para cuidarla, para servirla, para amarla y para unir inseparablemente mi miserable destino al suyo, aquella pobre muchacha se entregó a sentimientos tan tiernos y tan dolorosos que llegué a temer algo por su vida ante tan violenta emoción. Todos los impulsos de su alma parecían confluír en sus ojos. Los tenía clavados en mí. A veces abría la boca, pero sin fuerza suficiente para acabar una palabra iniciada. Sin embargo se le escapaban algunas. Eran muestras de admiración por mi amor, tiernas quejas por su exceso, dudas de que pudiera ser bastante afortunada para haberme inspirado una pasión tan perfecta, súplicas para hacerme renunciar a la intención de seguirla y buscar en otra parte una felicidad digna de mí, que según ella no podía esperar a su lado.

A despecho del más cruel de los destinos, yo encontraba mi felicidad en sus miradas y en la certeza que tenía de su cariño. Ciertamente que había perdido todo cuanto estima el resto de los hombres; pero era dueño del corazón de Manon, el único bien que yo estimaba. Vivir en Europa, vivir en América, ¿qué me importaba dónde vivir si estaba seguro de ser allí feliz viviendo con mi amada? ¿No es todo el universo la patria de dos enamorados fieles? ¿No encuentran, uno en el otro, padre, madre, parientes, amigos, riquezas y felicidad? Si algo me causaba inquietud era el temor de ver a Manon expuesta a las necesidades de la indigencia. Ya me imaginaba a su lado en una región inculta y habitada por salvajes. Estoy totalmente seguro, me decía yo, de que no podrá haberlos tan crueles como G... M... y mi padre. Al menos nos dejarán vivir en paz. Si lo que de ellos se cuenta es verdad, siguen las leyes de la naturaleza. No conocen ni los furores de la codicia que dominan a G... M..., ni las fantasiosas ideas del honor que han convertido a mi padre en mi enemigo. No importunarán a dos enamorados a los que verán vivir con la misma sencillez que ellos. Así pues, por ese lado estaba tranquilo. Pero no me hacía ideas novelescas respecto a las necesidades comunes de la vida. Demasiado a menudo me había dado cuenta de que hay necesidades insoportables, sobre todo para una joven delicada y habituada a una vida cómoda y abundante. Me desesperaba pensando que había agotado inútilmente mi bolsa y que el poco dinero de que disponía estuviera a punto de serme arrebatado por la bellaquería de los arqueros. Imaginaba que, con una pequeña cantidad, habría podido esperar no sólo resistir un tiempo a la miseria en América, donde el dinero era escaso, sino intentar incluso alguna empresa para asentarnos de forma duradera. Esta consideración me sugirió la idea de escribir a Tiberge, a quien siempre había encontrado tan dispuesto a ofrecerme las ayudas de la amistad. Le escribí desde el primer pueblo por donde pasamos. No le manifesté más motivo que la apremiante necesidad que preveía que había de encontrarme en el Havre-de-Grâce, donde le confesaba que había ido a llevar a Manon. Le pedía cien pistolas. Enviádmelas a El Havre, le decía, a través del jefe de correos. Podéis ver que es la última vez que importuno a vuestro afecto y que, al serme arrebatada para siempre mi desventurada amante, no puedo dejar que se vaya sin algunos consuelos que alivien su

suerte y mis mortales pesares.

Los arqueros se volvieron tan intratables cuando descubrieron la violencia de mi pasión que, duplicando continuamente el precio de sus menores favores, pronto me redujeron a la más extrema indigencia. Por otro lado, el amor apenas me permitía escatimar gastos. Al lado de Manon, me olvidaba de mí mismo de la mañana a la noche, y ya no me medían el tiempo por horas, sino por la longitud entera de los días. Por último, cuando mi bolsa se vació por completo, me encontré expuesto a los caprichos y la brutalidad de seis canallas que me trataban con una altanería intolerable. Vos mismo fuisteis testigo de ello en Pacy. Vuestro encuentro fue un feliz momento de tregua que me concedió la fortuna. Vuestra piedad a la vista de mis penas fue mi única recomendación ante vuestro generoso corazón. La ayuda que liberalmente me otorgasteis sirvió para hacerme llegar hasta El Havre, y los arqueros mantuvieron su promesa con más fidelidad de lo que yo esperaba.

Llegamos a El Havre. Inmediatamente me dirigí a correos. Tiberge aún no había tenido tiempo de contestarme. Me informé exactamente del día en que podía esperar su carta. No podía llegar antes de dos días, y, por una extraña disposición de mi mala fortuna, resultó que nuestro barco debía zarpar la mañana del día en que yo esperaba el correo ordinario. Imposible expresaros mi desesperación. ¡Cómo!, exclamé, ¿es posible que, hasta en la misma desgracia, tenga el privilegio de ser distinguido por excesos? Manon respondió: ¡Ay!, ¿merece una vida tan desdichada los cuidados que nos tomamos por ella? Muramos en El Havre, querido caballero. ¡Que la muerte acabe de un solo golpe con nuestras miserias! ¿Iremos a arrastrarlas a un país desconocido, donde no hay duda de que debemos esperar horribles adversidades, puesto que me envían a él como a un suplicio? Muramos, me repitió; o, al menos, dame la muerte, y ve a buscar otro destino en brazos de una amante más venturosa. No, no, le dije, para mí es un destino digno de envidia ser desdichado junto a vos. Sus palabras me hicieron temblar. Pensé que estaba abrumada por sus males. Me esforcé por aparentar más sosiego, y así quitarle aquellas funestas ideas de muerte y desesperación. Decidí seguir en el futuro la misma conducta; y más adelante pude comprobar que no hay nada más capaz de inspirar valor a una mujer como la firmeza de un hombre al que ama.

Cuando hube perdido la esperanza de recibir la ayuda de Tiberge, vendí mi caballo. El dinero que saqué, unido al que aún me quedaba de vuestra generosidad, ascendía a la pequeña suma de diecisiete pistolas. Gasté siete en la compra de algunas cosas necesarias para alivio de Manon, y guardé las otras diez cuidadosamente, como fundamento de nuestra fortuna y de nuestras esperanzas en América. No me costó mucho ser admitido en el barco. A la sazón buscaban jóvenes dispuestos a unirse voluntariamente a la colonia¹⁷. Me dieron gratis el pasaje y la comida. Como el correo de París debía salir al día siguiente, dejé en él una carta para Tiberge. Era conmovedora y capaz de enternecerle muchísimo, sin duda, puesto que le hizo adoptar una resolución que sólo podía derivar de un infinito fondo de cariño y generosidad hacia un amigo desdichado.

Nos hicimos a la vela. El viento no dejó en ningún momento de sernos favorable. Conseguí del capitán un lugar aparte para Manon y para mí. Tuvo la bondad de mirarnos de forma distinta al común de nuestros miserables compañeros de viaje. Le había llevado aparte el primer día y, para granjearme su consideración, le había dado cuenta de algunos

de mis infortunios. No creí cometer una mentira vergonzosa diciéndole que estaba casado con Manon. Fingió creerlo, y me ofreció su protección, de la que recibimos pruebas durante toda la travesía. Se cuidó de que nos dieran de comer decentemente, y las consideraciones que tuvo con nosotros sirvieron para hacernos respetar por nuestros compañeros de infortunio. Yo ponía especial atención en no dejar sufrir la menor incomodidad a Manon. No dejó ella de advertirlo, y verlo, unido al vivo sentimiento de gratitud por la extremada miseria a que yo me había reducido por ella, la volvía tan tierna y tan apasionada, tan atenta también a mis necesidades más ligeras, que, entre ella y yo, había una perpetua emulación de favores y de amor. No lamentaba dejar atrás Europa. Al contrario, cuanto más avanzábamos hacia América, más sentía que mi corazón se ensanchaba y recobraba la calma. Si hubiera podido estar seguro de que allí no me faltaría lo indispensable para vivir, habría agradecido a la fortuna el giro tan favorable que había dado a nuestras desgracias.

Tras una navegación de dos meses, llegamos por fin a la deseada orilla. A primera vista, aquella tierra no nos ofreció nada agradable. Eran campos estériles y despoblados, en los que apenas se veían algunas cañas y algunos árboles despojados por el viento. Ningún rastro de hombres ni de animales¹⁸. Sin embargo, tras mandar el capitán disparar algunas piezas de nuestra artillería, no tardamos mucho en ver aparecer a un grupo de ciudadanos de la Nueva Orleans¹⁹, que se acercaron a nosotros con vivas muestras de alegría. No habíamos descubierto la ciudad, que en ese lado queda oculta por una pequeña colina²⁰. Fuimos recibidos como gente bajada del cielo. Aquellos pobres habitantes se afanaban para hacernos mil preguntas sobre el estado de Francia y sobre las distintas provincias donde habían nacido. Nos abrazaban como a sus hermanos y como a queridos compañeros que iban a compartir su miseria y su soledad. Tomamos con ellos el camino de la ciudad pero, a medida que avanzábamos, fuimos descubriendo, muy sorprendidos, que lo que hasta entonces nos habían alabado como una buena ciudad, no era más que un montón de míseras cabañas. Las habitaban quinientas o seiscientas personas. La casa del gobernador nos pareció algo distinguida por su altura y por su situación. Estaba defendida por algunas obras de tierra, rodeadas por un ancho foso.

Lo primero que hicieron fue presentarnos a él. Habló largo rato en secreto con el capitán, y, volviendo luego a nosotros, observó atentamente una tras otra a todas las jóvenes que habían llegado en el barco. Eran treinta en total, porque en El Havre habíamos encontrado otro grupo que se había unido al nuestro. Tras examinarlas largo rato, el gobernador mandó llamar a varios jóvenes de la ciudad que languidecían en espera de esposa²¹. Dio las más bonitas a los principales y el resto fue sorteado. Aún no había dirigido la palabra a Manon, pero, tras ordenar a los demás retirarse, nos hizo quedarnos a ella y a mí. He sabido por el capitán, nos dijo, que estáis casados y que en el camino os han reconocido dos personas de educación y mérito. No entraré en los motivos que han causado vuestra desgracia, pero, si es cierto que tenéis tanto mundo como vuestra figura me promete, no escatimaré medios para hacer más llevadero vuestro destino, y vosotros mismos contribuiréis a hacerme encontrar algún agrado en este lugar salvaje y desierto. Le respondí de la manera que me pareció más idónea para confirmar la idea que tenía de nosotros. Dio algunas órdenes para que nos preparasen un alojamiento en la ciudad, y nos invitó a cenar con él. Me apreció muy cortés, para ser

jefe de unos desdichados proscritos. No nos preguntó nada, en público, sobre el fondo de nuestras aventuras. La conversación fue general y, a pesar de nuestra tristeza, Manon y yo nos esforzamos por contribuir a volverla agradable.

Por la noche ordenó que nos acompañaran al alojamiento que se nos había preparado. Encontramos una miserable cabaña hecha de tablas y adobe, que consistía en dos o tres habitaciones al nivel del suelo, con un desván encima. Había mandado poner cinco o seis sillas y algunos muebles, los más indispensables para la vida cotidiana. Manon pareció asustada a la vista de tan triste hogar. Se afligía por mí mucho más que por ella. Se sentó, cuando estuvimos solos, y rompió a llorar amargamente. Traté primero de consolarla, pero, cuando me hizo comprender que, si se quejaba, era sólo por mí, y que, en nuestras comunes desgracias, únicamente consideraba mis sufrimientos, fingí mostrar suficiente valor e incluso suficiente alegría para infundírselos. ¿De qué podría quejarme?, le dije. Poseo cuanto deseo. Vos me amáis, ¿no es cierto? ¿Qué otra felicidad me he propuesto nunca? Dejemos que el cielo se ocupe de nuestra suerte, que no me parece tan desesperada. El gobernador es un hombre amable; nos ha mostrado consideración, no permitirá que nos falte nada de lo necesario. En cuanto a la miseria de nuestra choza y la tosquedad de nuestro mobiliario, ya habréis visto que aquí hay pocas personas que parezcan mejor instaladas y tengan mejores muebles que nosotros. Además, tú eres una alquimista admirable, añadí abrazándola, transformas todo en oro.

Entonces seréis el hombre más rico del universo, me respondió, pues, si nunca hubo amor como el vuestro, también es imposible ser amado tan tiernamente como lo sois. Me hago justicia, continuó. Me doy cuenta de que nunca he merecido el prodigioso cariño que sentís por mí. Os he causado sufrimientos que no habéis podido perdonarme sin una suma bondad. He sido frívola y voluble, e incluso amándoos locamente, como siempre he hecho, no era más que una ingrata. Pero no podríais creer cuánto he cambiado. Mis lágrimas, que habéis visto correr con tanta frecuencia desde nuestra salida de Francia, ni una sola vez han sido causadas por mis desgracias. Dejé de sentir las tan pronto como vos empezasteis a compartirlas. Si he llorado, ha sido de ternura y de compasión por vos. Nunca podré consolarme de haberos causado tanto sufrimiento en un momento de mi vida. No ceso de reprocharme mis infidelidades y de enternecerme, admirando de qué os ha hecho capaz el amor por una desventurada que no lo merecía, y que no pagaría con toda su sangre, añadió en medio de un torrente de lágrimas, la mitad de las penas que os ha causado.

Su llanto, sus palabras y el tono en que las pronunció me causaron una impresión tan inaudita que creí sentir una especie de división en mi alma. Cuidado, le dije, cuidado, mi querida Manon. No tengo fuerza suficiente para soportar unas muestras tan vivas de tu cariño; no estoy acostumbrado a estos excesos de alegría. ¡Oh, Dios!, exclamé, no os pido nada más. Estoy seguro del corazón de Manon, que es tal como lo he deseado para ser feliz; ya no puedo dejar de serlo ahora. Mi felicidad ya está bien asentada. Lo está, replicó ella, si la hacéis depender de mí, y sé dónde puedo contar también con encontrar siempre la mía. Me acosté con estas deliciosas ideas, que trocaron mi choza en un palacio digno del primer rey del mundo. Tras esto, América me pareció un lugar de delicias. Es a la Nueva Orleans adonde hay que venir, le decía con frecuencia a Manon, cuando se quiere disfrutar de las verdaderas delicias del amor. Aquí es donde se ama sin

interés, sin celos, sin infidelidades. Nuestros compatriotas vienen en busca de oro; no imaginan que nosotros hemos encontrado tesoros mucho más estimables.

Cultivamos cuidadosamente la amistad del gobernador, que pocas semanas después de nuestra llegada tuvo la amabilidad de darme un pequeño empleo que había quedado vacante en el fuerte. Aunque no fuera muy distinguido, lo acepté como un favor del cielo. Me permitía vivir sin ser una carga para nadie. Contraté un criado para mí y una sirvienta para Manon. Nuestra modesta fortuna empezó a prosperar. Yo era ordenado en mi conducta, y Manon no lo era menos. No desaprovechábamos la menor ocasión de hacer favores y el bien a nuestros vecinos. Aquella oficiosa amabilidad y la afabilidad de nuestros modales nos ganaron la confianza y el afecto de toda la colonia. En poco tiempo habíamos ganado tanta consideración que pasábamos por ser las personas más importantes de la ciudad después del gobernador.

La sencillez de nuestras ocupaciones y la tranquilidad en que continuamente vivíamos sirvieron para hacernos recordar sin darnos cuenta ideas de religión. Manon nunca había sido una joven impía. Tampoco yo era de esos libertinos a ultranza que alardean de añadir la irreligiosidad a la depravación de costumbres. Todos nuestros desórdenes habían sido causados por el amor y la juventud. La experiencia empezaba a suplir a la edad, e hizo sobre nosotros el mismo efecto que los años. Nuestras conversaciones, siempre reflexivas, terminaron inspirándonos insensiblemente el gusto por un amor virtuoso. Yo fui el primero que propuso este cambio a Manon. Conocía los principios de su corazón: era una joven recta y sincera en todos sus sentimientos, cualidad que siempre predispone a la virtud. Le hice comprender que a nuestra felicidad le faltaba una cosa. Es, le dije, la bendición del cielo. Nuestras almas son demasiado bellas y nuestros corazones demasiado perfectos para vivir voluntariamente en el olvido del deber. Bien está que hayamos vivido así en Francia, donde nos resultaba tan imposible dejar de amarnos como satisfacer nuestro deseo por una vía legítima; pero en América, donde sólo dependemos de nosotros mismos, donde no tenemos por qué respetar las arbitrarias leyes del rango y las conveniencias, donde hasta nos creen casados, ¿quién impide que lo estemos pronto de hecho y que ennoblezcamos nuestro amor con los juramentos que la religión autoriza? Yo, añadí, no os ofrezco nada nuevo al entregaros mi corazón y mi mano, pero estoy dispuesto a renovar el don al pie de un altar. Me pareció que estas palabras la colmaban de alegría. ¿Querriais creer, me respondió, que he pensado en ello mil veces desde que estamos en América? El temor a disgustaros me ha hecho ocultar este deseo en mi corazón. No tengo la presunción de aspirar a ser vuestra esposa. ¡Ah!, Manon, repliqué, no tardarías en ser la de un rey si el cielo me hubiera hecho nacer con una corona. No lo pensemos más. No tenemos ningún obstáculo que temer. Hoy mismo hablaré de ello con el gobernador y le confesaré que hasta hoy le hemos engañado. Dejemos para los amantes vulgares, añadí, el miedo a las cadenas indisolubles del matrimonio. No las temerían si estuvieran seguros, como nosotros, de llevar siempre las del amor. Tras esta decisión, dejé a Manon colmada de alegría.

Estoy convencido de que no hay en el mundo hombre de bien que no hubiera aprobado mis intenciones en las circunstancias en que me hallaba, es decir, fatalmente sometido a una pasión que no podía vencer y torturado por remordimientos que no debía ahogar. Pero ¿habrá alguien que acuse de injusticia mis quejas si gimo por el rigor del

cielo, que rechazó un plan que yo había ideado sólo para agradarle? ¡Ay!, ¡qué digo rechazar! Lo castigó como un crimen. Me había soportado con paciencia mientras yo caminaba ciegamente por el camino del vicio, y sus castigos más severos me estaban reservados cuando empezaba a volver a la virtud. Temo que me falten fuerzas para acabar el relato del más funesto suceso que ocurrió nunca.

Fui a ver al gobernador, como había acordado con Manon, para rogarle que autorizase la ceremonia de nuestro matrimonio. Mucho me habría guardado de hablarle de ello, ni a él ni a nadie, si hubiera podido esperar que su capellán, el único sacerdote de la ciudad entonces, me prestaría ese favor sin su intervención; pero como no me atrevía a esperar que quisiera comprometerse a guardar silencio había decidido actuar con franqueza. El gobernador tenía un sobrino, llamado Synnelet, al que quería extraordinariamente. Era un hombre de treinta años, valiente, pero impulsivo y violento. No estaba casado. La belleza de Manon le había impresionado desde el día de nuestra llegada; y las innumerables ocasiones que, durante nueve o diez meses, había tenido de verla habían avivado tanto su pasión que se consumía en secreto por ella. Sin embargo, como estaba convencido, lo mismo que su tío y toda la ciudad, de que yo estaba realmente casado, había dominado su amor hasta el punto de no dejar traslucir nada, y su interés por mí le había llevado incluso a favorecerme en varias ocasiones. Cuando llegué al fuerte lo encontré con su tío. No había ninguna razón que, en su presencia, me obligase a mantener en secreto mis intenciones, de suerte que no hallé inconveniente en hablar delante de él. El gobernador me escuchó con su habitual benevolencia. Le conté una parte de mi historia, que oyó complacido, y, cuando le rogué que asistiese a la ceremonia que planeaba, tuvo la generosidad de comprometerse a correr con los gastos de la fiesta. Me retiré muy contento.

Una hora más tarde vi entrar al capellán en mi casa. Pensé que venía a darme algunas instrucciones para la boda; pero, después de haberme saludado fríamente, me declaró, en dos palabras, que el señor gobernador me prohibía pensar en ella, y que tenía otras miras para Manon. ¡Otras miras para Manon!, le dije sobrecogido por una angustia mortal, ¿y qué miras son éstas, señor capellán? Me respondió que, como yo ya sabía, el señor gobernador era el amo; que, como Manon había sido enviada de Francia para la colonia, a él correspondía disponer de ella; que no lo habían hecho hasta entonces por creerla casada, pero que, habiendo sabido por mí mismo que no lo estaba, juzgaba oportuno entregarla al señor Synnelet, que estaba enamorado de ella. Mi vehemencia se impuso a mi prudencia. Ordené en tono destemplado al capellán que saliera de mi casa, jurando que el gobernador, Synnelet y toda la ciudad junta no se atreverían a tocar a mi mujer, o a mi amante, como quisieran llamarla.

Enseguida comuniqué a Manon el funesto mensaje que acababa de recibir. Pensamos que, cuando yo me despedí, Synnelet había convencido a su tío y que todo aquello era secuela de algún plan largamente meditado. Ellos eran los más fuertes. Nosotros nos encontrábamos en la Nueva Orleans como en medio del mar, es decir, separados del resto del mundo por espacios inmensos. ¿Adónde huir? ¿A una tierra desconocida, desierta, o habitada por animales feroces y por salvajes tan bárbaros como ellos? Se me apreciaba en la ciudad, pero no podía alimentar la esperanza de conmover lo bastante al pueblo en mi favor para esperar una ayuda proporcionada al mal. Hubiera hecho falta

dinero; y yo era pobre. Además, el éxito de un revuelo popular era incierto, y, si la fortuna nos daba la espalda, nuestra desgracia sería irremediable. Yo devanaba todas estas ideas en mi cabeza. Algunas se las comunicaba a Manon. Concebía otras nuevas sin escuchar su respuesta. Tomaba una decisión, y la rechazaba al punto para adoptar otra. Hablaba solo, respondía en voz alta a mis pensamientos; en una palabra, mi agitación no podría compararse con nada porque nunca hubo otra igual. Manon tenía clavados los ojos en mí. Por mi alteración juzgaba la magnitud del peligro, y, temblando por mí más que por ella misma, aquella tierna criatura no se atrevía siquiera a abrir la boca para expresar sus temores. Tras infinitas reflexiones, adopté la decisión de ir a ver al gobernador y esforzarme por conmoverle con argumentos de honor y con el recuerdo de mi respeto y de su afecto. Manon quiso oponerse a mi salida. Con lágrimas en los ojos me decía: Vais a la muerte. Os matarán. No volveré a veros. Quiero morir antes que vos. Fueron necesarios muchos esfuerzos para convencerla de que era preciso que yo saliera y que ella se quedara en casa. Le prometí que volveríamos a vernos enseguida. Ella ignoraba, y yo también, que toda la cólera del cielo y la furia de nuestros enemigos debían caer sobre su cabeza.

Me dirigí de nuevo al fuerte. El gobernador estaba con su capellán. Para conmoverle, me rebajé hasta extremos que me habrían hecho morir de vergüenza si lo hubiera hecho por cualquier otra causa. Utilicé con él todos los argumentos que deben causar una impresión segura en un corazón que no sea de tigre feroz y cruel. Aquel bárbaro sólo dio a mis quejas dos respuestas, que repitió cien veces: Manon, me dijo, dependía de él; había dado su palabra a su sobrino. Yo estaba decidido a contenerme hasta el máximo. Me contenté con decirle que le creía demasiado amigo mío para desear mi muerte, a la que yo consentiría antes que a la pérdida de mi amada.

Salí totalmente convencido de que no podía esperar nada de aquel viejo obstinado, que se habría condenado mil veces por su sobrino. Sin embargo, perseveré en mi propósito de conservar hasta el final una apariencia de moderación, decidido, si se llegaba a excesos de injusticia, a ofrecer a América una de las más sangrientas y horribles escenas que nunca haya ocasionado el amor. Volví a casa dándole vueltas a ese proyecto cuando el destino, que quería acelerar mi ruina, hizo que me topara con Synnelet. Leyó en mis ojos una parte de mis pensamientos. Ya he dicho que él era valiente; vino hacia mí. ¿No me buscáis?, me dijo. Sé que mis intenciones os ofenden, y ya he previsto que tendríamos que degollarnos. Veremos quién tiene más suerte. Le respondí que tenía razón, y que sólo mi muerte podía poner fin a nuestras diferencias. Nos alejamos un centenar de pasos de la ciudad. Cruzamos las espadas; yo le herí y lo desarmé casi al mismo tiempo. Le enfureció tanto su mala suerte que se negó a pedirme merced de la vida y a renunciar a Manon. Quizá yo tenía derecho a arrebatarse de un solo golpe ambas cosas, pero una sangre generosa nunca se desmiente. Le devolví su espada. Válganos a empezar, y tened en cuenta que es sin cuartel. Me atacó con una furia indescriptible. Debo confesar que yo no era muy diestro en el manejo de las armas, pues sólo había seguido tres meses de lección en París. El amor guiaba mi espada. Synnelet no dejó de atravesarme el brazo de parte a parte, pero le pillé en un descuido y le asesté una estocada tan vigorosa que cayó inmóvil a mis pies.

Pese a la alegría que da la victoria tras un combate a muerte, pensé inmediatamente en

las consecuencias de aquélla. No podía esperar ni gracia ni aplazamiento de suplicio. Conociendo, como conocía, el afecto del gobernador por su sobrino, estaba seguro de que mi muerte no tardaría en decretarse ni una hora en cuanto se conociera la suya. Por muy apremiante que fuera ese temor, no era la causa mayor de mis inquietudes. Manon, el interés de Manon, su peligro y su necesaria pérdida me turbaban hasta cubrir con un velo de oscuridad mis ojos e impedirme reconocer el lugar en que me hallaba. Lamenté el destino de Synnelet. Una rápida muerte me parecía el único remedio a mis desdichas. Sin embargo, fue ese mismo pensamiento lo que me hizo recuperar vivamente el ánimo y me capacitó para tomar una resolución. ¡Cómo!, exclamé. ¿Quiero morir para remediar mis desdichas? ¿Hay alguna más temible para mí que la pérdida de lo que amo? ¡Ah!, suframos hasta las más crueles desdichas para socorrer a mi amada, y dejemos la muerte para cuando las haya sufrido inútilmente. Tomé de nuevo el camino de la ciudad. Entré en mi casa. Encontré a Manon medio muerta de terror e inquietud. Mi presencia la reanimó. No podía ocultarle el terrible accidente que acababa de ocurrirme. Al oír el relato de la muerte de Synnelet y de mi herida, cayó desmayada entre mis brazos. Tardé más de un cuarto de hora en hacerle recobrar el sentido.

También yo estaba medio muerto. No vislumbraba el menor atisbo de seguridad para ella ni para mí. Manon, ¿qué podemos hacer?, le dije cuando hubo recuperado algunas fuerzas. ¡Ay!, ¿qué vamos a hacer? No me queda otro remedio que marcharme. ¿Queréis quedaros en la ciudad? Sí, quedaos. Vos aún podéis ser feliz aquí; yo me voy, lejos de vos, a buscar la muerte entre los salvajes o entre las garras de las fieras. Manon se incorporó a pesar de su debilidad; me cogió de la mano para llevarme hacia la puerta. Huyamos juntos, me dijo, no perdamos un instante. Quizá el cuerpo de Synnelet haya sido encontrado por azar, y entonces no tendríamos tiempo para alejarnos. Pero, querida Manon, repliqué yo fuera de mí, decidme adónde podemos ir. ¿Veis algún recurso? ¿No es mejor que tratéis vos de vivir aquí sin mí y que yo entregue voluntariamente mi cabeza al gobernador? Esta propuesta no hizo sino avivar su deseo de partir. Hubo que secundarla. Aún tuve suficiente presencia de ánimo, al salir, para recoger algunos licores fuertes que tenía en mi habitación y todas las provisiones que pude meter en mis bolsillos. Dijimos a nuestros criados, que estaban en la habitación contigua, que saliéramos a dar el paseo de la tarde, teníamos esa costumbre todos los días, y nos alejamos de la ciudad con más rapidez de la que parecía permitirlo la debilidad de Manon.

Pese a no haber resuelto aún nada sobre el lugar de nuestro refugio, no dejaba de tener dos esperanzas, sin las cuales habría preferido la muerte a la incertidumbre de lo que podía ocurrirle a Manon. Después de llevar diez meses en América, había adquirido suficiente conocimiento de aquella tierra para no ignorar los medios con que se amansaba a los salvajes. Uno podía ponerse en sus manos sin correr a una muerte segura. Hasta había aprendido algunas palabras de su lengua y algunas de sus costumbres en las distintas ocasiones que había tenido de verlos. Además de este triste recurso, disponía de otro por el lado de los ingleses que, como nosotros, tienen asentamientos en esa parte del Nuevo Mundo. Pero me asustaba la distancia²². Hasta sus colonias, teníamos que atravesar campos estériles que exigían varias jornadas de viaje, y algunas montañas tan altas y tan escarpadas que el camino parecía difícil para hombres más duros y más vigorosos. Estaba convencido, sin embargo, de que podríamos sacar partido de esos dos

recursos: de los salvajes para servirnos de guía, y de los ingleses para recogernos en sus casas.

Caminamos tanto tiempo como el valor de Manon pudo sostenerla, es decir, unas dos leguas, pues aquella incomparable amante se negó siempre a detenerse antes²³. Extenuada al fin de cansancio, me confesó que le resultaba imposible seguir avanzando. Ya era de noche. Nos sentamos en medio de una vasta llanura, sin haber podido encontrar ni un árbol para ponernos al resguardo²⁴. Su primer cuidado fue cambiarme la venda de mi herida, que ella misma había curado antes de partir. Fue inútil que yo me opusiera. Habría acabado de agobiarla mortalmente si le hubiera negado la satisfacción de creermelo a gusto y fuera de peligro, antes de pensar en su propia conservación. Durante unos momentos me sometí a su deseo. Recibí sus cuidados en silencio y con vergüenza. Pero en cuanto hubo dado satisfacción a su cariño, ¡con qué ardor no le prodigué yo el mío! Me despojé de todas mis ropas para extenderlas bajo ella a fin de que así encontrase menos dura la tierra. A su pesar, la obligué a que me permitiera emplear en su favor todo cuanto pude imaginar de menos incómodo. Calenté sus manos con besos ardientes y con el calor de mis suspiros. Pasé toda la noche velando a su lado y rogando al cielo que le concediese un dulce y apacible sueño. ¡Dios mío!, ¡qué vivos y sinceros eran mis deseos! ¡Y con qué riguroso juicio habíais resuelto vos no escucharlos!

Perdonadme si acabo en pocas palabras un relato que me causa la muerte. Os cuento una desgracia de la que nunca hubo ejemplo. Toda mi vida está destinada a llorarla. Pero, aunque la lleve constantemente en mi memoria, mi alma parece retroceder horrorizada cada vez que intento contarla.

Habíamos pasado tranquilamente una parte de la noche. Creía a mi querida amante dormida y no me atrevía a lanzar el menor hálito por temor a turbar su sueño. Al amanecer, cuando toqué sus manos, me di cuenta de que las tenía frías y trémulas. Las acerqué a mi pecho para calentarlas. Cuando sintió este movimiento, hizo un esfuerzo para coger las mías y me dijo, con voz débil, que creía llegada su última hora. Al principio tomé sus palabras como una expresión habitual del infortunio, y sólo respondí con los tiernos consuelos del amor. Pero sus frecuentes suspiros, su silencio a mis preguntas, su manera de apretarme las manos que seguían entre las suyas, me hicieron saber que se acercaba el final de sus desdichas. No me exigíais que os describa mis sentimientos, ni que os refiera sus últimas palabras. La perdí; recibí de ella pruebas de amor en el momento mismo en que expiraba. Es cuanto mis fuerzas me permiten contaros de ese fatal y deplorable suceso.

No siguió mi alma a la suya. El cielo no me juzgó, sin duda, castigado con el suficiente rigor. Quiso que, desde entonces, haya arrastrado una vida lánguida y miserable. Renuncio voluntariamente a llevarla nunca más feliz.

Permanecí más de veinticuatro horas con mis labios pegados al rostro y a las manos de mi querida Manon. Mi propósito era dejarme morir allí mismo; pero al principio del segundo día pensé que su cuerpo, tras mi muerte, se vería expuesto a convertirse en pasto de las fieras. Resolví enterrarla y esperar la muerte sobre su fosa. Estaba ya tan cerca de mi fin por la debilidad que el ayuno y el dolor me habían causado que hube de esforzarme mucho para mantenerme de pie. Me vi obligado a recurrir a los licores que había traído. Me devolvieron la fuerza indispensable para la triste tarea que iba a

ejecutar. En el lugar en que me encontraba no me fue difícil abrir la tierra. Era un campo cubierto de arena. Rompí mi espada para cavar con ella, pero me sirvió de menos ayuda que mis manos. Abrí una ancha fosa, en la que metí al ídolo de mi corazón después de haberla envuelto cuidadosamente con todas mis ropas para impedir que la arena la tocara. No la puse allí sino después de haberla besado mil veces con toda la pasión del más perfecto amor. Volví a sentarme a su lado. La contemplé largo rato. No podía decidirme a cerrar la fosa. Por último, como mis fuerzas empezaban de nuevo a flaquear y temía que se me agotaran antes de concluida mi tarea, sepulté para siempre en el seno de la tierra lo más perfecto y más adorable que en ella había alentado. Luego me tumbé sobre la fosa, con el rostro vuelto hacia la arena, y, cerrando los ojos con la intención de no abrirlos nunca más, invoqué la ayuda del cielo y aguardé con impaciencia la muerte. Os parecerá difícil de creer, pero durante todo el ejercicio de este lúgubre ministerio, no salió una lágrima de mis ojos ni un suspiro de mi boca. La profunda consternación en que me hallaba y el decidido propósito de morir habían cortado el paso a todas las expresiones de la desesperación y del dolor. Por eso no permanecí mucho rato en la postura en que estaba sobre la fosa sin perder el poco conocimiento y el poco sentido que me quedaba.

Tras lo que acabáis de oír, la conclusión de mi historia tiene tan poca importancia que no merece el esfuerzo que tenéis a bien tomaros en escucharla. Una vez transportado el cuerpo de Synnelet a la ciudad, se examinaron cuidadosamente sus lesiones, y resultó que no sólo no estaba muerto sino que ni siquiera había recibido ninguna herida peligrosa. Puso a su tío al corriente de lo que había ocurrido entre nosotros, y su generosidad le llevó a hacer públicas las consecuencias de la mía. Me buscaron, y mi ausencia y la de Manon les hicieron suponer que nos habíamos decidido por la huida. Era demasiado tarde para enviar a nadie tras mis huellas; pero el día siguiente y el otro fueron empleados en perseguirme. Me encontraron, sin apariencia de vida, sobre la tumba de Manon, y los que me descubrieron en ese estado, al verme casi desnudo y sangrando por mi herida, no dudaron de que había sido robado y asesinado. Me trasladaron a la ciudad. Los meneos del traslado despertaron mis sentidos. Los suspiros que lancé, abriendo los ojos y gimiendo por encontrarme entre los vivos, hicieron saber que aún me hallaba en condiciones de recibir ayuda. Me la prestaron con éxito. No dejaron de encerrarme en una estrecha mazmorra. Se instruyó mi proceso y, como Manon no aparecía, me acusaron de haberme deshecho de ella en un arrebato de rabia y celos. Conté sencillamente mi lastimosa aventura. Synnelet, a pesar de los extremos de dolor en que le sumió el relato, tuvo la generosidad de solicitar mi perdón. Lo obtuvo. Me hallaba tan débil que tuvieron que transportarme de la prisión a mi cama, donde una violenta enfermedad me retuvo durante tres meses. Mi odio por la vida no disminuía. Invocaba continuamente a la muerte y durante mucho tiempo me empeñé en rechazar todos los remedios. Pero el cielo, tras haberme castigado con tanto rigor, quiso que me fueran útiles mis desgracias y sus castigos. Me iluminó con sus luces, que me hicieron recordar ideas dignas de mi cuna y mi educación. En mi alma empezó a renacer un poco la tranquilidad, y a este cambio siguió de cerca mi curación. Me consagré por entero a las inspiraciones del honor y seguí desempeñando mi modesto empleo mientras aguardaba los barcos de Francia que, una vez al año, pasan por esa parte de América. Estaba decidido a regresar a mi patria para reparar en ella, mediante una vida de cordura y

orden, el escándalo de mi conducta. Synnelet se había cuidado de que el cuerpo de mi querida amada fuera trasladado a un lugar honorable.

Más o menos seis semanas después de mi restablecimiento, un día que paseaba solo por la orilla vi llegar un barco al que asuntos comerciales llevaban a la Nueva Orleans. Estuve atento al desembarco del pasaje. Qué sorpresa tan extraordinaria cuando reconocí a Tiberge entre los que se dirigían a la ciudad. Este fiel amigo me reconoció de lejos, a pesar de los cambios que la tristeza había provocado en mi figura. Me hizo saber que el único motivo de su viaje había sido el deseo de verme y convencerme para que volviera a Francia; que, tras recibir la carta que yo le había escrito desde El Havre, había ido allí en persona para llevarme la ayuda que le pedía; que había sentido el más vivo dolor al enterarse de mi partida y que me habría seguido al punto de haber encontrado un barco listo para hacerse a la vela; que durante varios meses había buscado en diversos puertos y que, habiendo encontrado por fin uno, en Saint-Malo, que levaba anclas para la Martinica, había embarcado con la esperanza de encontrar desde allí paso fácil a la Nueva Orleans; que habiendo sido abordado el barco de Saint-Malo por corsarios españoles y llevado a una de sus islas, había conseguido evadirse con astucia; y que, tras diversas peripecias, había encontrado la oportunidad del pequeño barco que acababa de arribar para llegar felizmente a mi lado.

Era poca la gratitud que yo podía expresar para un amigo tan generoso y tan constante. Lo llevé a mi casa. Le hice dueño de cuanto poseía. Le puse al corriente de cuanto me había ocurrido desde mi salida de Francia y, para darle una alegría que no esperaba, le confesé que las semillas de virtud que él había sembrado tiempo atrás en mi corazón empezaban a producir frutos que sin duda habrían de satisfacerle. Me replicó que tan dulce certeza le compensaba de todas las fatigas de su viaje.

Pasamos juntos dos meses en la Nueva Orleans esperando la llegada de los barcos de Francia, y, tras hacernos por fin a la mar, hace quince días tocamos tierra en el Havre-de-Grâce. Nada más llegar escribí a mi familia. Supe, por la respuesta de mi hermano mayor, la triste nueva de la muerte de mi padre, a la que temo, con sobrada razón, haber contribuido con mis extravíos. Como el viento para Calais era favorable, me embarqué inmediatamente con el propósito de dirigirme a unas leguas de esa ciudad, a casa de un gentilhombre pariente mío, donde mi hermano, según me ha escrito, está esperando mi llegada.

¹ El autor de estas *Memorias* (1728-1731), calificadas de auténticas, es el ficticio marqués de Renoncour, muerto en 1730, y presentado aquí como el hombre de calidad; a él adjudica el verdadero autor de la novela, el abate Prévost, sus propias reflexiones literarias.

² «Ha de decirse enseguida lo que debe ser dicho enseguida, y reservarse y dejar de lado muchas cosas para el momento preciso» (Horacio, *Arte poética*, vv. 43-44).

³ Horacio en las *Sátiras* (II, VI), y Boileau, que sigue al poeta latino, en su *Epístola* VI, «Al señor de Lamoignon».

⁴ En la fecha en que se supone que escribe la novela, hacia 1728-1730, el hombre de calidad tiene unos setenta años.

⁵ De la edición de 1753, presumiblemente de mano de Prévost.

⁶ En particular, el episodio del príncipe italiano (págs. 112-117) y los añadidos al personaje de Manon, que permiten apreciar una evolución sentimental de la joven hacia Des Grieux.

⁷ Encabeza el texto una viñeta con la leyenda: *Quanta laboras in charybdi / Digne puer meliore flamma*», versos pertenecientes a las *Odas* de Horacio (I, 27, 19): «Qué tormentos no soportas tú en Caribdis, joven digno de consumirte en mejor llama». «Horacio da y adscribe el nombre de Caribdis a las cortesanas ávidas que, abusando el amor que se les tiene y profesa, agotan las fuerzas, y depuran las bolsas de sus amantes» (*El Gran Diccionario Histórico, o Miscellanea curiosa de la Historia Sagrada y Profana*, de Louis Moréri, traducido por Joseph de Miravel y Casadevante, 1753). Y por «mejor llama» hay que entender, según indica el dedo de Tiberge, apuntando a una cima que es un calvario, el amor sagrado y no el profano.

⁸ Retirado del mundo tras la muerte de su esposa Sélina, el marqués de Renoncour se refugia en un convento, del que apenas sale, salvo para pleitear en favor de su hija recién casada; en julio de 1715, a la edad de cincuenta y tres años, acepta convertirse en

preceptor de un joven caballero español y parte hacia España, poco antes de la muerte de Luis XIV (1 de septiembre de 1715), en compañía de su alumno Rosemont. Este dato permitiría situar la historia en los últimos años del reinado de Luis XIV, aunque Prévost también la ubique en 1719 o principios de 1720.

[9](#) Pacy-sur-Eure, entre Mantes y Louviers, a dieciséis kilómetros al este de Évreux. Prévost conocía bien la zona por haber pasado tiempo en ella durante su época de monje benedictino.

[10](#) La galera, carreta grande de cuatro ruedas, de uso en España, cubierta por un toldo de lienzo fuerte, se utilizaba para el transporte de personas.

[11](#) Los arqueros encargados del arresto y traslado de los deportados a colonias llevaban, además de mosquete, uniforme con una bandolera adornada con flores de lis, por lo que eran conocidos como *bandoleros*.

[12](#) Véase la nota 65, en la pág. 83.

[13](#) Moneda de oro con la efigie de Luis XIII, Luis XIV o Luis XV, de valor variable durante esos reinados, equivalente en 1719 a treinta y cuatro libras tornesas, que era la moneda de cuenta. En esa fecha, el valor de compra de una libra equivale, aproximadamente, a cinco euros de 2013.

[14](#) El marqués de Renoncour vuelve al convento, término sinónimo de soledad a lo largo de la novela.

[15](#) El marqués de Rosemont, el hombre de calidad, regresa de Inglaterra, en junio-julio de 1716, según se desprende de los libros ^{XI} y ^{XII} de sus *Mémoires*.

[16](#) Regido por los jesuitas desde 1608, el colegio de Amiens tuvo, durante el siglo ^{XVII}, entre 1.500 y 1.900 alumnos.

[17](#) Aunque son varias las localidades de la región de Amiens propuestas, como Poix, Picquigny y Péronne, en la época se consideraba esta última como la población aludida. El anonimato en que se mantiene la ciudad presta realismo al relato, pues así encubre el

apellido de la noble familia del protagonista.

[18](#) Durante los frecuentes «ejercicios» o exámenes con que concluían su ciclo de estudios, los alumnos de filosofía y teología debían sostener tesis de la especialidad mediante debates y discusiones contradictorias que se celebraban en público.

[19](#) Los hijos menores de las familias nobles, dado que no heredaban el apellido o el título familiar, tenían que hacer carrera en la Orden de Malta, en la que ingresaban a los siete años; a los doce llevaban el título y la cruz de esa orden; hacían votos de obediencia, pobreza y castidad, aunque más en teoría que en la práctica; una vez concluidos sus estudios, podían, sin embargo, abandonarla.

[20](#) Lugar donde los jóvenes nobles aprendían las cualidades necesarias de un gentilhombre: equitación, esgrima, danza, etc. Había varias en París.

[21](#) El autor está pensando probablemente en los ejemplos clásicos de Pílates y Orestes, Damón y Pitias, Aquiles y Patroclo.

[22](#) Carruaje pesado, sin suspensión y cubierto, que hacía el servicio entre las grandes ciudades; daban cabida a una decena de pasajeros; delante y detrás tenían grandes cestos de mimbre donde se colocaba el equipaje.

[23](#) Como a lo largo de la novela sabrá el lector, Des Grieux tiene en este momento diecisiete años, y Manon quince o dieciséis.

[24](#) En su *Manual de Léxico*, Prévost habla de este término del zodíaco, al que «los astrólogos atribuyen mucha importancia sobre todos los acontecimientos de la vida».

[25](#) Vehículo ligero para dos personas, tirado por uno o dos caballos que se cambiaban de posta en posta; el viaje de Amiens a París, de ciento veinte kilómetros, se hacía en menos de dos jornadas; ocupada sólo por Manon, la que los jóvenes utilizan recorre esa distancia en unas dieciséis horas.

[26](#) El escudo de plata valía tres libras de la época (véase nota 13, pág. 28).

[27](#) Parece tratarse de la calle Vivienne, cerca de la actual calle de la Bourse, barrio de moda en 1712-1713, destinado a la especulación financiera; sobre todo cuando el financiero Melchior de Blair (¿M... de B...?) construyó en él su palacio; poco más tarde, el banquero escocés John Law (1671-1729), ministro de Finanzas tras la muerte de Luis XIV (1715), compraba seis casas para instalar su Banque Générale, que en 1718 se convertiría en Banco Real, garantizado por el rey.

[28](#) En 1720, el gobierno cedió a una sociedad de cuarenta financieros el monopolio de la recaudación de los impuestos sobre el consumo. Mediante una tasa fija que pagaban al rey, los *fermiers généraux*, se encargaban de esa tarea secundados por los instrumentos legales y la autoridad policial; alcanzaron grandes fortunas hasta el punto de convertirse en el poder dinerario más fuerte de Francia; también se ganaron el odio de las clases populares y de las aristocráticas.

[29](#) El matrimonio de menores sin el consentimiento paterno no implicaba su nulidad, pero sí la pérdida de la herencia de los cónyuges.

[30](#) La pistola de la época equivale a diez libras.

[31](#) Vehículo de lujo dotado de suspensión mediante muelles o resortes.

[32](#) Este vehículo exigía el doble de tiempo que la silla de posta para hacer el mismo recorrido.

[33](#) El padre del protagonista, que pertenece a la nobleza, sabe a qué atenerse (a diferencia de Manon, su criada, etc.) sobre la partícula «de» que los recaudadores de impuestos se arrogaban en su intento de traspasar los límites de su origen y condición burgueses.

[34](#) «Los dioses no han concedido al mismo hombre todos sus dones. Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria» (Tito Livio, *xxii*, 51), frase de Maharbal, lugarteniente y consejero del célebre general cartaginés; los escolares de la época la sabían de memoria.

[35](#) El filtro amoroso es un recurso de seducción conocido desde la Antigüedad.

[36](#) Dido, la fundadora legendaria de Cartago, se convirtió en personaje mítico gracias a la *Eneida* de Virgilio; según el poeta latino, cuando Eneas huyó de la caída de Troya, fue amorosamente acogido en Cartago por la reina; cuando la orden de los dioses conminó a Eneas a seguir su destino, Dido se suicidó tras la marcha del griego. La literatura, sobre todo, y la pintura, habían difundido su mito en la cultura occidental.

[37](#) La Comédie-Française, fundada en 1680 por un decreto de Luis XIV siete años después de la muerte de Molière, fusionó a los actores de las dos compañías de teatro existentes entonces en París. A principios del siglo XVIII formaba, junto con L'Opéra y Les Italiens, las tres salas dedicadas a espectáculos de la ciudad; en ellas, como demuestra la novela, se desarrollaba, sobre todo, una activa vida de sociedad.

[38](#) El año escolar comenzaba entonces a mediados del mes de octubre, en este caso de 1713.

[39](#) Instalado en la calle du Vieux-Colombier y dirigido por jesuitas, Saint-Sulpice gozaba como seminario de gran prestigio debido a la celebridad de sus maestros, que formaban a los cuadros superiores de la Iglesia.

[40](#) Tras acabar sus estudios de humanidades en el colegio, Tiberge, dado que va a dedicarse al sacerdocio, ha de seguir dos años de teología en el seminario, a los que seguirán otros dos en el seminario de Saint-Sulpice.

[41](#) Pensión real que se pagaba a cuenta de rentas vinculadas a un bien eclesiástico, al cuidado de una abadía, de una iglesia, etc.

[42](#) No se trata de una sotana, sino de un traje de seglar marcado por un *petit collet*, especie de alzacuello modesto en las gentes de iglesia, mientras que «las gentes de mundo los llevaban», según el diccionario de Furetière, «grandes, adornados con puntillas y encajes». Los abates podían tomar las órdenes menores, que los volvían aptos para recibir un beneficio eclesiástico, aunque no por eso estaban obligados a seguir la carrera del sacerdocio.

[43](#) Exámenes de teología que debían pasar los candidatos a bachilleres al finalizar el curso. Des Grieux lo hace aquí, según la cronología interna de la novela, antes del inicio

del nuevo curso, en septiembre u octubre de 1714.

[44](#) Des Grieux utiliza para describir su amor por Manon términos místicos y teológicos como *adorable* o *delectación*, voz de doble dirección: la delectación de la gracia se opone a la delectación de la naturaleza, o placer de los sentidos, considerado como pecado; y *libertad* ha de entenderse aquí en relación con las disputas que sobre la gracia mantenían los teólogos.

[45](#) Debate en el que cualquiera, y sobre todo los condiscípulos del aspirante, podían intercambiar argumentos a favor o en contra de la defensa que el bachiller hacía de su argumentación durante los exámenes públicos.

[46](#) En estas tiendas podía comprarse, además de prendas usadas, ropa nueva.

[47](#) La cantidad que Manon roba al señor B... es considerable: 6.000 libras anuales es una renta excelente, que no basta sin embargo para la vida de placeres que los protagonistas se trazan: la mitad del presupuesto se va en el gasto de una carroza de alquiler (unas 3.000 libras); el coste de la ópera alcanzaba 600 libras, a las que hay que añadir los gastos del juego.

[48](#) Chaillot no formaba en la época parte de París, sino de sus alrededores; la frecuentaban en verano los habitantes de la capital, hasta el mes de noviembre, momento en el que comenzaba la temporada de ópera y de teatro.

[49](#) Una de las seis puertas del jardín de las Tullerías, por la que se salía al muelle de ese nombre, cerca del Pont-Royal.

[50](#) Tras la función de ópera o teatro, las casas nobles o burguesas se abrían a «asambleas», reuniones en las que los *habitués* se entretenían con el juego, el baile y otros pasatiempos.

[51](#) En 1715, a la muerte de Luis XIV, en París había cuatro compañías de guardias de corps, con 360 hombres cada una, en las que sólo los jefes pertenecían a la nobleza. El Regente disminuyó ese número. Su fama de libertinos, jugadores y buscadores de pelea los precedía.

[52](#) Tanto Confederados como Liga son eufemismos para designar asociaciones o redes de fulleros profesionales perfectamente organizadas durante la Regencia; la moda del juego había invadido París y Versalles desde 1680.

[53](#) El regente Felipe de Orléans tenía su residencia en los jardines del Palais Royal, cuidados con esmero; abiertos desde hacía poco al público, se habían convertido en paseo de moda.

[54](#) Las pistolas que Tiberge compromete suponen un tercio de las rentas (100 escudos = 3.000 libras) del primer año de su beneficiado.

[55](#) Vuelve a ser un eufemismo para designar los medios ilícitos de hacer trampas en el juego; esta Liga, la Orden de los caballeros de la Industria, organizada por una parte de la nobleza, por condecorados con la Orden de San Luis y antiguos militares, no deja de hacer una parodia de la Orden de Malta, con sus caballeros y sus novicios.

[56](#) Juego de naipes parecido al bacarrá, muy de moda en la segunda mitad del siglo XVIII, así llamado porque en las antiguas barajas se representaba la figura de un faraón. Se jugaba con 52 naipes. El juego lo dirige un banquero que lleva la banca y gana lo que los jugadores pierden. En 1719, éste y otros juegos de dados y cartas fueron prohibidos; la policía, sin embargo, prefería llegar a acuerdos con los organizadores antes que cumplir la ley.

[57](#) François II Rakoczi (1676-1735), príncipe de Hungría y de Transilvania (1704-1711), aliado de Luis XIV en la guerra de Sucesión de España, tuvo que exiliarse tras el Tratado de Utrecht a Prusia, Francia y Turquía; en París se instaló en 1713 en el Hôtel de Transylvanie (Palacio de Transilvania), en el n.º 9 del *quai* Malaquais (el palacio aún existe, en la esquina con la calle Bonaparte), donde sus oficiales, para sobrevivir, organizaron un garito; al año siguiente se trasladaba a Clagny, para estar más cerca de Versalles, pero terminó retirándose a la abadía camaldulense de Grosbois.

[58](#) Los crupieres no debían llevar manguitos largos ni tomar tabaco porque «un hombre que maneja el oro a puñados enseguida escamotea diez luises por medio de grandes manguitos», y porque fingiendo tomar tabaco «esconde ese oro en su tabaquera».

[59](#) Responsables, el primero (*lieutenant général de police*, que traduzco por jefe de policía), de la seguridad y el orden de la ciudad, y el segundo, del tribunal del Châtelet.

[60](#) Pequeños altares adornados de flores.

[61](#) El hospital de Saint-Lazare, fundado en el siglo ^{xii} en la calle del Faubourg Saint-Denis, estaba regentado tres centurias más tarde (1632) por la congregación de sacerdotes de la Misión, o lazaristas; empezó siendo un lazareto para convertirse luego en reformatorio de jóvenes nobles, ingresados allí por sus propias familias. En distintos periodos fue al mismo tiempo convento, hospital, seminario, lugar de retiro, correccional para prostitutas e hijos calaveras de buenas familias; su fama de dureza y crueldad lo había hecho tan temible que en ocasiones bastaba la amenaza para mejorar la conducta de los adolescentes depravados; también sirvió de prisión, en la que estuvo, por ejemplo, por orden directa de Luis XVI, Beaumarchais (marzo de 1785), acusado de «insolente por demás», según el rey, que se vengaba personalmente del poder burlado.

[62](#) La Salpêtrière, de la que se hablará más adelante (véase nota 65, pág. 83).

[63](#) Los padres lazaristas encargados de la institución recibían a los jóvenes con una buena azotaina con vergas el día de su ingreso, hecho oprobioso para el preso; la azotaina estaba prescrita dos veces al día con independencia del buen o mal comportamiento de los jóvenes reclusos, y la complementaban, en función de la conducta que mantuvieran, con encierros en calabozos, alimentación a base de pan y agua, etc.

[64](#) Desde la fuga de Saint-Sulpice, los amantes sólo han vivido en Chaillot y París unos meses.

[65](#) El Hôpital no dejaba de ser la sección disciplinaria de la Salpêtrière, en la que se recluía a mujeres acusadas de «prostitución pública y escandalosa». Equivalente para mujeres a la temible Bicêtre de hombres, contaba con tres zonas: la Gran Fuerza, para condenadas a cadena perpetua; el Común, donde iban a parar las prostitutas o las mujeres que, tras denuncia de los maridos, eran condenadas por libertinaje; y la Corrección, para condenadas a una pena con límite temporal, de régimen menos duro. A esta sección va a parar Manon, encerrada por la policía mediante una *lettre de cachet*, que solía ser solicitada por las familias, aunque en este caso no una a la joven ningún lazo de parentesco con G... M...

Construida por Luis XIV sobre tierras de las que se extraía salitre (de ahí su nombre), la Salpêtrière atendió en principio a soldados heridos en las campañas francesas, sirviendo luego de retiro «para mujeres inválidas»: huérfanas, paralíticas, ciegas, ladronas, suicidas, judías, gitanas, convulsionarias, dementes seniles, etc.; su número alcanzará la cifra de 8.000 enfermas en tiempos de Luis XIV; dos siglos más tarde, cuando Charcot acude para tratar a las epilépticas mediante hipnosis, todavía son 5.000.

[66](#) Los discípulos de Jansenio seguían una moral austera, de base agustiniana muy opuesta a la de los jesuitas.

[67](#) Por lo tanto, el grupo ha regresado, pasando por la puerta de SaintDenis, a la capital.

[68](#) El consejo de la Salpêtrière estaba formado por veintiséis administradores, aunque de hecho sólo siete de ellos ejercían las competencias del cargo: el arzobispo de París, el primer presidente del Parlamento, del Tribunal de Impuestos, de Tribunal de Cuentas, el procurador general del Parlamento, el jefe de policía y el preboste de los comerciantes.

[69](#) En la época, la puerta principal daba al Sena; en la actualidad está situada frente a la iglesia.

[70](#) Creada por María de Médicis en 1618, esta alameda iba desde las Tullerías hasta la actual plaza de la Reine-Astrid. Cerrada en sus dos extremos por verjas y rodeada de fosos, era la vía natural hacia Chaillot. En la actualidad comienza en la plaza de la Concordia y termina en la plaza del Canadá.

[71](#) Véase más arriba, nota 20, pág. 31.

[72](#) En los despachos de escritura ponían a disposición del público todo lo necesario para escribir, además de escribanos para los analfabetos; escribanos que desempeñan un papel importante en la narrativa del siglo, dado que a ellos acuden los enamorados para redactar sus cartas.

[1](#) A los veinte años, Des Grieux entra legalmente en posesión de parte de su herencia; mayoría de edad que no afecta, en cambio, a la posibilidad de casarse sin el

consentimiento paterno, para el que debe haber cumplido los veinticinco años.

[2](#) Aquí empieza el pasaje añadido en la edición de 1753 conocido como el episodio del príncipe italiano, que concluye en la pág. 117 hasta «la ebriedad del amor triunfante me hizo aprobarlo todo».

[3](#) El bosque de Bolonia, en la actualidad de 846 hectáreas, se extendía en el siglo XVIII casi hasta las puertas de Chaillot y llegaba a rodear Auteuil y Boulogne. En 1727 se convirtió en paseo de moda, tras retirarse a la abadía de Longchamp una cantante de ópera famosa, Mlle. Le Maure. Algunas de sus partes, en las que se dedicaba a cazar Luis XVI, estaban cerradas al público.

[4](#) Aquí concluye el episodio del príncipe italiano, añadido en la edición de 1753.

[5](#) Variación paródica de *Iphigénie*, de Racine, acto II, escena 5, en la que disputan Iphigénie y Eriphile: «¡Yo! ¿Sospecháis de mí semejante perfidia? / ¡Yo! ¿Podría yo sufrir un rostro odioso / que sigue recordando el Hôpital a mis ojos?» // «Mucho me costaría pensar que el Hôpital, señora, / fuera un rasgo con que el Amor lo hubiera grabado en vuestra alma». El texto exacto dice: «Erífile: ¿Yo? ¿Sospecháis de mí semejante perfidia? / ¿Amaría yo, señora, a un vencedor furioso, / que a mis ojos siempre se presenta todo ensangrentado [...]. Ifigenia: [...] Estos muertos, esa Lesbos, estas cenizas, esa llama, / son los rasgos con que el amor se ha grabado en su alma».

[6](#) En la actualidad, Saint-André-des-Arts, que daba a la Comédie-Française, situada en lo que hoy lleva el nombre de calle de l'Ancienne-Comédie. Las funciones de teatro empezaban en la época a las cinco y terminaban a las nueve.

[7](#) El juego de los cientos (*piquet*), muy de moda en los siglos XVII y XVIII, solía jugarse, entre dos personas, con 32 naipes; quien llegaba a los 100 puntos, ganaba. La primera mención al *piquet* la hace Rabelais en *Gargantúa y Pantagruel*.

[8](#) La pistola sólo está cargada con pólvora y borra, no con bala, pese a lo cual G... M..., por miedo, no opone la menor resistencia.

[9](#) Des Grieux marca su diferencia nobiliaria: él tiene el privilegio de ser decapitado, mientras que G... M..., plebeyo, era ajusticiado mediante el patíbulo o la rueda. Este

último suplicio consistía en tender al condenado sobre una cruz de San Andrés, romperle los miembros y el pecho con una barra de hierro y exponerlo sobre una rueda de carroza situada en el extremo superior de un poste.

[10](#) En el Grand Châtelet se encerraba a los detenidos de derecho común; en el Petit Châtelet, con el que Des Grieux es amenazado, la policía custodiaba a detenidos de delitos simples, deudas, etc., a los que no se permitía defensa alguna; la fama de esta institución penitenciaria era pésima en la época.

[11](#) El jefe de policía de París, encargado del orden de la ciudad, medía con distinta vara los delitos, juzgando con indulgencia a las gentes de calidad y a los hijos de buenas familias; a Des Grieux, como a otros sospechosos de la nobleza, lo salva, en primer lugar, de la jurisdicción del Tribunal de lo criminal. Es lo que hacía, según el duque de Saint-Simon, Marc-René de Voyer d'Argenson (1652-1721), que ocupó el cargo de 1697 a 1718.

[12](#) En la plaza de Grève, hoy plaza del Hôtel-de-Ville, tenían lugar las ejecuciones públicas, que en ese siglo y el siguiente eran pretexto para la diversión popular; Casanova, por ejemplo, alquilará el 28 de marzo de 1757 una ventana frente por frente del cadalso levantado en la plaza para ver cómo el regicida Damiens es salvajemente muerto y descuartizado; el autor de *Historia de mi vida* lo alquila no para él, que lo califica de «horrible espectáculo», sino a petición de tres damas que ocuparon el antepecho de la ventana; en el siglo siguiente, es un lugar odioso para Victor Hugo, que lo convierte en espacio principal de *El último día de un condenado a muerte*.

[13](#) Se ha supuesto que las iniciales ocultaban nombres fácilmente identificables para los lectores de la época: el príncipe sería el de Transilvania; el duque, el de Gesvres, gobernador de París, en cuyo palacio mantenía un garito con el que conseguía 130.000 libras de renta. El príncipe de Carignan también abría su palacio a los jugadores, e incluso el duque Felipe de Orléans, antes de ser Regente.

[14](#) Aunque durante el reinado de Luis XIV ya habían empezado las deportaciones a la Luisiana francesa, su apogeo se produce en torno a 1720; en esa fecha, el escocés John Law (1671-1729), a quien el Regente había nombrado inspector general de finanzas, funda la Compañía del Mississippi, que exportó de forma masiva prostitutas para los pobladores de las colonias. Tales deportaciones no dejaron de provocar protestas e incluso revueltas de la opinión pública.

[15](#) Para su embarque, los deportados iban en carretas, por caminos extenuantes, hasta La Rochelle, puerto tradicional de embarque hacia América; pero durante la Regencia, para evitar el cansancio de esos viajes por tierra, los llevaba primero a Ruán o a El Havre, desde donde los trasladaban por mar hasta La Rochelle.

[16](#) Las deportadas solían ir unidas de dos en dos (en los párrafos iniciales de la primera parte de la novela Des Grieux dice que iban encadenadas «de seis en seis»), por medio de una cadena ligera, en vez de las pesadas que se empleaban para los galeotes que, encadenados en hilera de varios hombres, tenían por destino la prisión de Bicêtre, tal como describe Victor Hugo en *El último día de un condenado*.

[17](#) La Compañía del Mississippi facilitaba gratuitamente el transporte a todo el que estuviera dispuesto a ir a trabajar en las colonias y, en caso de comprometerse a hacerlo para la Compañía, les regalaba tres arriendos de tierra.

[18](#) La descripción que hace Prévost de las colonias contrasta con la publicidad oficial y las *Relaciones* de los misioneros jesuitas, que las describían como tierras generosas y lugares idílicos de clima perpetuamente primaveral.

[19](#) Desde su fundación en marzo de 1717, el nombre de la ciudad es femenino.

[20](#) En 1719-1720 los navíos desembarcaban sus pasajeros en el viejo Biloxi, que de hecho se hallaba a sesenta millas de la recién fundada Nueva Orleans.

[21](#) El reparto por sorteo de mujeres a los colonos parece haberse practicado de modo excepcional en Luisiana.

[22](#) Tanto en la época de la acción narrativa como en la fecha en que Prévost escribía su novela, las nociones geográficas de América son muy inexactas. Si Des Grieux está pensando en la posesión inglesa de Carolina, los amantes deberían recorrer 1.300 km, atravesando desiertos como el de los Natchez, los montes Apalaches y los bosques de Georgia. No podían dirigirse a la colonia de la Florida porque sus dueños, los españoles, no acogían a nadie que tuviera problemas con las autoridades francesas.

[23](#) Manon, en su débil estado, recorre cerca de nueve kilómetros.

[24](#) Esa descripción de una vasta llanura se corresponde mejor con los alrededores de Biloxi y sus llanuras arenosas que con las zonas pantanosas que rodeaban la Nueva Orleans.

Título original: *Histoire du chevalier Des Grieux et de Manon Lescaut*

Edición en formato digital: enero de 2013

Diseño de cubierta: Gloria Gauger

© Del prólogo, Elsa Osorio, 2013

© De la traducción y notas, Mauro Armiño, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-01-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
Prólogo. Elsa Osorio	6
Nota de traducción. Mauro Armiño	10
Historia del caballero Des Grieux y de MANON LESCAUT	2
Advertencia del autor de las Memorias de un hombre de calidad	14
Primera parte	16
Segunda parte	64
Notas	104
Créditos	2